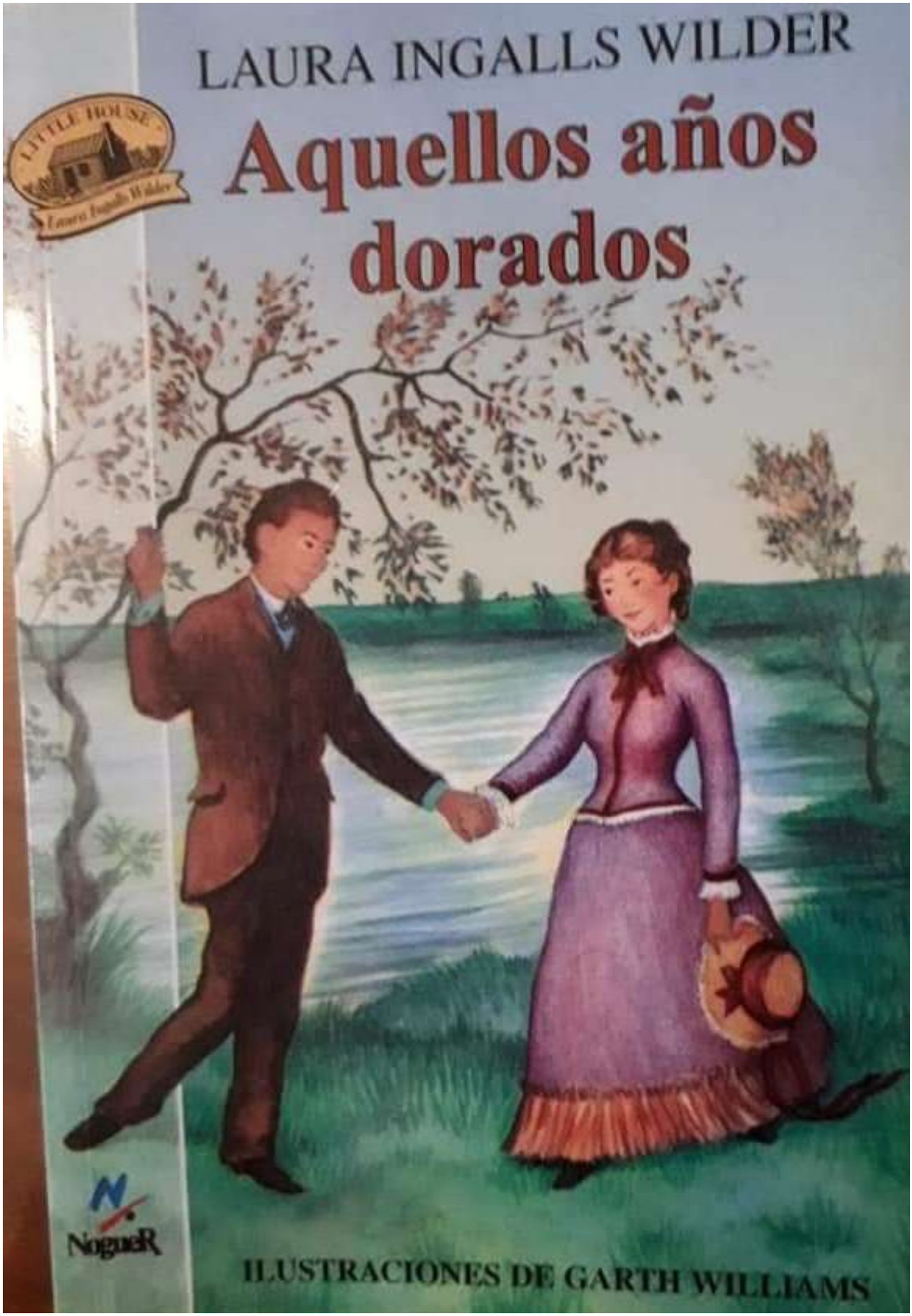

LAURA INGALLS WILDER
LITTLE HOUSE
Laura Ingalls Wilder
Aquellos años dorados
NoguerR
ILUSTRACIONES DE GARTH WILLIAMS

Este libro esta dedicado a todos los fans de la serie de televisión “La familia Ingalls” ya que en la web es muy difícil encontrar los libros de esta hermosa saga por Internet. Por esto todos los fans debemos estar agradecido a la señora Viviana que nos brindo las fotografías de libro. Para poder compartirlas con el grupo de Facebook “La familia Ingalls (sede en Argentina). A quien también esta dedicado este archivo a todos los integrantes del grupo. A continuación les dejo unas palabras de que me ha enviado Viviana para compartirlas con todos los lectores.

Viviana: - “Este es un trabajo dedicado a todos los miembros de este grupo con quienes compartimos un gran cariño por la maravillosa serie de La familia Ingalls (la pequeña casa de la pradera), basada en los libros de Laura Ingalls Wilder”.

Me presento mi nombre es Joaquín, y soy el encargado en la edición de las fotos que ha compartido Viviana, mi trabajo consistía en emparejar las fotos una por una y que queden lo mas leíble posible, espero que puedan disfrutar de este hermoso libro. Desde Argentina para el mundo.

Este trabajo es un proyecto sin fines de lucro, es un trabajo hecho por fans para que los fans del todo el mundo habla hispana. Todos los derechos corresponden a sus respectivos autores. No les robamos mas de su tiempo y le agradecemos al lector por tomarse unos minutos al leer nuestras líneas. Ahora si disfrute de este gran libro.

Recuerden que la vida merece ser vivida con amor y alegría, y que no hace falta tener lujos para ser felices, solo basta con el amor de la familia.

ÍNDICE

Capítulo Uno.	Laura deja el hogar	5
Capítulo Dos.	El primer día de escuela	12
Capítulo Tres.	Una semana	19
Capítulo Cuatro.	Campanillas de trineo	26
Capítulo Cinco.	Con los labios apretados	38
Capítulo Seis.	Dirección	44
Capítulo Siete.	Un cuchillo en la oscuridad	50
Capítulo Ocho.	Un frío viaje	57
Capítulo Nueve.	La visita del superintendente	64
Capítulo Diez.	Almanzo dice adiós	67
Capítulo Once.	Cascabeles tintinead	72
Capítulo Doce.	Al este o al oeste el hogar es lo mejor	77
Capítulo Trece.	Primavera	82
Capítulo Catorce.	Reteniendo la concesión	91
Capítulo Quince.	Mary vuelve a casa	98
Capítulo Dieciséis.	Días de verano	103
Capítulo Diecisiete.	Domando los potrillos	110
Capítulo Dieciocho.	La escuela Perry	116
Capítulo Diecinueve.	El vestido marrón	123
Capítulo Veinte.	Nellie Oleson	132
Capítulo Veintiuno.	Barnum y Skip	143
Capítulo Veintidós.	Escuela de canto	154
Capítulo Veintitrés.	Barnum va al paso	160
Capítulo Veinticuatro.	Almanzo se marcha	167
Capítulo Veinticinco.	La vigilia de Navidad	172
Capítulo Veintiséis.	Exámenes para maestra	179
Capítulo Veintisiete.	Se terminan los días escolares	183
Capítulo Veintiocho.	El sombrero de color crema	185
Capítulo Veintinuve.	Tormenta de verano	194
Capítulo Treinta.	Puesta de sol en la colina	200
Capítulo Treinta y uno.	Planes de boda	205
Capítulo Treinta y dós.	Aprisa a la boda	210
Capítulo Treinta y trés.	La casita gris del oeste	215

AQUELLOS AÑOS DORADOS

Títulos Publicados en la serie
La Casa de la Pradera
de
Laura Ingalls Wilder

LA CASA DEL BOSQUE
LA CASA DE LA PRADERA
A ORILLAS DEL RÍO PLUM
EN LAS ORILLAS DEL LAGO DE PLATA
UN GRANJERO DE DIEZ AÑOS
EL LARGO INVIERNO
LA PEQUEÑA CIUDAD EN LA PRADERA
AQUELLOS AÑOS DORADOS

AQUELLOS AÑOS DORADOS

Por

LAURA INGALLS WILDER

Ilustraciones de GARTH WILLIAMS

NoguerCaralt

Capítulo Uno

LAURA DEJA EL HOGAR

El domingo por la tarde era un día claro y la pradera cubierta de nieve centelleaba a la luz del sol. Del Sur soplaba una brisa suave, pero tan fría que los patines del trineo chirriaban al deslizarse por la dura nieve. Los cascos de los caballos producían un sonido profundo, como clop, clop, clop, clop. Papá no había hablado nada.

Sentada junto a él en el asiento dispuesto a lo ancho del trineo, Laura tampoco decía nada. No había nada que decir. Estaba en camino para dar clases en una escuela.

Parecía que fue ayer cuando era una alumna y ahora ya era maestra. Todo esto había sucedido casi de pronto. Laura apenas podía parar de imaginarse que mañana tendría que ir a su escuela con su hermanita Carrie y sentarse junto a Ida Brown. Pero mañana ya estaría dando lecciones.

Realmente no sabía cómo hacerlo. Nunca había enseñado y todavía no tenía dieciséis años. Incluso para quince se la veía menudita y ahora se sentía muy pequeña.

El territorio a su alrededor, ligeramente ondulante y cubierto de nieve estaba completamente vacío. En el alto cielo tampoco había nada. Laura no había mirado atrás pero sabía que la ciudad quedaba a varias millas allá lejos. Era sólo una pequeña mancha oscura en la inmensidad blanca de la pradera. En la caliente sala, mamá, Carrie y Grace quedaban muy lejos.

El poblado de Brewster todavía estaba a varias millas. La distancia total era de doce desde la ciudad. Laura no sabía como era. Tampoco conocía a nadie allí. Había visto al señor Brewster solamente en una ocasión, cuando vino para

contratarla como maestra en la escuela. Era delgado y moreno como cualquier colono y no tenía mucho que decir.

Sentado, papá miraba hacia delante a lo lejos mientras sostenía las riendas con las manos cubiertas por mitones y de vez en cuando silbaba a los caballos. Pero sabía cómo se sentía Laura. Finalmente volvió el rostro hacia ella y le habló, como si estuviese respondiendo a su miedo de mañana.

—¡Bien Laura! ¡Ahora eres maestra! Sabíamos que lo conseguirías ¿No es cierto? Aunque no esperábamos que fuese tan pronto.

—¿Crees que puedo hacerlo papá? —comentó Laura. —Supón... sólo supón... que los niños no me hacen caso cuando vean lo pequeña que soy.

—Desde luego que puedes —le aseguró papá—. Hasta ahora nunca has fracasado en nada de lo que te propusiste hacer ¿No es cierto?.

—Bueno, no —admitió Laura. —Pero yo... Nunca intenté dar clases en una escuela.

—Te las viste con todos los trabajos que te fueron surgiendo —dijo papá—. Nunca los eludiste y siempre continuaste hasta que lograste hacer lo que te habías propuesto. El éxito se convierte en una costumbre, igual que cualquier otra cosa que alguien insiste en hacer—.

Otra vez se hizo el silencio, excepto por el chirrido de los patines y el clop clop clop de los cascos de los caballos al golpear la dura nieve. Laura se sintió algo mejor. Era cierto; siempre había insistido en continuar, siempre había tenido que hacerlo. Bien, ahora tendría que dar clases en una escuela.

—¿Te acuerdas de aquella vez en Plum Creek, pequeña? —preguntó papá—. Tu madre y yo fuimos a la ciudad y se levantó una tempestad. Y tu metiste toda la leña dentro de casa—.

Laura se rió fuertemente y la risa de papá resonó como grandes campanas en la fría quietud. ¡Qué pequeña, temerosa y rara se había sentido aquel día, hacía tanto tiempo!

—¡Esa es la manera de enfrentarse a las cosas! —dijo papá—. Con confianza en ti puedes hacer lo que sea. Debes confiar en ti misma, porque es la única forma de que otras

personas lo hagan en ti—. Hizo una pausa y prosiguió —Hay algo de lo que debes tener cuidado—.

—¿Qué es papá? —preguntó Laura.

Eres muy rápida. Puedes actuar y hablar antes y pensar después. Ahora debes pensar primero y hablar después. Si recuerdas hacer esto, no tendrás ningún problema—.

—Así lo haré papá —respondió Laura con calor.

Realmente, hacía demasiado frío para hablar. Bien abrigados bajo las pesadas mantas y cobertores continuaron silenciosamente hacia el Sur. El viento helado soplaba contra sus rostros. Un débil rastro dejado por otros patines de trineo se alargaba frente a ellos y no había nada más que ver que la interminable tierra blanca, el pálido cielo y las sombras azuladas de los caballos que se reflejaban en el brillo de la nieve.

El viento hacía que la gruesa bufanda de lana de Laura le tapara la cara. Su respiración quedaba helada como un carámbano y la bufanda se agitaba fría y húmeda contra nariz y boca.

Finalmente vio una casa a lo lejos. Al principio muy pequeña pero fue creciendo a medida que se aproximaban. A media milla había otra más pequeña y más allá todavía aparecía otra. Cuatro casas, eso era todo. Estaban apartadas una de otra y se veían muy chiquitas en la blanca pradera.

Papá frenó los caballos. La casa del señor Brewster se parecía a dos cabañas unidas formando un techo picudo. El tejado no tenía nada de particular y la nieve derretida había formado gruesos carámbanos que colgaban en columnas incluso más grandes que los brazos de Laura. Parecían enormes dientes. Algunos mordían la nieve y otros estaban ya rotos. Había pedazos de hielo caídos en la sucia nieve alrededor de la puerta, desde la que se había arrojado agua de lavar. La ventana no tenía cortina, pero brotaba el humo de la chimenea, que estaba asegurada con cuerdas en el tejado.

El señor Brewster abrió la puerta. Un niño chillaba dentro de casa y por ello tuvo que hablar fuerte para hacerse oír. —¡Pasad, Ingalls! Pasad y calentaos.

—Gracias —contestó papá. —Pero hay unas buenas doce millas hasta casa y mejor que empiece a marcharme—.

Rápidamente Laura se deslizó de debajo de las mantas para evitar enfriarse. Papá le alargó el maletín de mamá, que

contenía su recambio de ropa interior, su otro vestido y los libros escolares.

—Adiós papá —dijo ella.

—Adiós Laura—. Sus ojos azules le sonrieron aportándole valor. Pero doce millas era mucha distancia para recorrerla a menudo; durante dos meses ella no le vería.

Entró en la casa velozmente. Viniendo de la brillante luz del sol, no le fue posible distinguir nada al principio. El señor Brewster dijo —Te presento a la señora Brewster y, Lib, aquí está la maestra—.

Una mujer de aspecto hosco estaba junto a la estufa-cocina, removiendo algo en una sartén. Un niño estaba colgado de sus faldas al tiempo que lloraba. Tenía la cara sucia y su nariz necesitaba un pañuelo.

—Buenas tardes señora Brewster —dijo Laura tan alegremente como pudo.

—Pasa a la otra habitación y quítate tus ropas de abrigo —dijo la señora Brewster—. Cuélgalas detrás de la cortina donde está el sofá. Le volvió la espalda a Laura y siguió removiendo el contenido de la sartén.

Laura no sabía qué pensar. No podía haber hecho nada que hubiese ofendido a la señora. Se marchó a la otra habitación.

La división caía bajo el vértice del tejado y partía la casa en dos secciones iguales. En ambos lados de dicha división las vigas y el techo descendían bastante. La madera no estaba terminada de pulir y los montantes se veían desnudos.

Esta otra habitación estaba, por supuesto, extremadamente fría. Tenía una ventana que miraba a la pradera vacía cubierta de nieve. Contra la pared y bajo la misma estaba el sofá, que era un mueble con el respaldo curvado y un extremo levantado. Había una cama hecha sobre dicho sofá. Unas cortinas de batista colgaban de la pared a cada extremo a lo largo de una cuerda que corría por encima de la ventana de forma que se podían correr y ocultar el sofá. Enfrente había una cama contra la pared y al pie de la misma apenas espacio suficiente para un escritorio y un baúl.

Laura colgó su abrigo, manguito, bufanda y gorro en los clavos de detrás de la cortina de batista y colocó el maletín de mamá en el suelo, debajo de ellos. Se quedó tiritando de frío,

sin desear pasar a la caliente habitación donde estaba la señora Brewster. Pero como tenía que hacerlo, tomó la decisión.

El señor Brewster estaba sentado junto a la estufa y tenía al niño en las rodillas. La señora vertía el guiso en un bol. La mesa estaba dispuesta, con los platos y cubiertos dejados descuidadamente sobre un manchado mantel blanco arrugado sobre la mesa.

—¿Puedo ayudarla señora Brewster? —preguntó Laura con mucho coraje. La señora no contestó. Con aspecto de enfado, sirvió patatas en un plato y medio lo arrojó sobre la mesa. El reloj de pared chirrió, preparándose para dar la hora y Laura observó que eran las cuatro menos cinco.

—En esta época, el desayuno se hace tan tarde que tomamos solamente dos comidas al día —explicó el señor Brewster.

—¡De quién es la culpa, eso me gustaría saber! —exclamó la señora Brewster—. Como si yo no hiciese bastante esclavizándome desde la mañana a la noche en este...

El señor Brewster alzó la voz. —Quiero decir que los días son tan cortos...—

—¡Entonces explica lo que quieres decir!—. La señora Brewster acercó violentamente la sillita-trono del niño a la mesa, agarró al pequeño y lo sentó de un golpe en ella.

—La cena está lista —le indicó el señor Brewster a Laura. Esta se sentó en el lugar libre. El señor Brewster le pasó las patatas, el cerdo salado y la salsa. La comida estaba buena pero el silencio de la señora Brewster era tan desagradable que Laura apenas podía tragar.

—¿Está lejos de aquí la escuela? —preguntó intentando sonar alegre.

El señor Brewster respondió —A una media milla —Es una cabaña. El tipo que habitó aquella zona no pudo seguir; renunció y se volvió al Este.

Después también se quedó en silencio. El niño se movía, tratando de alcanzar todo lo que había sobre la mesa. De pronto, tiró su plato de aluminio al suelo. La señora Brewster le golpeó en las manos y el pequeño se puso a chillar. Continuó llorando y dando puntapiés a la pata de la mesa.

Finalmente, la comida terminó. El señor Brewster tomó la lechera que colgaba de un clavo en la pared y se marchó al

establo. La señora sentó al pequeño en el suelo y gradualmente dejó de llorar, mientras que Laura ayudaba a levantar la mesa. Después sacó un delantal del maletín de mamá, se lo puso sobre su vestido marrón y tomó un paño para secar los platos, al tiempo que la señora Brewster los lavaba.

—¿Cómo se llama el pequeño, señora Brewster? —le preguntó. Esperaba que estaría ahora algo más agradable.

—John —dijo la señora Brewster.

—Es un nombre muy bonito —dijo Laura—. La gente puede llamarle Johnny mientras sea pequeño y más adelante, cuando crezca, John es un buen nombre para un hombre. ¿Le llama Vd. Johnny ahora?

La señora Brewster no contestó. El silencio se hizo más y más pesado. Laura sintió que se le encendía la cara. Continuó secando los platos ciegamente. Cuando hubieron terminado, la señora tiró el agua sucia y colgó la sartén en su clavo. Se sentó en la mecedora y se acunó lentamente, mientras Johnny gateaba y trataba de arrastrar el gato por la cola. Éste le arañó y el niño chilló. La señora Brewster continuó meciéndose.

Laura no se atrevió a interferir. Johnny lloraba. La señora se mecía y Laura se sentó en la silla, cerca de la mesa y contempló la pradera. El camino se extendía por la nieve a lo lejos hasta perderse de vista. A doce millas estaba el hogar. Mamá estaría preparando la cena, Carrie habría regresado de la escuela; estarían riendo y jugando con Grace. Papá entraría y balancearía a Grace entre sus brazos, al igual que solía hacerlo con Laura cuando era pequeña. Todos hablarían durante la cena. Más tarde, sentados a la luz de la lámpara leerían mientras Carrie estudiaba; entonces papá tocaría el violín.

La habitación se fue poniendo cada vez más oscura. Laura ya no podía ver la carretera. Al fin, el señor Brewster regresó con la leche. Entonces la señora encendió la lámpara. Coló la leche mientras el señor Brewster se sentaba y abría un periódico. Ninguno de los dos habló. El desagradable silencio cayó como una losa en el ambiente.

Laura no sabía que hacer; era demasiado pronto para acostarse. No había ningún otro periódico ni libros en la habitación. Entonces pensó en sus libros escolares. Entrando en el frío y oscuro dormitorio buscó en el maletín de mamá y

valiéndose del tacto sacó su libro de historia. Llevándolo a la cocina se sentó a la mesa otra vez y empezó a estudiar.

—Por lo menos, nada interrumpe mi estudio —pensó tristemente. Se sentía herida y dolorida, como si la hubiesen golpeado, pero gradualmente olvidó dónde estaba por medio de ocupar la mente en la historia. Más tarde oyó cómo el reloj daba las campanadas de las ocho. Entonces se levantó y dio las buenas noches educadamente. La señora Brewster no contestó pero el señor dijo —Buenas noches—.

En el dormitorio Laura se despojó del vestido y de las enaguas temblando de frío y se puso su camisón de franela. Se metió bajo las mantas en el sofá y corrió las cortinas de batista. La almohada era de plumas y había sábanas y colchas, pero el sofá era muy estrecho.

Oyó a la señora Brewster hablar con enfado y muy aprisa. Los cobertores casi cubrían la cabeza de Laura o sea que sólo exponía la punta de la nariz al helado ambiente pero no pudo evitar escuchar a la señora Brewster peleando —... te va bien, pero yo tengo un huésped! —oyó y—... este horrible país de ahí fuera! ¡Maestra, vaya!... sería yo maestra si no me hubiese casado con un...

Laura pensó: —Ella no quiere tener que alimentar una maestra, eso es todo. Estaría igual de enfadada con cualquier otra persona—. Se esforzó en no escuchar nada más y dormirse; toda la noche, en sueños, tuvo cuidado de no caerse del estrecho sofá y temía el nuevo día, cuando debería empezar la enseñanza escolar.

Capítulo Dos

EL PRIMER DÍA DE ESCUELA

Laura oyó el ruido de la estufa. Por un momento creyó que estaba en la cama con Mary y que papá estaba encendiendo el fuego de la mañana. Entonces vio la cortina de batista y supo donde se encontraba y que hoy tenía que empezar a dar clases.

Oyó al señor Brewster tomar el recipiente para la leche y la puerta golpeó tras él. En la otra parte de la cortina la señora Brewster salió de la cama. Johnny lloriqueaba y estaba quieto. Laura no se movió; sentía como si al quedarse inmóvil evitaría que el día avanzara.

El señor Brewster entró con la leche y le oyó decir —Voy a encender un fuego en la escuela. Regresaré cuando el desayuno esté listo—. La puerta sonó nuevamente tras él.

De golpe, Laura echó atrás las mantas. El aire era muy frío. Los dientes le castañeteaban y tenía los dedos tan rígidos que no podía abrocharse los zapatos.

La cocina no estaba tan helada. La señora Brewster habia roto el hielo del balde del agua y estaba llenando la tetera y contestó bastante bien el "Buenos dias" de Laura. Ésta llenó el fregador y se lavó la cara y manos en el banco que habia al lado de la puerta. El agua helada le enrojeció las mejillas y toda su cara adquirió un tinte rosado y brillante, tal como le reflejaba el espejo que había encima del banco, mientras ella peinaba su cabellera.

Se estaban friendo lonchas de cerdo salado y la señora Brewster cortaba rodajas de patatas hervidas frias y las echaba en otra sartén colocada sobre la estufa. Johnny se removía en el dormitorio y Laura se sujetó rápidamente las trenzas, se

ató el delantal y dijo —Permítame arreglar las patatas mientras Vd. le viste.

Así, mientras la señora Brewster traía a Johnny a la vera de la estufa y lo preparaba para el desayuno, Laura terminó de cortar las patatas, les puso sal y pimienta y las tapó. Después dio la vuelta a las lonchas de carne y preparó la mesa cuidadosamente.

Estoy contenta que mamá me aconsejara traerme este delantal tan grande —dijo—. Me gusta uno que realmente cubra todo el vestido. ¿A Vd. no?

La señora Brewster no respondió. La estufa ya estaba roja y la habitación caliente pero se notaba desolada. Solo se dijeron algunas palabras cortas y necesarias durante el desayuno.

Para Laura fue un alivio vestirse, tomar sus libros, su fiambrera y salir de aquella casa. Se puso en marcha para cubrir a través de la nieve la media milla que distaba la casita de la escuela. El camino estaba totalmente limpio, excepto por las pisadas del señor Brewster, pero estaban tan separadas que Laura no podía caminar sobre ellas.

Mientras avanzaba trabajosamente por la profunda nieve, súbitamente se echó a reír. —¡Bien! —pensó— Héme aquí. Temo continuar, pero tampoco puedo regresar. Dar clases no puede ser tan malo como quedarse en aquella casa con la señora Brewster. Seguro que no puede ser peor.

Entonces se sintió tan atemorizada que dijo en voz alta —Debo continuar—. Un humo negro se recortaba contra el cielo de la mañana procedente de la chimenea de la estufa del viejo local. Dos líneas de pisadas llegaban hasta la puerta y Laura oyó voces en el interior. En un momento, reunió valor, abrió la puerta y entró.

Las paredes no estaban bien acabadas. Rayos de sol penetraban por las grietas y se posaban en una fila de seis rústicos asientos y unos pupitres, situados en el centro de la habitación. Más allá, en las vigas de la pared opuesta se había clavado un cuadrado de madera y se había pintado de negro, para formar una pizarra.

Frente a los asientos había una enorme estufa. Sus lados redondeados y la parte superior estaban al rojo vivo debido al calor del fuego y en pie alrededor estaban los escolares a los

que Laura debia enseñar. Todos la miraron. Habia cinco y, de ellos, dos muchachos y una chica eran más altos que ella.

—Buenos dias —consiguió decir.

Todos contestaron, sin dejar de mirarla. Una ventanita junto a la puerta dejaba pasar un amplio rayo de luz. Junto a la estufa había una mesita y una silla.— Esta debe ser la mesa de la maestra —pensó Laura, para inmediatamente corregirse—. O sea la mía, yo soy la maestra.

Sus pasos sonaban fuerte. Todos los ojos la seguían. Colocó sus libros y la fiambrera sobre la mesa y se quitó el abrigo y el gorro. Los colgó de un clavo de la pared junto a la silla. En la mesa habia un relojito y las manecillas señalaban las nueve menos cinco.

De alguna manera, tenía que pasar esos cinco minutos, antes de que empezara la hora de clase.

Lentamente se quitó los mitones y los puso en el bolsillo del abrigo. A continuación hizo frente a todos los pares de ojos y se dirigió a la estufa. Extendió las manos como para calentárselas. Todos los alumnos le hicieron sitio sin dejar de mirarla. Tenía que decir algo. Debía hacerlo.

—Hace frío esta mañana ¿verdad? —se oyó decir a sí misma y sin esperar una respuesta continuó —¿Creéis que estaréis calientes en vuestros asientos, lejos de la estufa?

Uno de los chicos altos dijo rápidamente, —Me sentaré en la parte de atrás. Es la más fría.

La muchacha alta dijo, —Charles y yo tenemos que sentarnos juntos ya que debemos estudiar los mismos libros.

—Eso está bien; entonces os podéis sentar todos más cerca de la estufa dijo Laura. ¡Para su agradable sorpresa, los cinco minutos ya habían pasado! Entonces dijo —Podéis sentaros. Empieza la escuela.

La niñita más pequeña se sentó delante; tras ella se sentó el niño más pequeño, después las chicas más altas y Charles y detrás de ellos el otro muchacho alto. Laura golpeó la mesa con su lapicero. —La escuela tendrá un orden. Ahora voy a anotar vuestros nombres y edades.

La niña pequeña era Ruby Brewster y tenía nueve años. Tenía el cabello castaño y brillantes ojos del mismo color y era tan suave y tranquila como un ratoncillo. Laura comprendió que sería dulce y buena. Había terminado las Primeras Lecturas y en aritmética estaba empezando a restar.

El muchachito era su hermano Tommy Brewster. Tenía once años y había finalizado las Segundas Lecturas y ya hacía divisiones fáciles.

Los dos que se sentaban juntos eran Charles y Martha Harrison. Charles tenía diecisiete años, era delgado, pálido y lento en el hablar. Martha tenía dieciséis, era más rápida y hablaba por los dos.

El otro chico era Clarence Brewster. También él era mayor que Laura. Sus ojos marrones eran aún más brillantes y vivos que los de su hermanita Ruby, su pelo oscuro era grueso y despeinado y era rápido en el habla y en el movimiento. Tenía una forma de hablar que era casi descarada.

Clarence, Charles y Martha estaban todos en el Grado Cuarto de lectura. Ya habían pasado la mitad del libro de deletreo y en aritmética ya trabajaban con fracciones. En geografía habían estudiado los estados de Nueva Inglaterra y respondían tan bien a las preguntas que Laura les situó ya para aprender los estados orientales del Sur. Ninguno de ellos había estudiado gramática o historia, pero Martha había traído la gramática de su madre y Clarence tenía un libro de historia.

—Muy bien —dijo Laura. —Podéis empezar por el principio en gramática e historia e intercambiad los libros para aprender las lecciones.

Para cuando Laura se enteró de todo esto y les asignó sus lecciones, había llegado la hora del descanso. Todos se pusieron sus abrigos y salieron a jugar en la nieve. Laura emitió un suspiro de alivio. El primer cuarto del primer día había terminado.

Empezó entonces a planificar; daría lectura, aritmética y gramática por la mañana y por la tarde otra vez lectura, escritura y deletreo, que tendría que estar dividido en tres clases porque Ruby y Tommy estaban más atrasados en este tema.

Transcurridos quince minutos golpeó en la ventana para llamar a los alumnos y hasta el medio día escuchó y pacientemente corrigió la lectura en voz alta.

La hora del mediodía llegó lentamente. Sola en su mesa Laura comió su pan y mantequilla, mientras los alumnos se reunían alrededor de la estufa, hablando y bromeando mientras comían el contenido de sus fiambreras. Después los muchachos hicieron carreras en la nieve mientras Martha y Ruby les contemplaban desde la ventana; Laura siguió sentada en su mesa. Ahora era una maestra y debía actuar como tal.

Finalmente pasó el tiempo y otra vez golpeó en la ventana. Los chicos entraron precipitadamente, expulsando nubes de aliento helado y sacudiéndose el aire frío de sus abrigos, colgándolos a continuación. Todos estaban encendidos por el frío y el ejercicio.

Laura dijo —El fuego está bajo. ¿Podrías por favor añadirle más carbón Charles?

Con voluntad, pero lentamente, Charles levantó el pesado recipiente del carbón y echó la mayor parte en la estufa.

La próxima vez lo haré yo —dijo Clarence. Tal vez no quería ser impertinente, pero si así fuera ¿qué podía hacer Laura? Era un muchacho rechoncho y fornido, más grande que ella y mayor. Sus ojos marrones la miraron fijamente. Ella se puso en pie y golpeó la mesa con el lápiz.

—La escuela tendrá orden —dijo.

Aunque la clase era pequeña pensó que sería mejor seguir el sistema de la escuela de la ciudad y hacer que cada uno en su nivel recitara sus lecciones. Ruby estaba sola y por tanto tendría que saber las respuestas perfectamente dado que no había nadie que pudiera mediar para ayudarla contestando algunas de las preguntas. Laura le permitió pronunciar y deletrear lentamente y si cometía un error, podía volverlo a intentar. Pronunció bastante bien todas las palabras de su lección. Tommy era más lento pero Laura le dio tiempo para pensar e intentarlo y lo hizo bien.

Martha, Charles y Clarence recitaron su lección. Martha no cometió errores pero Charles falló en cinco palabras y Clarence en tres. Por primera vez Laura les "castigó".

—Tú puedes sentarte Martha —dijo. —Charles y Clarence, pasad a la pizarra y escribir las palabras que habéis fallado, tres veces cada una.

Charles se acercó lentamente y empezó a escribir. Clarence miró a Laura con una mirada descarada. Rápidamente escribió con grandes letras que cubrieron la mitad de la pizarra con solamente seis palabras. Entonces, volviéndose hacia Laura, sin siquiera alzar la mano solicitando permiso para hablar dijo —¡Maestra! La pizarra es demasiado pequeña.

Estaba haciendo una broma de su castigo por haber fallado en la lección. Estaba desafiando a Laura.

Durante un largo y pesado momento se quedó prácticamente riéndose de ella y entonces Laura le miró a los ojos y dijo —Sí, la pizarra es pequeña Clarence. Lo lamento pero tienes que borrar lo que has escrito y volver a escribir las palabras con más cuidado. Hazlas más pequeñas y así habrá espacio suficiente.

Él tenía que obedecerla y ella no sabía lo que podría hacer si no lo hacía.

Todavia sonriéndose, pero en buena forma, el chico volvió a la pizarra y borró los garabatos. Escribió las tres palabras tres veces cada una y debajo firmó con su nombre añadiendo una rúbrica.

Con alivio, Laura vio que ya eran las cuatro.

—Podéis guardar vuestros libros —les dijo. Cuando todos estuvieron colocados bajo los pupitres dijo —La escuela ha terminado.

Clarence descolgó su abrigo, gorra y bufanda y con un grito fue el primero en salir por la puerta. Tommy ya le iba detrás, aunque se esperaron fuera mientras Laura ayudaba a Ruby con su abrigo y le sujetaba la gorra. Más tranquilamente, Charles y Martha se abrigaron bien para protegerse del frío antes de salir. Tenían que caminar una milla.

Laura se quedó junto a la ventana contemplando como se marchaban. Podía ver la cabaña del hermano del señor Brewster que solo distaba media milla. El humo brotaba de la chimenea y la ventana que daba al oeste reflejaba la luz del sol poniente. Clarence y Tommy arrastraban los pies por la nieve y la capucha roja de Ruby flotaba tras ellos. Hasta donde Laura podía ver desde la ventana, el cielo estaba claro.

El local de la escuela no tenía ventana que diera al noroeste. Si llegara una tormenta no podría ver lo que se aproximaba hasta que estuviera encima.

Limpió la pizarra y con una escoba barrió el suelo. No se necesitaba un recogedor ya que las grietas del suelo eran muy anchas. Cerró la estufa, se puso el abrigo, tomó los libros y la fiambrera y cerrando la puerta cuidadosamente tras ella, emprendió la marcha por el mismo camino de la mañana en dirección a la casa de la señora Brewster.

Había terminado su primer día como maestra. Estaba contenta por ello.

Capítulo Tres

UNA SEMANA

Mientras iba caminando fatigosamente por la nieve, Laura se impuso el tratar de sentirse alegre. Era difícil trabar amistad con la señora Brewster pensó, pero no siempre estaría enfadada. Tal vez esta noche no estuviera tan desagradable.

Entró en la casa sacudiéndose la nieve y arrebolada por el frío y habló alegremente a la señora Brewster. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, ésta contestó lacónicamente o nada. Durante la cena, nadie dijo una palabra. El silencio era tan desagradable que Laura no se atrevía a hablar.

Después de cenar ayudó a las tareas del hogar y se sentó otra vez en la penumbra de la habitación mientras la señora Brewster se mecía silenciosamente. Se sintió con tremendos deseos de estar en su propia casa.

Tan pronto como la señora encendió la lámpara, Laura trajo sus libros de texto a la mesa. Se impuso unas lecciones y determinó aprenderlas antes de irse a la cama. Quería mantener el nivel de sus clases en la ciudad y esperaba que podría estudiar lo suficiente como para olvidar dónde estaba.

Se sintió pequeña en su silla ya que el silencio parecía presionarla por todos lados. La señora Brewster no hacía nada. El señor Brewster tenía a Johnny dormido en su regazo y miraba el fuego de la abierta portezuela de la estufa. El reloj dio las siete. Las ocho. Las nueve. Entonces Laura hizo un esfuerzo y habló.

—Se está haciendo tarde y les deseo buenas noches.

La señora Brewster no prestó ninguna atención. El señor Brewster levantó la vista y dijo —Buenas noches.

Antes de que Laura pudiera meterse en la cama en la fría oscuridad, la señora Brewster empezó a reñir con él. Laura intentó no escuchar. Se tapó la cabeza con la ropa de cama y apoyó la oreja fuertemente contra la almohada, pero no podía evitar el oírles. Comprendió que la señora Brewster deseaba que se enterara.

Dijo que ella no iba a esclavizarse por una damisela que no tenía nada más que hacer que vestirse y sentarse en una escuela todo el día; dijo que si el señor Brewster no la echaba de casa, ella se volvería al Este sola, sin él. Continuó y continuó y el sonido de su voz hizo que Laura se marease. Era un sonido que disfrutaba hiriendo a las personas.

Laura no sabía qué hacer. Deseaba volver a casa pero no debía pensar en el hogar si no quería empezar a llorar. Tenía que meditar profundamente. No había ningún otro sitio donde quedarse; las otras dos casas de la pequeña comunidad eran cabañas muy simples. En casa de los Harrison eran cuatro en una habitación y en la del hermano del señor Brewster eran cinco. Por supuesto que no podían hacer un sitio para Laura.

En realidad, no le daba ningún trabajo a la señora Brewster. Se hacía su cama y la ayudaba en las tareas de la cocina. La señora argumentaba ahora acerca del país llano, del viento y del frío; quería volverse al Este. De pronto Laura comprendió. —Ella no está furiosa conmigo, sólo discute acerca de mí porque quiere reñir. Es una mujer egoísta y mezquina.

El señor Brewster no dijo una sola palabra y Laura pensó —Tengo que soportarlo. No hay ningún otro lugar en el que pueda quedarme.

Cuando se levantó por la mañana pensó: —sólo tengo que salir adelante un día cada vez.

Era duro estar donde a uno no se le desea. Tuvo buen cuidado en no dar trabajo a la señora Brewster y ayudarla todo lo posible. Educadamente dijo —Buenos días— y sonrió, pero no pudo mantener la sonrisa. No había sabido hasta ahora que hacen falta dos para hacer una sonrisa.

La atemorizaba el segundo día de escuela, pero transcurrió tranquilamente. Clarence ganduleó en lugar de estudiar y

Laura temió que tuviera que castigarle otra vez, pero él se supo bien su lección. Quizá no tendría problemas con el chico.

Era extraño que se sintiera tan cansada a las cuatro. El segundo día había terminado y la primera semana ya estaría a la mitad a mediodía.

De pronto Laura dio un respingo y se quedó inmóvil en medio del nevado camino. Había pensado en el sábado y domingo. Dos días enteros en aquella casa con la señora Brewster. Se escuchó a sí misma decir en voz alta. —Papá. No puedo.

Era para llorar y se avergonzó cuando lo oyó. Nadie más lo había oído. A todo su alrededor la pradera estaba solitaria, blanca, grande y tranquila. Mejor quedarse allí en el frío que ir a aquella casa mezquina o volverse atrás mañana. Pero el sol ya se estaba poniendo y mañana saldría otra vez; todo debía continuar.

Aquella noche Laura nuevamente soñó que estaba perdida en una tormenta. Ya conoció el sueño puesto que lo había tenido otras veces desde que realmente se había perdido junto con Carrie en una ventisca. Pero ésta era peor que la de antes; la nieve punzaba fuertemente y los ataques del viento intentaban hacerlas caer del sofá, tanto a Carrie como a ella. Laura sujetó a Carrie con todas sus fuerzas durante mucho rato, pero de golpe, Carrie ya no estaba allí; la tormenta la había arrebatado.

El horror le paralizó el corazón. Ya no le quedaban fuerzas y se hundía en la oscuridad. Entonces llegó papá que venía de la ciudad en el trineo y le llamó. —¿Y si nos fuésemos a casa para disfrutar el sábado?— Mamá, Mary, Carrie y Grace quedaron muy sorprendidas. Mary exclamó alegremente —¡Oh Laura!— La cara de mamá se iluminó con una sonrisa. Carrie se apresuró a ayudar a Laura a quitarse el abrigo y Grace saltaba arriba y abajo aplaudiendo. —Charles ¿Por qué no nos lo has dicho? —preguntó mamá; y papá contestó —Bueno Caroline, ya dije que remolcaría algo... Ha sido Laura. Y ésta recordó cómo sentados a la mesa, papá habiéndose bebido su té, apartó la taza y dijo —Creo que haré un poco de remolcador esta tarde. —Mamá dijo— ¡Oh Charles! Laura no se había marchado de casa; seguía aquí.

Entonces se despertó. Estaba en casa de los Brewster y era miércoles por la mañana. Pero el sueño había sido tan real que casi se lo creía. Quizá papá vendría el sábado a llevarla a casa. Él era así, capaz de planear esta sorpresa.

Por la noche hubo una tormenta de nieve y tuvo que abrirse camino hasta la escuela. El sol mañanero brillaba débilmente sobre millas de nieve pura y todas las sombras tenían un toque azulado. Mientras Laura caminaba trabajosamente distinguió a Clarence que abría sendero con Tommy y Ruby tras él. Todos llegaron a la puerta de la cabaña-escuela al mismo tiempo.

La pequeña Ruby estaba cubierta de nieve de la cabeza a los pies e incluso el gorrito y las trenzas estaban nevados. Laura la cepilló y le aconsejó que no se quitara el abrigo hasta que la habitación estuviera más caliente. Clarence puso más carbón en el fuego al tiempo que Laura se quitaba sus ropas de abrigo y barría la nieve que se había colado a través de las rendijas. La luz del sol que entraba por la ventana hacia parecer que la cabaña estaba caliente pero en realidad estaba tan fría como el exterior. Muy pronto, el buen calor de la estufa hizo invisibles las nubecillas de los alientos; eran las nueve y Laura dijo —La escuela se pone en marcha—.

Martha y Charles llegaron jadeando tres minutos más tarde. Laura no quiso incidir sobre su tardanza ya que ellos tenían que abrir sendero a todo lo largo de una milla. Unos pocos pasos en la nieve profunda son fáciles de dar e incluso parecen divertidos, pero abrir senda es una labor que se vuelve más dura a cada paso que se avanza. Por un momento Laura pensó en excusar a Martha y a Charles en esta ocasión, pero esto no sería honesto. Ninguna excusa podía cambiar el hecho. Habían llegado tarde.

—Lo lamento pero debo anotaros impuntualidad —les dijo. —Pero podéis acercaros a la estufa y calentaros antes de pasar a vuestros lugares.

—Lo sentimos señorita Ingalls —dijo Martha— No sabíamos que nos llevaría tanto tiempo.

Hacer senda es un trabajo duro ya lo se —respondió Laura y súbitamente ella y Martha se estaban sonriendo

mutuamente, una sonrisa amistosa que hizo sentir a Laura que dar clase iba a ser fácil. —Clase de Segunda Grado de lectura, levántese y pase al frente —Y Ruby, que estaba en dicho grado se alzó para colocarse ante ella.

La mañana transcurrió tranquilamente. A mediodía Ruby se acercó a la mesa de Laura y tímidamente le ofreció una galleta. Clarence le pidió que saliera al exterior con ellos para participar en batalla de nieve y Martha insistió —Por favor, así seremos tres en cada lado.

Laura estuvo tan contenta de que se lo pidieran y deseaba tanto estar fuera con la brillante luz del sol y la limpia nieve que no vaciló. Fue muy divertido. Ella, Martha y Ruby lucharon contra Charles, Clarence y Tommy. El aire se llenó de bolas de nieve. Clarence y Laura fueron los más rápidos esquivando, agachándose y haciendo bolas con las manos enfundadas en mitones, lanzando y esquivando de nuevo. Laura se sentía bien, estaba encendida, cálida y reía mucho. De pronto una gran bola de nieve le explotó en plena cara, cegándola y penetrándole en la boca.

—¡Oh caramba! No quería hacerlo —oyó que decía Clarence.

—¡Sí, está bien! Ha sido un tiro correcto —respondió Laura tratándose de limpiarse los ojos.

Permítame, quédese quieta —respondió Clarence. La tomó por el hombro, como si fuera Ruby y le limpió la cara con la punta de su bufanda.

—Gracias —dijo Laura. Pero comprendió que no debía jugar más. Era demasiado chiquita y demasiado joven; no podría mantener a sus discípulos en orden si se ponía a jugar con ellos.

Aquella misma tarde Clarence tiró del pelo a Martha. Su trenza de color castaño se posó sobre el pupitre de él cuando ella se daba la vuelta. El chico la agarró al vuelo y le dio un tirón.

—Clarence —dijo Laura. —No molestes a Martha. Pon atención en tu lección—.

Él le hizo una especie de guiño amistoso que expresaba tan claramente como de viva voz. —Muy bien, si tu lo dices, pero no tengo por qué.

Para su propio asombro y horror, Laura casi sonrió. Apenas a tiempo recuperó la seriedad. Estaba segura que tendría problemas con Clarence.

El miércoles había terminado. Sólo quedaban jueves y viernes. Laura intentó no pensar que papá vendría a buscarla, pero no podía dejar de desearlo. Sería normal que viniese y la rescatase de pasar dos miserables días en casa de los Brewster. Aunque por supuesto, él no sabía lo malo que era esto. No debía esperarle aunque, por otra parte, podría venir, si es que el tiempo lo permitía. Si viniese, sólo quedarían dos noches más que aguantar y después —¡Viernes por la noche a casa! Pero no le esperaba, no debía pensarlo, porque entonces se sentiría muy desengañada si no se presentara. Sabía que en casa la encontraban a faltar, o sea que si el tiempo era bueno seguramente vendría.

Pero el viernes por la mañana el cielo se presentó borrascoso y el viento era más frío.

Durante todo el día en la escuela Laura escuchó el viento temiendo que su sonido cambiara a un aullido de ventisca, que la cabaña se pusiera a temblar y que la ventana se oscureciera.

A través de los intersticios el viento se notaba más frío. Aumentó su sonido y la nieve barría la pradera. Ahora Laura ya sabía que papá no vendría. Veinticuatro millas bajo tal tiempo era demasiado para los caballos.

¿Cómo voy a poder pasar las horas hasta el lunes? —pensó Laura.

Sintiéndose desdichada, quitó la vista de la ventana y vio que Charles estaba medio dormido. De golpe casi saltó, totalmente despierto. Clarence le había pinchado en el brazo con un alfiler. Laura por poco rompió a reír. Clarence vio su mirada y sus ojos mostraron la risa que le embargaba. Ella no podía dejarlo pasar.

—Clarence —dijo— ¿Por qué no estás estudiando?

—Ya me se las lecciones —replicó.

Ella no lo dudó. Clarence aprendía rápidamente. Podía mantener el ritmo de Martha y Charles y sobrarle mucho tiempo libre.

—Ya veremos lo bien que te sabes la lectura —contestó Laura al tiempo que golpeaba en la mesa—. Clase de lectura Tercer Grado. Levántese y acérquese.

La cabaña temblaba bajo los embates del viento que a cada momento aullaba más fuerte. El calor de la estufa al rojo vivo fundía la nieve que penetraba por las rendijas y dejaba húmedos rastros en el suelo. Clarence deletreó y leyó todas las palabras que Laura le preguntó mientras que ella se estaba preguntando si debía cerrar la escuela más pronto. Si esperaba y la tormenta crecía, Charles y Martha no podrían llegar a su casa.

Le pareció que el viento tenía un extraño sonido acampanado. Escuchó atentamente lo mismo que los otros. No sabía qué hacer. El cielo no había cambiado, era gris y las nubes bajas se movían velozmente por encima de una pradera cubierta de nieve que volaba. El extraño sonido se hizo más claro, casi como una especie de música. De pronto el aire se llenó del tintineo de cascabeles. ¡Campanillas de trineo!

Todos respiraron de nuevo y sonrieron. Dos caballos marrones cruzaron rápidamente ante la ventana. Laura los conocía; eran Prince y Lady. ¡Los caballos del joven Wilder! Las campanillas sonaron más fuerte y pararon; después sonaron intermitentemente. Los caballos marrones estaban parados en la pared del sur, al abrigo de la cabaña.

Laura estaba tan excitada que tuvo que dominar su voz.

—La clase puede sentarse—. Esperó un momento y añadió —Podéis guardar los libros. Es un poco pronto pero la tormenta está aumentando. La escuela ha terminado.

Capítulo Cuatro

CAMPANILLAS DE TRINEO

Clarence salió raudo y volvió a entrar gritando —¡Es alguien para Vd. Maestra!

Laura estaba ayudando a Ruby con su abrigo. —Dile que estaré ahí en un momento.

—¡Vamos Charles! ¡Tienes que ver estos caballos!

Clarence cerró de tal portazo que toda la cabaña tembló. Laura se puso el abrigo, se ató la capucha y se arrolló la bufanda. Cerró las aberturas de la estufa, metió las manos en los mitones y tomó sus libros y la fiambrera. Se aseguró que la puerta quedaba cerrada tras ella. Durante todo el tiempo se sentía tan excitada que apenas podía respirar. Papá no había venido pero después de todo ¡ella iba a volver a casa!

Almanzo Wilder estaba en un trineo tan pequeño y bajito que no parecía más que un paquete de pieles detrás de Prince y Lady. Estaba embutido en un abrigo de piel de búfalo y llevaba una gorra de piel con orejeras, tan compacta como una capucha.

No se apeó para afrontar la tormenta y en lugar de ello, alzó la cubierta de pieles y ofreció su mano a Laura para ayudarla a subir al trineo; a continuación la tapó bien con las pieles, que eran de búfalo, cálidas y forradas con franela.

—¿Deseas parar en casa de los Brewster? —le preguntó.

—Debo hacerlo, para dejar la fiambrera y recoger mi maletín —contestó Laura.

En casa Brewster, Johnny lloraba muy enfadado y cuando Laura salía vio que Almanzo miraba dicha casa con disgusto. Pero todo quedaba atrás ahora; ella regresaba a su hogar. Almanzo remetió las pieles firmemente, las campanillas del

trineo empezaron a tintinear alegremente y detrás de los poderosos caballos marrones emprendieron el camino a casa.

A través de su gruesa bufanda de lana ella dijo —Es muy bonito por tu parte el venir a por mi. Yo esperaba que viniera papá.

Almanzo vaciló. —Bi... en. Él creía poder venir pero le dije que sería un viaje bastante duro para su tronco de caballos.

—Tendrán que traerme de regreso —dijo Laura dubitativamente. —Debo estar en la escuela el lunes por la mañana.

—Quizá Prince y Lady puedan hacer el camino otra vez —sugirió Almanzo.

Laura quedó azorada ya que no había querido hacer alusiones. Ni siquiera había pensado en que él la trajera de regreso. Una vez más, había hablado antes de pensar. El consejo de papá había sido muy certero; siempre, siempre, siempre tenía que pensar antes de hablar. Meditó —Después de esto, intentaré pensar antes de hablar.

—No sería molestia —aseguró Almanzo. —Te dije que te llevaría a dar un buen paseo en trineo en cuanto tuviera el mío listo y ahora ya está aquí. ¿Te gusta?

—Creo que es muy divertido montar en él y, además, es tan pequeño —respondió Laura.

—Lo hice más pequeño que los normales. Sólo mide cinco pies de largo y veintiséis pulgadas de ancho en la base. Es más cómodo para viajar y más ligero para los caballos —explicó Almanzo. —Apenas se enteran de que tiran de algo.

—¡Es como volar! —dijo Laura. Nunca se había imaginado una velocidad tan maravillosa.

Las nubes bajas corrían hacia atrás por encima de sus cabezas, la nieve en polvo volaba a los lados y muy rápidos, los brillantes caballos marrones corrían produciendo música con sus cascabeles. No se notaban sacudidas; el pequeño trineo resbalaba por la nieve tan suavemente como un pájaro en pleno aire.

Casi demasiado pronto, aunque no lo suficiente, ya estaban pasando ante las ventanas de Main Street y ahí estaba la puerta delantera abriéndose y papá en pie ante ella. Laura ya había saltado del trineo y subido las escaleras antes de pensarlo y entonces se volvió de carrerilla y exclamó —¡Oh, gracias Wilder, buenas noches!— Ya estaba en casa.

Mamá sonrió con toda su cara. Carrie vino corriendo para quitarle la bufanda mientras que Grace aplaudía y chillaba —¡Laura ha vuelto a casa!— Enseguida papá entró y dijo: —Vamos a echarte una mirada. Bien, bien, ¡la misma pequeñaja!—

Había mucho que decir y que contar. La gran sala nunca le había parecido tan hermosa. Actualmente las paredes eran ya de color marrón puesto que cada año la madera de pino se volvía más oscura. La mesa estaba cubierta con el mantel a cuadros rojos y las alfombras trenzadas del suelo lucían muy alegres. Las mecedoras estaban cerca de las ventanas que, a su vez, estaban adornadas con blancos visillos. La silla de Mary y la de madera de sauce que papá había hecho para mamá hacía tanto tiempo en el Territorio Indio también estaban allí con sus cojines de colores, así como la cesta de costura y las agujas de hacer punto de mamá, ensartadas en el ovillo de lana. Kitty bostezó, se desperezó y vino a frotarse y ronronear contra los tobillos de Laura. Sobre el escritorio de papá reposaba el cesto azul que Mary había hecho.

La charla continuó durante la cena. Laura estaba más hambrienta de conversación que de comida. Les contó acerca de cada uno de sus alumnos en la escuela y mamá le comentó cosas de la última carta de Mary, a la que le iba muy bien en la universidad de Iowa para ciegos. Carrie contó todas las noticias de la escuela de la ciudad, Grace mencionó las palabras que había aprendido a leer y asimismo describió la pelea de Kitty con un perro.

Después de cenar, cuando Laura y Carrie hubieron lavado los platos, papá propuso, tal como Laura había estado esperando que lo hiciera —Si me traes el violín, tendremos un poco de música, Laura.

Tocó las bravas marchas de Escocia y de Estados Unidos, así como las dulces y viejas canciones de amor y algunos bailables y Laura se sintió tan feliz que la garganta le picaba.

Cuando llegó la hora de retirarse a la cama, subió las escaleras con Carrie y Grace y desde la ventana de arriba contempló las luces de la ciudad que titilaban acá y allá, a través del viento y de la nieve. Mientras se arrebujaba entre las mantas, oyó a papá y a mamá que subían a su habitación. Escuchó la voz baja y agradable de mamá y la profunda de papá respondiéndole y se sintió tan contenta de estar en casa esas dos noches y casi dos días completos que apenas podía conciliar el sueño.

Durmió muy bien y profundamente, sin miedo a caerse de un estrecho sofá. Casi enseguida, le pareció que abría los ojos; oyó el crepitar de la estufa y supo que estaba en casa.

—¡Buenos días! —exclamó Carrie desde su cama y Grace se irguió y chilló, —¡Buenos días Laura! Buenos días. Mamá sonrió cuando Laura entró en la cocina; papá llegó con la leche y dijo, —¡Buenos días pequeña!— Laura nunca antes se había dado cuenta de que al decir —Buenos días— la mañana se hacía brillante. En cualquier caso estaba aprendiendo algo de aquella señora Brewster, pensó.

El desayuno fue muy agradable. A continuación y sin parar de charlar, Laura y Carrie lavaron los platos y subieron arriba para hacer las camas. Mientras estaban ajustando una sábana Laura dijo —Carrie ¿Has pensado alguna vez lo afortunadas que somos al tener un hogar como este?

Carrie miró a su alrededor, sorprendida. No había nada que ver, excepto las dos camas y las tres cajas en las que guardaban sus cosas. También podía ver el tubo de la chimenea que atravesaba el suelo y salía por el techo.

—Es cómodo —dijo Carrie, al tiempo que alisaban el cobertor y lo remetían en los ángulos. —Creo que exactamente nunca lo pensé.

—¿Detestas mucho el enseñar en la escuela? —preguntó Carrie en voz baja.

—Sí, de veras que sí —murmuró Laura. —Pero papá y mamá no deben enterarse.

Sacudieron las almohadas, las colocaron en sus lugares y pasaron a la cama de Laura —Tal vez no tengas que hacerlo mucho tiempo —la consoló Carrie. Desabrocharon la almohada e introduciendo las manos en su interior, removieron la paja. —Quizá te cases. Mamá lo hizo.

—No deseo hacerlo —contestó Laura. Alisó la almohada y la abotonó. —Venga, ahora sigamos con la cama. Yo prefiero estar en casa a cualquier otra cosa.

—¿Siempre? —preguntó Carrie.

—Sí, siempre —contestó Laura y así lo sentía de todo corazón. Extendió la sábana. —Pero no puedo, no todo el tiempo. Tengo que ir a dar clases.

Arreglaron los cobertores y la almohada de Laura. Las camas estaban listas. Carrie dijo que se ocuparía de barrer. —Ahora siempre lo hago —explicó —y si vas a ir a casa de Mary Power, cuanto más pronto vayas antes regresarás.

—Sólo tengo que averiguar si sigo al día en lo referente a mi clase —le explicó Laura. Abajo, colocó el fregador sobre la estufa, llenándolo con agua del pozo y mientras se calentaba fue a ver a Mary Power.

Había olvidado completamente que nunca le agradó demasiado la ciudad. La mañana era fría y luminosa. La luz del sol brillaba sobre la helada nieve de la calle y centelleaba en los bordes helados de los tablones de madera de las aceras. En el sector construido quedaban únicamente dos solares vacíos en la parte oeste de la calle y algunas de las tiendas estaban pintadas de blanco o de gris. El colmado de Harthorne era de color rojo. En todas partes se notaba el

despertar de la mañana. Los tenderos, embutidos en gruesas pellizas y gorros o sombreros quitaban restos de nieve de la acera frente a sus tiendas y hablaban o bromeaban mientras trabajaban. Se oían portazos, cacareos de gallinas y relinchos de caballos en los establos.

El señor Fuller y el señor Bradley alzaron sus gorros y desearon un buen día a Laura al verla pasar. El señor Bradley comentó, —He oído decir que enseñas en la escuela de Brewster, señorita Ingalls.

Laura se sintió muy mayor. —Sí —afirmó —estoy en la ciudad solamente el fin de semana.

—Bien, te deseo toda clase de éxitos —dijo el señor Bradley.

—Muchas gracias, señor Bradley —agradeció Laura.

En la sastrería del señor Power, el padre de Mary estaba sentado con la piernas cruzadas, cosiendo activamente. Mary ayudaba a su madre en el trabajo de la mañana en la habitación de atrás.

—¡Vaya, mirad quién está aquí! —exclamó el señor Power —¿Cómo está la maestra?

—Muy bien, gracias —replicó Laura.

—¿Te agrada la enseñanza escolar? —deseó saber Mary.

—Voy adelante bastante bien, o por lo menos así lo creo —contestó Laura.

—Pero me gustaría más estar en casa. Quedaré más que contenta cuando hayan pasado los dos meses.

—También todos nosotros —Mary le aseguró —Te echamos de menos en la escuela.

Esto complació a Laura. —¿De verdad? —preguntó —Yo también te encuentro a faltar.

—Nellie Oleson intentó ocupar tu asiento —continuó Mary. —Pero Ida no lo permitió. Afirmó que guarda el sitio hasta que vuelvas y el señor Owen reafirmó que podía hacerlo.

—¿Para qué desearía Nellie Oleson mi sitio? —preguntó Laura. —El suyo es igual de bueno, o casi.

—Así es Nellie —dijo Mary. —Ella sólo quiere cosas que otros tienen, eso es todo. ¡Oh Laura, se quedará de una pieza cuando le diga que Almanzo Wilder te trajo a casa en su nuevo trineo!

Ambas rieron. Laura se sintió un tanto avergonzada pero no podía evitar el reírse. Recordaron que Nellie alardeó que ella iría a pasear instalada detrás de aquellos caballos marrones. Y hasta el momento no lo había conseguido.

—Apenas puedo esperar —dijo Mary.

La señora Power dijo —No creo que esto sea muy bonito Mary.

—Sé que no lo es —admitió esta última. —Pero no sabes cuánto presume y se exhibe Nellie y se mete con Laura. Y ahora tendrá que pensar que Laura da clases escolares y que Almanzo Wilder la ha traído a casa.

—¡Oh no! ¡No fue así! —chilló Laura. —No es así en absoluto. Vino a recogerme como un favor a papá.

Mary se rió. —¡Debe pensar mucho en tu papá! —empezó a insinuar. Enseguida miró a Laura y dijo —Lo lamento. No hablaré de ello si no quieres.

—No quiero decir eso —aclaró Laura. Todo es fácil cuando estás sola o en casa, pero tan pronto como estás con otras personas, te metes en dificultades. —No quiero que creas que el señor Wilder es mi fan, porque no lo es.

—Muy bien —respondió Mary.

—Y sólo salí para un momento —añadió Laura. —Preparé el agua y ahora ya debe estar caliente. Dime por dónde vas con tus lecciones Mary.

Cuando ésta se lo dijo, Laura vio que estaba manteniendo el nivel de la clase estudiando por las noches. Entonces regresó a casa.

Todo aquel día transcurrió felizmente. Laura hizo su colada y se planchó las ropas, limpias y relucientes. Más tarde, en la acogedora sala, deshizo su lindo sombrero de terciopelo marrón mientras hablaba continuamente con mamá, Carrie y Grace. Cepilló y planchó el terciopelo y volvió a montarlo sobre su armazón, probándoselo a continuación. Parecía un sombrero nuevo, incluso le sentaba mejor que antes. Todavía tenía suficiente tiempo para cepillar, esponjar y planchar su vestido marrón y a continuación ayudar a mamá a hacer la cena, que sería temprano. Después, uno por uno, se bañaron en la cálida cocina y marcharon a la cama.

—Si solamente pudiera vivir siempre así, nunca desearía nada más —pensó Laura cuando se puso a dormir. —Pero quizá lo aprecio más porque sólo me queda esta noche y mañana por la mañana...

El sol matutino y el cielo tenían un aire tranquilo de fiesta y la ciudad estaba muy quieta en su calma dominical cuando Laura, Carrie, Grace y mamá salieron lentamente aquel domingo. Ya habían hecho el trabajo de la mañana, las habichuelas para la comida se cocían lentamente en el horno. Papá cerró cuidadosamente las rendijas de la chimenea, salió y atrancó la puerta tras de si.

Laura y Carrie iban delante. Papá y mamá inmediatamente detrás de ellas, llevando de las manos a Grace. Todos lucían frescos y limpios vestidos con sus galas de domingo; caminaron lentamente desafiando el frío y teniendo cuidado de no resbalar en las partes heladas. A lo largo de la calle y por detrás de la tienda de Fuller se dirigían a la iglesia.

Al entrar, Laura miró con atención los asientos que ya estaban ocupados y, ¡allí está Ida! Los ojos marrones de ésta brillaron danzarines al ver a Laura, se deslizó por el banco con el fin de hacer sitio y dio a Laura un abrazo.

—¡Vaya! ¡Estoy muy contenta de verte! —murmuró. —¿Cuándo llegaste?

—El viernes después de la escuela. Tengo que regresar esta tarde —contestó Laura. No tenían mucho tiempo para hablar antes de la Escuela Dominical.

—¿Te gusta enseñar? —preguntó Ida.

—No. ¡Nada de nada! Pero no se lo digas a nadie. Por ahora voy saliendo adelante.

—No lo haré —prometió Ida. —Me figuraba que no te gustaría. Tu sitio en la escuela está muy vacío.

—Volveré. Sólo quedan siete semanas —aseguró Laura.

—Laura —preguntó Ida —No te importaría que Nellie Oleson se sentara conmigo mientras tú estás fuera, ¿verdad?

—Verás, Ida Brown... —empezó Laura. Entonces se dio cuenta que Ida solo la estaba pinchando. —Por supuesto que no —le respondió. —Pregúntale y averigua si ella quiere.

Dado que estaban en la iglesia y no podían reír, se quedaron sentadas silenciosamente, temblando y casi ahogándose

en sus esfuerzos por mantener el rostro tranquilo y serio. El abogado Barnes golpeaba el púlpito para poner orden en la Escuela Dominical y, por ello, las chicas ya no pudieron hablar más. Tenían que ponerse en pie y unirse a los cánticos.

¡Dulce Escuela del sábado! Más estimada por mi
que la cúpula del más hermoso palacio.
Mi corazón se vuelve hacia ti con alegría.
Mi querido hogar sabatino.

El cantar juntos era incluso mejor que hablar. Laura pensó que Ida era muy buena, mientras una al lado de otra, en pie, mantenían el libro de himnos abierto entre las dos.

Aquí, a mi ansioso y deseoso corazón
Le fue mostrado el camino de la vida.
Aquí, ante todo, busqué lo mejor.
Y gané un hogar sabatino.

Clara y segura, la voz de Laura mantuvo las notas mientras el tono suave de Ida resonaba con "*Hogar Sabatino*". Después, sus voces se unieron de nuevo.

Mi corazón se vuelve hacia ti con alegría
Mi querido hogar sabatino.

La Escuela Dominical era la parte agradable de la iglesia. Aunque sólo podían hablar con el maestro acerca del tema de la lección, Ida y Laura podían sonreírse mutuamente y cantar juntas. Cuando terminaba la Escuela Dominical, sólo quedaba tiempo para decir —Adiós, adiós—. Ida debía sentarse en primera fila con la señora Brown mientras que el Reverendo Brown lanzaba uno de sus larguísimos y algo tontos sermones.

Laura y Carrie fueron a sentarse con papá, mamá y Grace. Laura se aseguró de recordar el texto para repetirlo en casa cuando papá le preguntara y así ya no tuvo necesidad de escuchar más. En la iglesia encontraba a faltar a Mary, que siempre se sentaba muy recta a su lado, vigilando que se

comportara bien. Era extraño el pensar que habían sido niñas pequeñas y que ahora Mary estaba en la universidad y Laura daba clases escolares. Intentó no pensar en la señora Brewster ni en la escuela. Después de todo, Mary se había marchado a estudiar y Laura ya estaba ganando cuarenta dólares; con esta cantidad seguramente que Mary podría quedarse en la universidad el próximo año. A lo mejor todo sale bien, hay que seguir intentándolo. En cualquier caso, hay que continuar; nada llegará a buen fin si no lo haces. —Eso si puedo manejar a Clarence durante siete semanas más —pensó Laura.

Carrie le pellizcó el brazo. Todo el mundo estaba de pie para cantar la Doxología. El servicio había terminado.

La comida fue excelente. Las judías de mamá salieron deliciosas así como el pan, la mantequilla y los pepinillos y todos se sintieron muy cómodos, alegres y comunicativos. Laura dijo —¡Oh, cuánto me gusta estar aquí!

—Es una lástima que la casa de los Brewster no sea un lugar mejor para quedarse —comentó papá.

—Bueno papá, no me he quejado —respondió sorprendida Laura.

—Ya se que no lo has hecho. Bien, mantén los labios apretados; siete semanas pasarán pronto y volverás a estar de nuevo en casa.

Era muy agradable, una vez que los platos estuvieron lavados, sentarse todos en la sala para pasar la tarde del domingo. La luz del sol entraba a raudales por las limpias ventanas de la cálida habitación, mamá se mecía con calma y Carrie y Grace miraban las ilustraciones del gran libro verde de papá que se llamaba *Las Maravillas del Mundo Animal*. Papá leía artículos del *Pioneer Press* en voz alta a mamá y, en su mesa, Laura escribía una carta a Mary. Empleando con cuidado la pluma perlada de mamá que tenía forma de pluma de ave, le escribió acerca de su escuela y sus discípulos. Por supuesto no le comunicó nada desagradable. El reloj emitía su tic tac y de cuando en cuando Kitty se desperezaba y ronroneaba un poco.

Cuando hubo terminado la carta, Laura subió arriba y empaquetó su ropa limpia en el maletín de mamá. Lo bajó y lo colocó en la sala. Se acercaba la hora de partir, pero papá

continuaba sentado leyendo tranquilamente su periódico y parecía no enterarse.

Mamá miró el reloj y suavemente dijo —Charles, deberías empezar a moverte o saldrás tarde. Es un largo camino de ida y vuelta y en esta época se hace oscuro pronto.

Papá se limitó a volver una página del periódico y dijo —Oh, no hay prisa.

Laura y mamá se miraron asombradas. Miraron el reloj y nuevamente a papá. Este no se movió pero su barba de color castaño parecía ostentar una mirada sonriente. Laura se sentó.

El reloj continuó su tic tac y papá siguió leyendo el periódico en silencio. Por dos veces, mamá estuvo a punto de hablar pero cambió de idea. Finalmente y sin levantar la vista papá dijo, —Algunos amigos tienen dudas sobre mi tronco de caballos.

—¡Caramba Charles! No sucede nada con los caballos ¿verdad? —exclamó mamá.

—Bien —dijo papá. —De hecho ya no son tan jóvenes como antes. Todavía se defienden muy bien para hacer esas doce millas de ida y regreso.

—Charles —dijo mamá sin saber cómo continuar.

Papá miró a Laura y sus ojos brillaban. —Tal vez no tenga que conducirlos tan lejos —insinuó. Sonaban campanillas de trineo y se acercaban por la calle. Se oyeron más fuertemente; a continuación sonaron todas a la vez y se detuvieron ante la puerta. Papá se acercó y la abrió.

—Buenas tardes señor Ingalls —oyó Laura que deseaba Almanzo Wilder. —Me he detenido para ver si Laura me permitiría llevarla hasta su escuela.

—¡Hombre! Estoy seguro que le agradaría viajar en ese trineo —replicó papá.

—Se está haciendo tarde y hace mucho frío para llevarlos sin abrigar —dijo Almanzo. —Voy calle abajo y ya me pararé cuando vuelva a subir.

—Se lo diré a ella —contestó papá cerrando la puerta mientras las campanillas se alejaban. —¿Qué te parece Laura?

—Es muy divertido viajar en ese trineo —replicó Laura. Rápidamente se encasquetó su capucha y se puso la pelliza.

Las campanillas se aproximaban; apenas tuvo tiempo de decir adiós antes de que se detuvieran ante la puerta.

—No te olvides el maletín —dijo mamá y Laura se volvió para llevárselo.

—Gracias mamá. Adiós— agradeció dirigiéndose hacia el trineo. Almanzo la ayudó a subir y ajustó los cobertores encima y alrededor de ella. Prince y Lady arrancaron rápidamente mientras todas las campanillas emitían su música y, de esta manera, Laura emprendió el camino de regreso a la escuela.

Capítulo Cinco

CON LOS LABIOS APRETADOS

Aquella semana, todo salió mal, absolutamente todo. Nada proporcionó a Laura el menor impulso ni apoyo. El tiempo era malo. Las nubes oscuras se aplastaban sobre la pradera blanca y gris y el viento soplaba monótonamente. El frío era húmedo y pegajoso. Las estufas humeaban.

La señora Brewster dejó de hacer las tareas domésticas. No barrió la nieve que el señor Brewster traía consigo al entrar. Se fundía y dejaba manchas junto con las cenizas, alrededor de la estufa. No se hacía la cama y ni tan siquiera la estiraba. Dos veces al día cocinaba patatas y cerdo salado y con esto ponía la mesa. El resto del tiempo lo pasaba sentada melancólicamente. Ni tan siquiera se peinaba y a Laura le pareció que Johnny chilló toda la semana muy enfadado.

En cierta ocasión, Laura intentó jugar con él, pero solo consiguió que la golpeara y que la señora gruñera airadamente —¡Déjalo tranquilo!

Después de cenar, el pequeño se puso a dormir sobre las rodillas de su padre y la señora Brewster se limitó a quedarse sentada. El aire parecía arder con el silencio de ella y Laura pensó que el señor estaba allí como la protuberancia de un tronco. Ella había oído decir esta frase, pero en realidad no sabía lo que significaba.

El silencio era tan fuerte que Laura apenas podía estudiar. Cuando se fue a la cama, la señora Brewster empezó a reñir con su marido. Quería regresar al Este.

Laura apenas podía estudiar a fondo, pero en cualquier caso estaba muy preocupada por su escuela. A pesar de lo que hacía, todo iba de mal en peor.

Empezó el lunes cuando Tommy no supo una palabra de su lección de deletreo y pronunciación. Alegó que Ruby no le dejaba el libro. —¡Caramba Ruby! —exclamó Laura sorprendida. En ese momento la dulce Ruby se transformó en un torbellino. Laura quedó tan sorprendida que antes de que pudiera impedirlo, Ruby y Tommy estaban peleándose.

Laura paró la pelea, fue hacia el asiento de Tommy y le dio el manual. —Ahora aprende esta lección —le ordenó. —Te quedas durante el recreo y me la recitas.

Al otro día, fue Ruby la que no supo su lección. Se quedó ante Laura con las manos atrás, tan inocente como un cachorrillo y dijo —No he podido aprenderla maestra. Usted le dio el manual a Tommy.

Laura recordó contar hasta diez y sólo entonces dijo —Ah, eso hice. Entonces tu y Tommy os sentáis juntos y aprended vuestra lección.

No estudiaban las mismas lecciones del libro, pero podían mantenerlo abierto por dos partes. Echándose a un lado, Tommy podía estudiar su lección mientras Ruby, desde el otro lado, lo hacía con la suya. De esta forma Laura y Mary solían aprender lecciones diferentes con el libro de mamá.

Pero Tommy y Ruby no hicieron lo mismo. Silenciosamente, luchaban por abrir más el libro por la parte que correspondía a cada uno. Una y otra vez Laura llamó incisivamente —¡Tommy! ¡Ruby!— Pero ninguno de los dos aprendió bien la lección.

Martha no podía con sus problemas de aritmética. Charles ganduleaba mirando por la ventana, desde la que no se divisaba nada excepto el tiempo gris. Cuando Laura le pidió que mantuviese los ojos en la lección, él se puso a contemplar una página con la mirada perdida. Laura sabía que no la veía.

Se sentía pequeña. Cuando Martha, Charles y Clarence se pusieron de pie ante ella para recitar sus lecciones, realmente eran demasiado para ella. Aunque procuraba hacerlo lo mejor posible, no conseguía interesarles en que aprendieran geografía e historia.

El lunes, Clarence sabía una parte de su lección de historia, pero cuando Laura le preguntó en que fecha se realizó el primer asentamiento en Virginia, le contestó descuidadamente —Oh, no me he estudiado esa parte—.

—¿Por qué no? —quiso saber Laura.

—La lección es demasiado larga —replicó Clarence con una mirada de ojos sonrientes que parecían decir —Bien, ¿y qué vas a hacer al respecto?

Laura estaba furiosa y enfadada, pero cuando los ojos de ambos se encontraron, supo inmediatamente que él esperaba que ella se enfadara. ¿Qué podría hacer? No podía castigarle, era demasiado grande. No debía mostrar enfado.

Por tanto se quedó quieta, mientras giraba las páginas del libro de historia. Sentía el corazón débil, pero no debía permitir que él se diera cuenta. Finalmente dijo —No está nada bien que no hayas aprendido esto. Ello hará que tu próxima lección sea mucho más larga, ya que no debemos atrasar a Charles y a Martha.

Continuó y escuchó a Charles y Martha recitar su lección. A continuación les puso otra lección de la extensión normal.

Al otro día, Clarence no supo la lección de historia. —Es inútil intentar aprender lecciones tan largas —manifestó.

—Si tu no quieres aprender, Clarence, sólo tu eres el perdedor —le explicó Laura. Siguió haciéndole preguntas esperando que se avergonzara al contestar —No lo se—. Pero no fue así.

Cada día Laura se sentía más hundida y pensaba que estaba fracasando. No sabía dar clases. Su primera escuela resultaría un fallo total y no podría acceder a otro certificado. Ya no ganaría más dinero. Mary tendría que abandonar la universidad y eso sería por culpa de ella. Apenas aprendía sus propias lecciones, pese a que las estudiaba no solamente por la noche, sino también al mediodía y durante el recreo. Cuando regresara a la ciudad, estaría atrasada con respecto a su clase.

Todos los problemas provenían de Clarence. Él podría hacer que Ruby y Tommy se portaran bien, si él también lo hacía. Era su hermano mayor. Podía aprender sus lecciones ya que era más despierto que Martha y Charles. Laura deseaba haber sido lo suficientemente grande para dar a Clarence la lección que merecía.

Lentamente, los días fueron transcurriendo, formando la semana más larga y desafortunada que Laura jamás había pasado.

El jueves cuando Laura ordenó —Tercera clase de aritmética, en pie— Clarence se levantó rápidamente y Charles empezó a moverse lánguidamente, pero Martha medio se alzó y emitiendo un chillido —¡Ayyy!— volvió a sentarse como si estuviera atada.

Con su navaja Clarence había clavado la trenza de la niña al pupitre. Lo había hecho tan cuidadosamente que Martha no se dio cuenta de nada hasta que intentó levantarse.

—¡Clarence! —exclamó Laura. Él no paraba de reírse. También Tommy reía. Ruby a medias e incluso Charles sonreía bastante. Martha estaba sentada, con la cara roja y lágrimas en los ojos.

Laura estaba desesperada. Todos estaban contra ella y no podría imponerles disciplina. ¿Cómo podían ser tan malos? Durante un instante recordó a la señorita Wilder, que había fracasado como maestra en la ciudad. —¡Seguro que se sentiría de esta manera! —pensó Laura.

Entonces y, de golpe, se sintió muy enfadada. Arrancó la navaja, la cerró y la retuvo. No se sintió pequeña cuando se acercó a Clarence y le espetó —¡Se te tiene que caer la cara de

vergüenza!— Éste cesó de reir inmediatamente. Todos se quedaron totalmente quietos y callados.

Laura regresó a su mesa, golpeó con el lápiz y dijo —¡Tercera clase de aritmética, en pie! ¡Acérquense!

No se sabían la lección, no supieron resolver los problemas, pero por lo menos pasaron por todas las fases del intento. Laura se sentía alta y terrible y la obedecieron sin rechistar. Finalmente dijo, —Mañana todos repetiréis esta lección. La clase ha terminado.

La cabeza le dolía mientras se dirigía a la odiosa casa de la señora Brewster. No podría estar enfadada siempre y la disciplina no era buena si los discípulos no aprendían las lecciones. Ruby y Tommy estaban atrasados en vocabulario. Martha no sabía componer una frase algo larga y tampoco sumar bien y Clarence no aprendía historia. Deseó que mañana pudieran hacerlo mejor.

El viernes fue tranquilo. Todos estaban callados y sólo esperaban que terminara la semana; incluso ella se incluía en esto. Las manecillas del reloj nunca se habían movido tan despacio.

Por la tarde las nubes empezaron a desaparecer y la luz se hizo más brillante. Algo antes de las cuatro un pálido sol navegaba hacia el Oeste a través de la tierra nevada. En aquel momento, Laura oyó distante el sonido de las campanillas de un trineo.

—Podéis guardar los libros —dijo a sus alumnos. Aquella horrible semana había, por fin, acabado. Ya no podía pasar nada más. —La escuela ha terminado.

La música de las campanillas se empezó a oír más fuerte y más clara. Laura ya tenía el abrigo abrochado y la capucha ajustada cuando Prince y Lady pasaron ante la ventana haciendo sonar las campanillas. Agarró sus libros y la fiambrera y fue entonces cuando sucedió lo peor de todo.

Clarence abrió la puerta, asomó la cabeza y gritó —¡Aquí está el admirador de la maestra!

Almanzo Wilder tenía que haberlo oído. Era imposible evitarlo. Laura no sabía como enfrentarse a él. ¿Qué podría decirle? ¿Cómo podría explicarle que ella no había dado a Clarence el menor motivo para decir tal cosa?

Almanzo estaba esperando bajo el frío viento, con los caballos protegidos con mantas; tenía que salir. Le pareció que él estaba sonriendo, pero no se atrevía a mirarle. Él la arropó bien y preguntó —¿Todo bien?

—Sí, muchas gracias —respondió ella. Los caballos arrancaron rápidamente, sus campanas resonando alegremente. Sería mejor no decir nada de Clarence, decidió Laura, ya que como decía mamá, *Cuanto menos se dice, más pronto se arregla.*

Capítulo Seis

DIRECCIÓN

Mientras papá tocaba el violín, ya de noche en casa, Laura se sintió mucho mejor. Ya habían pasado dos semanas, pensó; sólo quedaban seis más. Tenía que seguir intentándolo. Cesó la música y papá preguntó —¿Cuál es el problema Laura? ¿No quieres hacer limpieza del pecho y echarlo fuera?

Ella no quería preocuparles, intentaba no hablar nada que no fuera alegre. Pero de pronto exclamó —¡Oh papá, no se qué hacer!

Les contó todo lo sucedido durante aquella miserable semana en la escuela. —¿Qué puedo hacer? —preguntó—. Debo actuar, no puedo fallar; pero estoy fracasando. Si por lo menos fuese lo suficientemente grande y fuerte para azotar a Clarence. Eso es lo que necesita, pero no puedo hacerlo.

—Podrías pedirle al señor Brewster que lo hiciera —sugirió Carrie—Él podría hacer que Clarence se comportara bien.

—¡Oh Carrie! —protestó Laura. —Cómo puedo decir a la dirección de la escuela que no puedo dirigirla? No, no puedo hacer eso.

—¡Ahí lo tienes Laura! —dijo papá. —Todo se basa en esa palabra: "dirección". Tal vez no pudieras llegar muy lejos con Clarence incluso si fueras lo suficientemente grande y potente para castigarle como merece. La fuerza bruta no consigue muchos resultados. Ya sabes que todos nacemos libres, tal como dice la Declaración de Independencia. Puedes llevar un caballo hasta el agua, pero no puedes hacerle beber y, bien o mal, nadie sino el mismo Clarence puede ser el jefe de Clarence. Mejor que tu te dediques a dirigir.

—Si, me doy cuenta papá —contestó Laura. —¿Pero cómo?

—Bien, primero de todo se paciente. Prueba a ver las cosas a su manera, hasta donde puedas. Mejor que no intentes que él haga algo porque no lo conseguirás. No me suena como si fuera realmente un muchacho mal intencionado o retorcido.

—No, no lo es —agregó Laura, —Pero creo que no alcanzo a saber cómo debo manejarle.

—Si yo estuviese en tu lugar —intervino suavemente mamá y Laura recordó que mamá había sido maestra de escuela — le daría vía libre y no le prestaría atención. Lo que él desea es llamar la atención y por eso hace lo que hace. Se amable y hasta agradable con él, pero pon toda tu atención en los otros. Clarence vendrá al redil.

—Eso es Laura, escucha a mamá —aconsejó papá. —Lista como una serpiente y tierna como una paloma.

—¡Charles! —exclamó mamá. Papá tomó su violín y empezó a tocar para ella. —¿Puede ella hacer un pastel de cerezas Billy Boy, Billy Boy? ¿Puede hacer un pastel de cerezas, encantador Billy?

El domingo por la tarde, cuando Laura volaba arropada en el trineo por la soleada nieve, Almanzo Wilder dijo —Veo que te anima el volver a casa hasta el domingo. Tengo idea de que es bastante duro quedarse con los Brewster.

—Es mi primera escuela y nunca antes había estado lejos de casa —contestó Laura—. Añoro el hogar y aprecio muchísimo el que tengas que viajar tan lejos para llevarme a casa.

—Es un placer —respondió él.

Era educado el que dijera esto, pero Laura no veía ningún placer para él en aquel viaje tan largo y frío. Apenas dijeron unas palabras en todo el recorrido a causa del frío y, en cualquier caso, ella sabía muy bien que no era una gran animadora. Apenas podía pensar en algo de qué hablar con otras personas que no fueran de su familia.

Los caballos estaban tan calientes al haber trotado en el frío que no debían permanecer ni un momento parados bajo el azote del viento helado y, por ello, Almanzo los paró a la puerta de los Brewster sólo el tiempo suficiente para que Laura se apeara rápidamente. Al continuar el camino, él se

tocó su gorro de piel con la enguantada mano y gritó, acompañado por la música de las campanillas, —¡Adiós, hasta el viernes!—

Laura se sintió culpable. No esperaba que el chico hiciera tan largo recorrido cada semana. Deseaba que él no pensara que ella así lo esperaba. Seguramente que él no pensaba en... bien, ¿o quizá en ser su novio?

Laura estaba ya casi acostumbrada a la miserable casa de la señora Brewster. Sólo tenía que olvidarla tanto como pudiera. Estudiar hasta la hora de acostarse y por las mañanas hacerse la cama, tragar aprisa el desayuno, fregar los platos y marcharse a la escuela. Ahora ya tan solo quedaban seis semanas más.

El lunes por la mañana la escuela empezó tan melancólicamente como había terminado el viernes. Pero Laura estaba determinada a efectuar un cambio y empezó con ello enseguida.

Cuando Tommy hubo terminado de vacilar con su lección de lectura, le sonrió y le dijo —Estás mejorando la lectura Tommy. Mereces un premio. ¿Te gustaría copiar tu lección de deletreo y pronunciación en la pizarra?

Tommy sonrió y ella le dio el libro y un pedazo nuevo de tiza. Cuando el chico hubo copiado su lección, Laura alabó su caligrafía y le recomendó que ahora podía estudiar leyendo de la pizarra. A continuación entregó el libro a Ruby.

—Tu lección de lectura también ha estado muy bien —le dijo. —Por tanto, mañana podrías copiar la otra en la pizarra. ¿Te parece?

—¡Oh si, señorita! —contestó Ruby con entusiasmo y Laura pensó —¡Bueno! ¡La primera cosa bien dirigida!

Clarence se puso nervioso, se le cayeron o dejó caer sus libros y tiró del pelo a Martha, pero Laura se acordó del consejo de mamá e hizo ver que no le veía. La pobrecilla Martha no se sabía su lección en absoluto. Estaba tan confundida con las frases compuestas y complicadas, que había dejado de intentar comprenderlas. Únicamente contestó, —No lo se, no lo se—.

—Creo que tienes que volver con esta lección Martha — se vio obligada a decirle Laura; pero entonces tuvo una

inspiración y continuó —A mí también me gustaría repasarla ya que estoy intentando mantenerme al día con mi clase en la ciudad y la gramática es dura. Si estás de acuerdo podemos repasar esta lección juntas a la hora del mediodía. ¿Te gustaría?

—Sí, desde luego —respondió Martha.

Por tanto, al mediodía cuando hubieron terminado su comida Laura tomó su gramática y preguntó —¿Preparada Martha?— Y ésta le sonrió.

Fue entonces cuando Clarence preguntó —¿Es por esto que usted estudia continuamente, para mantenerse al día con su clase de la ciudad?

—Sí, estudio por las noches, pero también tengo que estudiar aquí— aclaró Laura, al tiempo que pasaba de largo junto a él en dirección a la pizarra. Clarence la silbó por lo bajito pero Laura no le prestó ninguna atención.

En la pizarra trabajó con Martha hasta que ésta, por sí sola, pudo construir una frase compuesta, al tiempo que exclamaba —¡Ahora lo entiendo! Después de esto ya no detestaré tanto la clase de gramática.

Ahí estaba el problema, pensó Laura. Martha había odiado tanto la gramática que no podía aprenderla.

—No detestes ninguna lección —dijo Laura. —Siempre me agradará y estaré dispuesta a estudiar contigo cualquiera de ellas, si así lo deseas.

Los marrones ojos de Martha sonrieron tanto como los de Ida y dijo, —Claro que me gustaría hacerlo a veces, muchas gracias.— Laura deseó en su fuero interno que no tuviera que ser la maestra; ella y Martha eran de la misma edad y podrían haber sido amigas.

Ya había decidido lo que tenía que hacer con la lección de historia de Clarence, que estaba atrasado con respecto a Charles y Martha, pero no le hizo preguntas que no pudiera responder y cuando señaló la lección para el próximo día aclaró: —Esto no va contigo Clarence porque haría que tu lección fuese demasiado larga. Veamos: ¿Cuántas páginas llevas de retraso?

Él se lo mostró y ella le preguntó —¿Cuántas crees que podrías aprender? ¿Serían tres demasiado?

—No, replicó él. No había nada más que pudiese decir ni que objetar o alegar.

—Entonces ha terminado la clase —dijo Laura. Se preguntó qué haría Clarence. Los consejos de papá y mamá estaban yendo muy bien hasta ahora, pero... ¿darían resultado con Clarence?

Al otro día no le hizo muchas preguntas, pero resultó que se había aprendido las tres páginas perfectamente bien. Charles y Martha iban ahora nueve páginas por delante de él. Laura les puso nueve páginas más y preguntó a Clarence —¿Serían demasiadas otras tres páginas? Si quieres puedes trabajar así.

—Las aprenderé —dijo Clarence y, esta vez, miró a Laura con una sonrisa amistosa.

Ella quedó tan sorprendida que casi estuvo a punto de devolver la sonrisa, pero sin embargo reaccionó rápidamente. —Haz menos si crees que es demasiado.

—Lo aprenderé —repitió Clarence.

—Muy bien —contestó Laura. —La clase ha terminado.

Se iba acostumbrando al trazado de los días. Un desayuno silencioso en el frío de las primeras horas de la mañana, una corta caminata helada hasta llegar a la gélida escuela; después el tomar las lecciones, el descanso, el mediodía y la continuación. Más tarde, el recorrido de vuelta bajo el frío hasta llegar a casa de los Brewster, una cena triste, el estudio y el descanso en el estrecho sofá. La señora Brewster estaba siempre de mal humor y silenciosa. Ahora ya ni tan siquiera discutía con el señor Brewster tanto como antes.

Pasó la semana y llegó el viernes otra vez. Cuando la clase de historia se adelantó para dar su lección, Clarence dijo, —Podría usted escucharme decir la lección hasta llegar igual que Martha y Charles. He recuperado hasta estar a la altura de ellos.

Laura quedó atónita y exclamó —¿Pero cómo has podido hacerlo Clarence?

—Si usted puede estudiar por las noches, yo también —explicó Clarence. Laura le sonrió. Le hubiera agradado mucho este chico si ella no hubiese sido la maestra. Las relucientes chispas de sus ojos marrones se parecían a las azules de papá. Pero ella era la maestra.

—Eso está bien —le dijo. —Ahora podéis ir los tres juntos.

Con las cuatro de la tarde llegó la música de las campanillas del trineo y Clarence "susurró" bastante alto —¡El pretendiente de la maestra!

Las mejillas de Laura se tiñeron de rojo, pero dijo suavemente —Podéis guardar los libros. La escuela ha terminado.

Temía que Clarence pudiera decir algo más, pero no lo hizo. Ya iba camino de casa con Tommy y Ruby cuando Laura cerró la puerta de la escuela y Almanzo la ayudó a instalarse en el trineo.

Capítulo Siete

UN CUCHILLO EN LA OSCURIDAD

Transcurrió la tercera semana y también la cuarta. Ya tan solo quedaban otras cuatro más. Aunque cada mañana Laura estaba nerviosa por el día de clase que la esperaba, esto no era tan malo como el hogar de los Brewster. Cada tarde cuando sonaban las cuatro emitía un suspiro de alivio; otro día que había transcurrido bien.

Todavía no habían llegado las ventiscas pero Febrero estaba siendo muy frío. El viento cortaba como un cuchillo. Cada viernes y domingo, Almanzo Wilder había hecho el largo y frío recorrido para llevarla a casa y vuelta. Laura no podía pensar en aguantar la semana si no hubiese sido por esperar el regreso a casa. Pero lo lamentaba por Almanzo, que estaba haciendo aquellos larguísimos recorridos bajo el intenso frío.

Aunque deseaba sobremanera ir a casa los fines de semana, no quería estar bajo obligación de ningún tipo con nadie. Ella iba únicamente por el transporte a casa, pero él no sabía nada de esto. Tal vez esperaba que ella siguiese paseando con él después de llegar. Laura no quería sentirse obligada pero tampoco podía ser desagradecida y poco sincera. Creía que debía explicar todo esto a Almanzo, pero no sabía cómo.

En casa, mamá estaba preocupada porque Laura adelgazaba. —¿Estás segura de que comes lo suficiente en casa de los Brewster? —le preguntó y Laura respondió —¡Oh, desde luego! ¡Como de sobra! Aunque no sabe como la comida de casa.

Papá dijo: —Ya sabes Laura que no tienes que terminar el plazo. Si algo te molesta o preocupa demasiado, siempre puedes volver a casa.

—¡Caramba papá! —replicó Laura, —No puedo dejarlo. No obtendría otro certificado. Y además, sólo quedan otras tres semanas.

—Temo que estás estudiando demasiado —insinuó mamá. —No parece que duermas lo suficiente.

—Voy a la cama cada noche a las ocho —aseguró Laura.

—Bueno, tal como bien dices, sólo quedan otras tres semanas —respondió mamá.

Nadie sabía lo mucho que detestaba volver a casa de la señora Brewster, pero no cambiaría nada el contarlo. El estar en casa todos los sábados la alegraba mucho y le daba fuerzas para enfrentarse a otra semana. Pero no era bonito aprovecharse tanto de Almanzo Wilder.

La estaba llevando a casa de los Brewster aquel domingo por la tarde. Hablaban muy poco durante aquellos largos viajes ya que hacía demasiado frío. Las alegres campanillas sonaban como heladas en la baja temperatura y el ligero trineo corría tanto que el viento del norte que les perseguía no llegaba demasiado duramente a sus espaldas. Pero él tenía que hacer frente a ese viento durante todo el camino de regreso a la ciudad.

La cabaña de los Brewster no estaba ya muy lejos cuando Laura se dijo —¡Cesa ya de vacilar!— Y entonces habló —Voy contigo únicamente porque quiero ir a casa. Cuando ya me quede definitivamente, ya no saldré más contigo. Ahora ya lo sabes y si quieres ahorrarte estas largas y frías cabalgatas, puedes hacerlo.

Las palabras le sonaron horribles mientras las pronunciaba. Eran rudas y odiosas. Al mismo tiempo se dio cuenta lo detestable que sería si Almanzo no iba a buscarla otra vez. Tendría que pasarse los sábados y domingos con la señora Brewster.

Tras un momento de asombro, Almanzo dijo lentamente —Entiendo.

No había tiempo para decir nada más. Ya estaban a la puerta de la señora Brewster y los caballos no podían detenerse para no quedar helados. Rápidamente Laura se apeó al tiempo que decía —Gracias—. Él llevó la mano al gorro de pieles y el trineo se alejó rápidamente.

Solamente son tres semanas más —se dijo Laura, pero no podía evitar sentirse desolada.

Durante toda aquella semana, el tiempo se hizo más frío. El jueves por la mañana Laura se dio cuenta que el cobertor se había helado cerca de su nariz mientras dormía. Tenía los dedos tan ateridos que apenas podía vestirse. En la otra habitación, la estufa estaba al rojo vivo pero daba la impresión que el calor no lograba penetrar en el intenso frío reinante.

Laura estaba calentándose sus dormidas manos en la estufa cuando de golpe el señor Brewster entró en la habitación, se quitó las botas a tirones y empezó a frotarse fuertemente los pies. La señora Brewster se le acercó rápidamente.

—¡Oh, Lewis!, ¿qué ocurre? —le preguntó tan ansiosamente que Laura quedó sorprendida.

—Mis pies —respondió el señor Brewster. —Vine corriendo todo el camino desde la escuela, pero no los siento.

—Déjame que te ayude —dijo su esposa. Le colocó los pies en su regazo y le ayudó a frotárselos. Estaba tan preocupada y tan amable que parecía otra mujer. —Oh Lewis, ¡este terrible país! —exclamó —¿Te hago daño?

—Sigue —gruñó el señor Brewster. Parece que la sangre está volviendo a circular.

En cuanto se recuperaron los medio helados pies, el señor Brewster le dijo a Laura que no fuera a la escuela con ese día. —Te congelarías— le aseguró.

Ella protestó. —Pero los niños irán y yo debo estar allí.

No creo que vayan —aseguró el señor Brewster. —Encenderé una hoguera y si por casualidad vinieran, podrán calentarse y regresar a casa de nuevo. Hoy no habrá escuela —afirmó tajantemente.

Con esto se cerró el tema, porque un maestro debe obedecer al representante del comité escolar.

Fue una jornada larga y miserable. La señora Brewster se quedó sentada, acurrucada en un cobertor cerca de la estufa, cavilando melancólicamente. Los pies del señor Brewster le producían dolor y Johnny temblaba con un resfriado y fiebre. Laura fregó los platos, hizo su cama aguantando el intenso frío y estudió sus libros escolares. Cuando intentó hablar, halló algo como amenazador en el silencio de la señora Brewster.

Finalmente llegó la hora de acostarse. Laura deseaba por encima de todo que al día siguiente pudiera ir a la escuela. Por ahora sólo podía escapar tratando de dormirse. El frío que hacía en el dormitorio casi le cortaba la respiración y le producía rigidez en las manos, por lo que le fue muy difícil desvestirse. Durante largo rato el intensísimo frío le impidió dormir, pero lentamente empezó a sentirse más caliente bajo las ropas de cama.

Un alarido la despertó. La señora Brewster chillaba —¡Me has golpeado!

—No lo hice —aseguró el señor Brewster— Pero lo haré si no sueltas ese cuchillo de cocina.

Laura se sentó en la cama. La luz de la luna penetrando por la ventana, se extendía por la habitación. La señora Brewster gritó otra vez, un sonido salvaje que, sin palabras, puso los pelos de punta a Laura.

—Devuelve ese cuchillo a la cocina —dijo el señor Brewster.

Laura atisbó por una rendija de la cortina. La luna brillaba a través de la tela tintando algo la oscuridad y pudo ver a la señora Brewster allí de pie. Su largo camisón de dormir arrastraba por el suelo y el negro cabello le caía por los hombros. En la mano alzada sostenía un cuchillo de carnicero. Laura jamás se había sentido tan terriblemente atemorizada.

Si no puedo volver a casa de una manera, puedo hacerlo de otra —dijo la señora Brewster.

Aparta ese cuchillo y déjalo en su sitio —exclamó el señor Brewster.

Estaba inmóvil pero en tensión, dispuesto a saltar.

—¿Lo harás o no? —preguntó ella.

—Te morirás de frío así —respondió él. —No voy a discutirlo otra vez y menos a estas horas de la noche. Tengo que manteneros a ti y a Johnny y no poseo nada más que esta tierra. Ve a poner el cuchillo en su sitio y vuelve a la cama antes de que te congeles.

El cuchillo cesó de temblar al tiempo que el puño de la señora Brewster apretaba con más fuerza el mango.

Ve a dejarlo en la cocina —ordenó el señor Brewster.

Al cabo de un momento, la señora Brewster se dio la vuelta y fue hacia la cocina. Laura no dejó caer las cortinas de nuevo hasta que regresó y se metió en la cama. Suavemente se cubrió del todo con las ropas y se quedó inmóvil mirando la cortina. Estaba horriblemente atemorizada y no se atrevía a dormir. ¿Y si se despertara y viera la señora Brewster en pie a su lado con aquel espantoso cuchillo? Y además, ella no le gustaba a dicha señora.

¿Qué podía hacer? La casa más próxima distaba una milla; se congelaría si intentaba llegar allí con este frío. Totalmente despierta contempló las cortinas mientras escuchaba. No había otro sonido más que el del viento. La luna desapareció del cielo y Laura siguió contemplando la oscuridad hasta que la luz gris del amanecer fue aproximándose. Cuando oyó que el señor Brewster encendía el fuego o lo avivaba y que la señora empezaba a preparar el desayuno, se levantó y se vistió.

Nada había cambiado; el desayuno fue el usual y silencioso. Laura se marchó a la escuela tan pronto pudo evadirse. Allá se sentía más segura y además, era viernes.

El viento soplaba con furia aunque afortunadamente no era una ventisca, pero arrancaba duras partículas de nieve de los carámbanos congelados y las estrellaba contra las rendijas de las paredes que daban al norte y al oeste. El frío entraba por todas partes. La gran estufa no parecía hacer mucha impresión en un ambiente tan helado.

Laura puso orden en la escuela. Aunque estaba cerca de la estufa tenía los pies helados y era incapaz de sostener un lápiz entre los dedos de la mano. Sabía que aún hacía más frío en los sitios de los alumnos.

Es mejor que os pongáis los abrigos otra vez —les dijo— y acercaos todos al fuego. Podéis turnaros para sentarse en la primera fila o también podéis estar de pie cerca de la estufa para caldearos lo máximo. Estudiad lo mejor que podáis.

Durante todo el día, la nieve baja y ventosa cayó sobre la pradera y penetró algo por las paredes de la escuela. El hielo hizo una gruesa capa sobre el depósito de agua y al mediodía pusieron sus fiambreras sobre la estufa para deshelar los alimentos antes de poderlos comer. El viento siguió soplando cada vez más frío.

Animó mucho a Laura el ver lo bien que se portaron todos los discípulos. Ninguno de ellos se aprovechó del desorden para gandulear o indisciplinarse. Nadie habló. Todos se quedaron lo más cerca posible de la estufa estudiando y, de vez en cuando, dándose la vuelta para calentarse la espalda; recitaron las lecciones muy bien. Charles y Clarence se turnaron para salir a desafiar el exterior, traer carbón y mantener el fuego lo más caliente posible.

Laura estaba temiendo el final del día. Tenía miedo de volver a la casa, sentía sueño y sabía que debía dormir, pero le espantaba hacerlo cerca de la señora Brewster. Todo el día de mañana y el domingo tendría que permanecer en aquella casa con ella, puesto que el señor Brewster pasaría la mayoría de tiempo en el establo.

Pensaba que no debía atemorizarse. Papá siempre le había recomendado que nunca debía temer nada y lo más probable

era que nada sucediera. No tenía exactamente miedo de la señora Brewster ya que se sabía rápida y fuerte, igual que un caballito francés. Pero eso mientras estaba despierta. En cualquier caso, nunca había deseado tanto el volver a casa.

Había hecho bien en decirle a Almanzo la verdad, pero ahora deseaba no haberlo hecho tan pronto. No obstante, tampoco él hubiera ido muy lejos con este frío tan penetrante. Por momentos, el viento soplaba más fuerte y más helado.

A las tres y media todos estaban tan helados que pensó en terminar la clase más pronto. La milla que Martha y Charles tendrían que caminar la preocupaba mucho. Por otra parte, no debía acortar la oportunidad de aprender que tenían los alumnos y además, esto no era una ventisca.

De pronto, oyó campanillas de trineo. ¡Se acercaban! Al cabo de un momento estaban en la puerta. Prince y Lady pasaron ante la ventana y Clarence exclamó —¡Ese Wilder es mucho más tonto de lo que yo creí para venir hasta aquí con este tiempo!

Podéis guardar los libros —dijo Laura. Hacía demasiado frío para que loscaballos se quedasen parados. —Cada vez hace más frío y cuanto antes cada uno llegue a casa, mejor — dijo Laura. —La escuela ha terminado.

Capítulo Ocho

UN FRÍO VIAJE

—Cuidado con el farol —fue todo lo que dijo Almanzo mientras la ayudaba a subir al trineo. Había varias mantas de caballo extendidas sobre el asiento y bajo las pieles de búfalo ardía un farol que caldeaba el lugar donde reposarían los pies de Laura.

Cuando ésta entró corriendo en la casa, el señor Brewster preguntó, —¿No estarás pensando en algo como hacer el viaje con este frío, verdad?

—Sí —contestó ella. No perdió tiempo. En el dormitorio se puso sus otras enaguas de franela y encima de los zapatos se endosó otro par de medias de lana. Dobló la gruesa bufanda de lana negra y se la pasó dos veces por la cara y la capucha, anudándose los extremos en el cuello; encima se colocó el tapabocas cruzando los extremos por delante y sobre todo ello se abrochó el grueso abrigo. Salió corriendo hacia el trineo.

El señor Brewster estaba allí protestando —Sois tontos si lo intentáis —afirmó —No es seguro. Quiero que él también se quede aquí por esta noche —le dijo a Laura.

—¿Crees que es mejor que no te arriesgues? —Almanzo le preguntó.

—¿Vas a regresar? —preguntó ella.

—Si, tengo ganado del que cuidar —respondió él.

—Entonces yo también voy —afirmó ella.

Prince y Lady arrancaron rápidamente hacia el viento, que golpeó y pasó a través de los dobleces de la tela y casi le cortó la respiración a Laura. Inclinó la cabeza, pero sentía como si le derramaran agua helada por las mejillas y el pecho. Mantuvo los dientes apretados para evitar que castañetearan.

Los caballos estaban ansiosos por correr. Sus cascos golpeaban la dura nieve y las campanillas sonaban alegremente. Laura agradecía la velocidad que pronto la llevaría al cobijo que la libraría del frío. Lamentó cuando aflojaron el trote y paulatinamente lo cambiaron por el paso. Supuso que Almanzo les hacía aminorar la marcha para proporcionarles un descanso. Probablemente los caballos no debían ser llevados demasiado aprisa con un tiempo tan duro.

Se quedó sorprendida cuando los paró totalmente y se bajó del trineo. A través de la negra bufanda vio como se acercaba a las inclinadas cabezas de los animales y le oyó decir —Un momento Lady— y puso sus manos protegidas por los gruesos mitones en los ollares de Prince. Al cabo de un instante las quitó de golpe con un movimiento como de extracción y Prince alzó bien alto la cabeza y produjo música con las campanillas. Rápidamente, Almanzo hizo lo mismo con los ollares de Lady y también ella, levantó la cabeza. Almanzo se arrebujó en el trineo y continuaron el viaje aprisa.

La bufanda de Laura ya se había helado contra su boca lo que hacía muy incómodo el poder hablar y por ello no dijo

nada. El gorro de pieles de Almanzo estaba hundido hasta las cejas y su tapabocas le cubría la cara hasta los ojos. El aliento se helaba blanqueando la piel y los bordes del tapabocas. Guiaba con una mano y mantenía la otra bajo las ropas, cambiando a menudo para que ninguna de las dos se le helara.

Más adelante, los caballos volvieron a trotar lentamente otra vez y de nuevo Almanzo salió e hizo la misma operación en sus ollares. Cuando regresó Laura le preguntó —¿Qué es lo que sucede?

Él contestó —La respiración, el aliento se les hiela en la nariz y casi no pueden respirar. Tengo que derretirlo, deshelarlo.

Ya no hablaron más. Laura recordó el ganado que iba a la ventura durante la ventisca que inició el llamado "Duro Invierno"; el aliento les taponaba las fosas nasales y hubieran muerto si papá no hubiese roto el hielo que se les había formado.

El frío penetraba incluso a través de las pieles de búfalo. Se introducía por el abrigo y el vestido de lana de Laura, por las enaguas de franela, por los dos pares de medias de lana y por todas partes. A pesar del calorcillo del farol, los pies y las piernas se le estaban helando. Le dolían las mandíbulas al mantenerlas apretadas y en ambas sienes le estaban empezando a pinchar unos dolorcillos extraños.

Almanzo se inclinó y puso los cobertores más arriba, remetiéndolos bajo los codos de ella.

—¿Frío? —preguntó.

—No —contestó claramente Laura. Era todo lo que podía decir sin que le castañetearan los dientes. No era cierto, pero él sabía que ella quería decir que no estaba tan helada como para no poder soportarlo. No había nada que hacer excepto continuar y Laura sabía perfectamente que él también estaba helado.

Nuevamente paró los caballos y se enfrentó al viento para deshelar sus narices. Otra vez las campanillas sonaron alegremente.

El sonido parecía ahora algo cruel, igual que el inmisericorde viento. Aunque la bufanda le producía oscuridad, pudo darse cuenta que el sol brillaba sobre la blanquísima pradera.

Almanzo regresó al trineo.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondió ella.

—Tengo que parar cada par de millas más o menos. No pueden recorrer una distancia superior —explicó él.

El corazón de Laura cayó en picado. Eso significaba que habían recorrido solo seis millas y que todavía faltaban otras seis. Continuaron marchando bastante rápidamente contra el cortante viento. A pesar de todo lo que podía protegerse, a Laura le temblaba todo el cuerpo. Aunque apretaba las rodillas una contra otra no podía evitar el temblor. El farolillo de debajo de los cobertores junto a los pies parecía que no proporcionaba ningún calor. El dolor se había apoderado de las sienes y experimentaba un agudo pinchazo que le agarrotaba las entrañas.

Pareció que transcurría un largo tiempo antes de que los caballos aflojaran una y otra vez. Almanzo les paraba. Se extinguía el sonido de las campanillas, primero el de Prince y después el de Lady. Almanzo empezaba a estar torpe cuando tenía que subir al trineo de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí —dijo ella.

Se estaba acostumbrando más al frío. Ya no la hería tanto. Únicamente el dolor de su cuerpo seguía atirantándola, pero lo notaba más profundo, menos agudo. El sonido del viento, el de las campanillas y el de los patines del trineo al deslizarse sobre la nieve se mezclaban en una especie de cacofonía monótona, bastante agradable. Se daba cuenta de que Almanzo salía del trineo para eliminar el hielo de los ollares de los caballos, pero todo lo demás parecía un sueño.

—¿Todo bien? —preguntó él nuevamente. Ella sintió. Era demasiado difícil el poder hablar.

—¡Laura! —gritó él, agarrándola por el hombro y sacudiéndola ligeramente. El movimiento le dolió, la hizo sentir el frío de nuevo —¿Te duermes?

—Un poco —respondió ella.

—No te duermas. ¿Me oyes?

—No lo haré —respondió ella. Sabía lo que él quería advertirle. Si te duermes con tal frío, puedes helarte hasta morir.

Los caballos se pararon otra vez. Almanzo preguntó —¿Seguro que estás bien?

—Sí —dijo ella. El muchacho fue a quitar el hielo de los caballos y cuando regresó dijo, —Ahora ya no estamos lejos.

Laura sabía que él deseaba que le contestara y por ello le respondió.

—Eso está muy bien.

La somnolencia volvió a apoderarse de ella en largas y cálidas oleadas, pese a que mantenía los ojos bien abiertos. Sacudió la cabeza, aspiró hirientes bocanadas de aire y luchó medio despierta, pero otra ola de sueño la invadió, seguida de otra más. A menudo, cuando ya estaba demasiado cansada para seguir luchando la voz de Almanzo la ayudaba. Oyó como le preguntaba, —¿Va todo bien?

—Sí —respondió y por un instante se sintió despierta; oía claramente las campanillas del trineo y notaba el soplo del viento. Entonces llegó otra oleada.

—¡Aquí estamos! —le oyó decir.

—Sí —contestó. Y de pronto supo que estaban en la puerta trasera de su casa. El viento no era tan fuerte aquí, su fuerza quedaba interrumpida por el edificio del otro lado de Second Street. Almanzo levantó los cobertores y ella intentó apearse del trineo, pero estaba demasiado envarada; ni tan siquiera podía tenerse en pie.

La puerta se abrió de golpe y mamá la agarró, exclamando asustada —¡Dios mío! ¿Estás congelada?

—Creo que está muy muy fría —dijo Almanzo.

—Mete esos caballos en la cuadra antes de que se hielen —intervino papá. —Nosotros cuidaremos de ella.

Las campanillas se alejaron mientras que Laura, sostenida por los brazos de papá y mamá, entró tambaleante en la cocina.

—Quítale los zapatos Carrie —dijo mamá, al tiempo que la liberaba de la bufanda y de la capucha. El aliento se había helado uniendo las dos piezas, que salieron juntas. —Tienes la cara roja —dijo mamá con alivio. —Estoy contenta de que no esté blanca y congelada.

—Sólo estoy muy envarada —aseguró Laura. Tampoco tenía los pies helados, aunque apenas sentía las manos de papá

al frotárselos. Ahora, en la cálida habitación, empezó a temblar de la cabeza a los pies y los dientes le castañetearon. Se sentó cerca de la estufa mientras bebía el calentísimo té que mamá le había preparado. Pero así y todo no lograba entrar en calor.

Había estado helada mucho tiempo, desde que salió de la cama por la mañana. En la cocina de los Brewster su sitio en la mesa era el más lejano de la estufa y el más cercano a la ventana. Después vino la caminata a la escuela, con el viento soplándole en la cara y arremolinándose bajo sus faldas; después el largo día en la fría escuela y por último el largo viaje a casa. Pero no había por qué quejarse ya que ahora estaba en su hogar.

—Corriste un gran riesgo Laura —dijo papá seriamente. —Yo no supe que Wilder iba a emprender el camino hasta que ya se hubo marchado e incluso entonces estaba seguro que se quedaría en casa de los Brewster. Estábamos a cuarenta bajo cero[1] cuando ese tontuelo arrancó y el termómetro se congeló poco después. Desde entonces ha seguido haciendo más frío cada vez; ni se sabe a qué temperatura debemos estar ahora.

—Todo está bien cuando bien acaba, papá —contestó Laura con una risa aguda.

Le parecía que nunca conseguiría calentarse, pero era maravilloso tomar la cena en la alegre cocina y después dormir tranquilamente en su propia cama. Se despertó y halló que el tiempo había mejorado algo y durante el desayuno papá dijo que la temperatura era de veinte grados bajo cero. El duro mordisco del frío había terminado.

Aquel domingo por la mañana en la iglesia, Laura pensó lo tonta que había sido al sentirse tan mísera y atemorizada. Ya solo quedaban dos semanas más y entonces regresaría a casa para quedarse.

Mientras Almanzo la llevaba de regreso a casa de los Brewster aquella tarde, ella le dio las gracias por haberla traído a su hogar para el fin de semana.

—No es necesario que me des las gracias —dijo él. —Ya sabías que lo haría.

—Pues no, no lo sabía —contestó ella con toda sinceridad.

(1) Fahrenheit

—¿Por quién me has tomado? —preguntó él. ¿Acaso crees que yo soy la clase de individuo que te dejaría allá con los Brewster sabiendo como añoras tu casa, sólo porque yo no soy parte del asunto?

—Bueno, yo...—Laura se calló. Lo cierto es que ella nunca había pensado qué clase de persona era él. Era más mayor que ella, era hogareño.

—Para decirte toda la verdad —dijo él —estuve vacilando entre dos fuegos pensando si arriesgar ese viaje. Durante toda la semana pensé que saldría a buscarte, pero cuando miré el termómetro casi estuve a punto de decidirme en contra.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Laura.

—Verás, había ya arrancado con el trineo y me paré frente a Fuller para mirar el termómetro. El mercurio estaba completamente abajo en su burbuja o sea menos cuarenta y el viento soplaba más frío por instantes. Justo en aquel preciso momento Cap Garland pasó por allí. Me vio, preparado para ir a casa de los Brewster a recogerte mientras yo contemplaba pensativo el termómetro. Entonces también él lo miró y ya sabes como sonríe burlonamente. Bueno, al tiempo que entraba en Fuller, me dijo por encima del hombro —A Dios no le gusta un cobarde.

—¿Y por tanto viniste por no aguantar un reto? —preguntó Laura.

—No, no era ningún desafío —dijo Almanzo. —Simplemente creí que tenía razón.

Capítulo Nueve

LA VISITA DEL SUPERINTENDENTE

—Sólo tengo que pasar un día a la vez —pensó Laura cuando entró en la casa. Todo seguía igual de mal. La señora Brewster no hablaba, Johnny siempre estaba medio mal y el señor Brewster se quedaba en el establo tanto tiempo como le era posible. Aquella noche, mientras estudiaba, Laura hizo cuatro marcas en su libreta, equivalentes a lunes, martes, miércoles y jueves. Tacharía una cada noche, y en cuanto esto estuviera completado, solo quedaría una semana más.

Día tras día el tiempo se puso aún más frío, pero no llegó ninguna ventisca. Las noches pasaban en calma, aunque Laura yacía medio dormida y se despertaba a menudo. Cada noche tachaba una marca. Parecía que esto la ayudaba a que el tiempo pasara más aprisa, solo con la espera de eliminar una cada día.

Durante todo el miércoles por la noche, oyó el aullido del viento y el batir de la nieve contra la ventana. Temió que tal vez no podría haber escuela al otro día, pero por la mañana el sol brillaba, pese a que no producía ningún calor. Un viento punzante hacía volar la nieve por la pradera. Laura le hizo frente casi contenta mientras se abría paso para alcanzar el local de la escuela.

La nieve penetraba por las rendijas y de nuevo permitió que los alumnos se concentraran alrededor de la estufa para estudiar. Lentamente, la estufa se puso al rojo vivo y caldeó la habitación, hasta el punto de que al llegar el descanso ya no podía verse el aliento. Por ello, llamó a la clase al orden y dijo, —La habitación ya está ahora más caliente. Podéis regresar a vuestros asientos.

Apenas habíanse sentado en sus lugares cuando sonó una llamada en la puerta. ¿Quién podría ser? Se preguntó. Al ir hacia la entrada, miró por la ventana, pero no vio nada. En la puerta estaba el señor Williams, superintendente del condado para las escuelas.

Su tiro de caballos, bien protegido por mantas estaba atado en un ángulo del edificio. La nieve blanda había amortiguado los sonidos de su llegada y además, no tenía campanillas.

Ahora llegaba la prueba de la enseñanza de Laura que, por cierto, estuvo muy contenta de que los discípulos estuvieran en sus lugares. El señor Williams sonrió agradablemente cuando ella le ofreció su silla, cercana a la cálida estufa. Todos los alumnos estaban inclinados estudiando, pero Laura podía sentir lo alerta y tensos que estaban. Por su parte, estaba tan nerviosa que le era difícil mantener la voz suave y firme.

La apoyó mucho el ver que cada uno de ellos intentaba hacer lo mejor posible para ella. Incluso Charles hacía un gran esfuerzo, superándose a si mismo. El señor Williams escuchó las lecciones recitadas, una tras otra, mientras el viento soplaba a veces fuerte y otras débilmente y la nieve se colaba por las hendiduras de las paredes.

Charles alzó la mano y preguntó —¿Por favor, puedo acercarme a la estufa para calentarme? —Laura le respondió que podía hacerlo y, sin pedir permiso, Martha también se aproximó. Ambos estudiaban del mismo libro. En cuanto se hubieron calentado las manos regresaron a sus respectivos lugares, calladamente pero sin pedir permiso, lo que no era favorable al comportamiento de disciplina de la clase de Laura.

Un poco antes de mediodía, el señor Williams manifestó que debía marcharse. Laura tuvo que preguntarle si deseaba hablar a la clase.

Sí, voy a hacerlo —respondió algo ceñudamente y cuando se levantó en toda su altura de metro ochenta el corazón de Laura se paró. Desesperadamente se preguntó que es lo que había hecho mal.

Con la cabeza casi rozando el techo, el señor Williams estuvo silencioso por un momento, para dar énfasis a lo que pensaba decir y a continuación habló.

—Hagáis lo que hagáis, *mantened los pies calientes.*

Les sonrió a todos y de nuevo a Laura y después de un cálido apretón de manos, se marchó.

Al mediodía Clarence vació el cubo para el carbón en la estufa y salió a enfrentarse con el frío para volver a llenarlo en la carbonera. Cuando regresó dijo —Necesitaremos más carbón para echar al fuego antes de la noche. El tiempo se está poniendo más frío con rapidez.

Todos se reunieron bien cerca de la estufa para comer lo que habían traído. Cuando Laura anunció la continuación de la clase, les dijo que se aproximaran con los libros a la estufa. —Podéis quedaros cerca o moveros, según os parezca. Mientras estéis callados y aprendáis las lecciones, haremos que esto sea la regla normal mientras dure este tiempo tan frío.

El plan resultó bien. Las lecciones recitadas fueron mejor que nunca y la habitación siguió en calma y silenciosa mientras todos estudiaban y procuraban mantener los pies calientes.

Capítulo Diez

ALMANZO DICE ADIÓS

Aquel sábado en casa, mamá estaba preocupada por Laura —¿Te ocurre algo? —le preguntó —No es normal en ti que te quedes sentada medio durmiendo.

—Me siento un poco cansada. No es nada mamá —contestó Laura.

Papá levantó la vista de su periódico —¿Ese Clarence vuelve a causar problemas?

—¡Oh no, papá! Va estupendamente y todos lo hacen lo mejor que saben —No estaba diciendo ninguna mentira, pero no quería decirles nada acerca de la señora Brewster y el cuchillo. Si se enteraran no le permitirían volver y ella quería terminar su escuela. Un maestro no puede marcharse y abandonar dejándolo todo inacabado. Si así lo hacía, no merecería otro certificado y ninguna junta escolar la emplearía.

Por tanto, hizo un gran esfuerzo para ocultar su somnolencia y el miedo de volver a la casa de la señora Brewster. Tan sólo quedaba una semana.

El domingo por la tarde el tiempo había mejorado algo. La temperatura sólo estaba a quince grados[1] bajo cero cuando Laura y Almanzo partieron. Apenas hacía viento y el sol brillaba mucho.

Rompiendo el silencio, Laura dijo —Solamente una semana más y realmente estaré muy contenta de que haya terminado.

—¿Tal vez encontrarás a faltar las cabalgatas en trineo? —sugirió Almanzo.

—Esta es muy bonita —respondió Laura. —Pero la mayoría de las veces hace muchísimo frío. Pienso que estarás

(1) Fahrenheit

contento de no tener que viajar más tan lejos. No se por qué empezaste a hacer estos largos recorridos; no tenías que afrontarlos para volver a casa, al revés de mí.

—Oh, algunas veces uno se cansa de estar sin hacer nada —replicó Almanzo. —Dos solteros se aburren bastante.

—¡Hombre! ¡Hay mucha gente en la ciudad! Tu y tu hermano no necesitáis estar precisamente juntos y solos —dijo Laura.

No ha pasado nada en la ciudad en bastante tiempo — objetó Almanzo.

—Todo lo que uno puede hacer es divagar en el saloon, jugar al billar o sentarse en una de las tiendas o almacenes a mirar las partidas de ajedrez. A veces es preferible salir en mejor compañía, incluso si hace frío durante el viaje.

Laura no había pensado en sí misma como buena compañía. Si eso es lo que él desea, pensó, ella debería hacer un esfuerzo para ser más agradable. Pero no era capaz de intentar hablar de algo que pudiera ser divertido. Intentó pensar en ello mientras contemplaba los caballos marrones trotando rápidamente.

Sus elegantes cascos hacían saltar la nieve con un ritmo perfecto y sus sombras azuladas volaban al lado de ellos. Se les veía muy alegres, sacudiendo las cabezas y haciendo sonar las campanillas; movían las orejas hacia delante y a veces hacia atrás, levantaban los ollares aspirando la brisa que producía su marcha y que agitaba sus negras crines. Laura suspiró profundamente y exclamó —Qué hermoso!

—¿Qué es lo que es hermoso? —preguntó Almanzo.

—Los caballos. ¡Míralos! —contestó Laura. En ese preciso momento Prince y Lady se tocaron el morro, como si se estuvieran susurrando algo el uno al otro y a continuación, conjuntamente, intentaron arrancar al galope.

Cuando Almanzo con suavidad pero firmemente los puso de nuevo al trote, preguntó, —¿Te gustaría conducirlos?

—¡Oh!, —chilló Laura. Pero inmediatamente aclaró con toda sinceridad —Papá no me deja conducir sus caballos. Dice que soy muy menuda y que podría hacerme daño.

—Prince y Lady no harían daño a nadie —aseguró Almanzo. —Los crié yo mismo. Pero si crees que son tan

hermosos, ojalá pudieses haber visto el primer caballo que crié, Starlight. Le puse ese nombre por la estrella blanca que tenía en la frente.

Su padre le había regalado Starlight siendo un potrillo, allá en el estado de Nueva York, cuando él era un niño de nueve años. Le contó a Laura todo lo que hizo para ir domando a Starlight y el caballo tan hermoso en que se convirtió. Starlight había venido con ellos al Oeste, a Minnesota y cuando Almanzo llegó por primera vez a las grandes praderas del Lejano Oeste, lo hizo cabalgando a Starlight. El noble bruto tenía nueve años cuando Almanzo lo llevó de regreso a Marshall, Minnesota, que estaba a ciento cinco millas y que recorrió en un día. Starlight llegó tan fresco que estuvieron a punto de hacer una carrera contra otro caballo al final de la jornada.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Laura.

—Pastando en la granja de papá, allá en Minnesota —le explicó Almanzo. —Ya no es tan joven como antes y yo necesito un tronco doble para viajar por aquí. Por tanto se lo devolví a papá.

El tiempo había pasado tan rápidamente que Laura se sorprendió al ver la casa de los Brewster ya muy cerca. Intentó mantenerse firme pero se sintió descorazonada.

—¿Qué te hace estar tan callada, así de golpe? —preguntó Almanzo.

—Estaba deseando que estuviéramos yendo en dirección contraria —dijo Laura.

—Eso lo haremos el próximo viernes —Aflojó el paso de los caballos —Podemos retrasarlo un poco —dijo y ella supo que, de alguna manera, él comprendía cuánto le disgustaba y temía entrar en aquella casa.

—Entonces hasta el viernes —dijo sonriéndole para animarla, al tiempo que se marchaba.

Día tras día y noche tras noche, aquella semana fue transcurriendo, hasta que ya sólo quedó una noche más que pasar.

Al día siguiente sería viernes, último día de escuela. Cuando transcurriesen la noche y un día más, regresaría a casa para quedarse.

Temía que algo pudiese suceder esta última noche y a menudo se despertó asustada, pero todo estaba tranquilo y el corazón cesó de golpearle aceleradamente.

Las lecciones del viernes estuvieron muy bien aprendidas y todos los discípulos se portaron estupendamente.

Cuando terminó el descanso de la tarde Laura comunicó a la escuela que ya no habría más lecciones. La clase se terminaría antes porque éste era el último día.

Sabía que tenía que hacer un discursito de despedida y aprovechó para alabar el interés que todos habían puesto en el trabajo que habían realizado. —Habéis hecho un buen uso de la oportunidad que se os ofreció para asistir a la escuela —les dijo.

—Espero que cada uno de vosotros podrá seguir teniendo clases, pero en caso contrario, podéis estudiar en casa, tal como hizo Lincoln. Vale la pena luchar por una educación y aunque no pudiéseis tener acceso a mucho apoyo para conseguirlo, os podéis ayudar a vosotros mismos si lo intentáis con fe.

A continuación entregó a Ruby una de sus tarjetas personales hechas de fino cartón de color rosa pálido que tenían impreso un ramo de rosas rodeando su nombre. En el reverso había escrito —Para Ruby Brewster, de su maestra con cálidos recuerdos. Escuela Brewster, Febrero de 1883.

Siguieron Tommy, Martha, Charles y Clarence. Todos quedaron muy complacidos. Laura permitió que disfrutaran el momento admirado las lindas tarjetas y colocándolas cuidadosamente en sus libros. Después les indicó que tuvieran bien controlados los libros, libretas, pizarrines y lápices para llevárselos a sus casas. Por última vez dijo —La clase ha terminado.

Nunca se había sentido tan sorprendida como en aquellos momentos ya que en lugar de ponerse sus ropas de abrigo, tal como ella esperaba, todos se acercaron a su mesa. Martha le ofreció una hermosa manzana roja. Tímidamente, Ruby la obsequió con un pastelito que su madre había hecho como regalo. Y Tommy, Charles y Clarence le regalaron cada uno un lápiz nuevo que cuidadosamente habían afilado para ella.

Laura apenas sabía como darles las gracias, pero Martha dijo, —Somos nosotros los que le damos las gracias señorita Ingalls. Y gracias por ayudarme con la gramática.—

—Gracias señorita Ingalls —dijo Ruby. —Los muchachos no dijeron nada, pero una vez se hubieron despedido y marchado, Clarence volvió a entrar.

De pie ante la mesa de Laura, ligeramente apoyado y con la gorra en las manos murmuró —Lamento haberme portado tan mal.

—¡Vamos Clarence! ¡Todo está bien! —exclamó Laura. —Y lo has hecho muy bien con los estudios. Estoy orgullosa de ti.

Él la miró con su picante sonrisa y salió a escape de la clase, dando un portazo tan fuerte que toda la casita tembló.

Laura limpió la pizarra y barrió el suelo. Recogió sus libros y papeles y cerró los respiraderos de la estufa. Se puso su capucha y el abrigo y permaneció junto a la ventana hasta que se acercaron las campanillas emitiendo su alegre sonido y Prince y Lady se pararon a la puerta.

La escuela había terminado. ¡Volvía a casa para quedarse! Notaba tan ligero el corazón que tenía ganas de cantar al ritmo de los cascabeles del trineo e incluso el trote de los caballos le parecía lento.

—No vas a llegar más aprisa aunque empujes —dijo Almanzo y ella rió fuertemente al darse cuenta de que estaba empujando con los pies contra el borde del carruaje. Pero él no habló mucho ni tampoco ella. Era suficiente el volver a casa.

No fue hasta que le hubo dado las gracias amablemente deseándole buenas noches y entrado en casa quitándose las prendas de abrigo que recordó que él no le había dicho —Buenas noches. Te veré el domingo por la tarde —como había hecho antes. Sólo había dicho —Adiós.

Por supuesto, pensó ella. Era adiós. Este había sido el último viaje en trineo.

Capítulo Once

JINGLE BELLS
CASCABELES TINTINEAD

El despertar por la mañana fue más feliz que si hubiera sido Navidad. —¡Oh, estoy en casa! —pensó Laura. Llamó —¡Carrie! ¡Buenos días! ¡Levántate dormilona! —Casi rió alegremente mientras se ponía el vestido y se deslizaba escaleras abajo. Se abrochó los zapatos y se peinó en la cálida cocina donde mamá estaba preparando el desayuno.

—¡Buenos días mamá! —cantó.

—Buenos días —sonrió mamá. —Declaro que ya te ves mucho mejor.

—Es bonito estar en casa —aseguró Laura. —Ahora, ¿qué hago antes de nada?

Estuvo ocupada toda la mañana ayudando al trabajo del sábado. Aunque normalmente no le agradaba la sequedad de la harina en las manos, ayudó y disfrutó amasando pan, pensando que ya estaba en casa y que comería las hogazas recién horneadas y crujientes. Su corazón cantaba con una melodía en sus labios; no iba a volver más a casa de los Brewster.

El día era hermoso y soleado y por la tarde, cuando todo el trabajo estuvo hecho, Laura esperaba que Mary Power viniera a visitarla y a charlar mientras hacían punto de media. Mamá se mecía suavemente mientras manejaba las agujas junto a la soleada ventana. Carrie trabajaba con su cobertor, pero Laura no podía estarse quieta. Mary no llegaba y entonces decidió que se pondría el abrigo e iría ella a verla, cuando de pronto oyó el tintineo de campanillas.

Por alguna razón, se le aceleró el corazón. Pero el tintineo se fue alejando aprisa. Fueron solamente unas pocas

campanillas y nada parecido al rico cascabeleo que producían Prince y Lady. Todavía no se había esfumado del todo el sonido cuando volvieron a pasar otras campanas. A continuación, arriba y abajo de la calle la quietud se vio salpicada por el repicar de cascabeles.

Laura se acercó a la ventana. Vio a Minnie Johnson y Fred Gilbert pasar a toda prisa y después Arthur Johnson cruzó con una chica que Laura no conocía. La música de arreos dobles de cascabeles llegó enseguida y Mary Power y Cap Garland pasaron en un pequeño trineo. O sea que esto es lo que Mary estaba haciendo. Cap Garland también tenía un trineo rápido y un equipo completo de campanillas. Pasaron más y más parejas sonrientes arriba y abajo, en trineos grandes y pequeños y todos ellos ante la ventana de Laura.

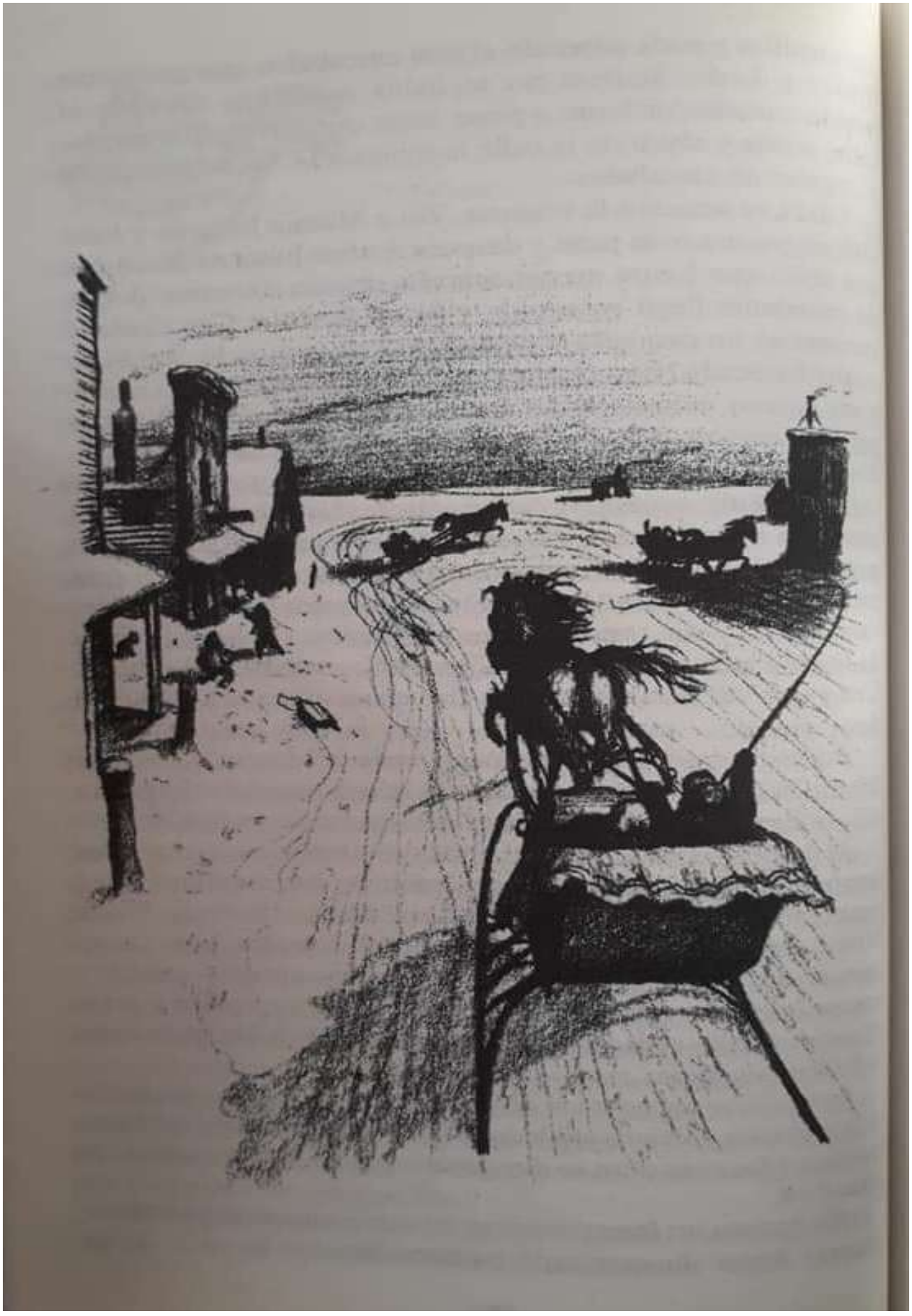
Finalmente se sentó a hacer calceta. La habitación estaba tranquila y en silencio. No vino nadie a ver a Laura, quizá porque había estado fuera tanto tiempo que probablemente nadie pensó en ella. Durante toda la tarde tintinearon las campanillas y sus condiscípulos bromeaban y reían a lo largo de la calle bajo el frío pero brillante sol, pasándolo muy bien. Una y otra vez pasaron Mary y Cap en su vehículo hecho para dos.

Bueno, pensó Laura, mañana vería a Ida en la Escuela Dominical. Pero Ida no acudió a la iglesia aquel domingo. La señora Brown dijo que había pillado un fuerte resfriado.

El domingo por la tarde el tiempo todavía mejoró más y las campanillas volvieron a tintinear mientras las risas flotaban al viento. Pasaron Mary Power y Cap, Minnie y Fred, Frank Hawthorn y May Bird y otros recién llegados que Laura apenas conocía. Iban alegremente de dos en dos, riendo y cantando al compás de las campanas. Nadie recordó a Laura. Al haber estado alejada durante una temporada bastante larga la habían olvidado.

Intentó leer los poemas de Tennyson y no pensar que había sido olvidada y dejada de lado. Probó a no escuchar las campanillas y las risas pero se dio cuenta que no podía soportar la situación.

¡De pronto un fuerte tintineo de campanas se paró ante su puerta! Antes de que papá pudiera levantar la vista de su



periódico, Laura tenía la puerta abierta y allí estaban Prince y Lady con el pequeño trineo y Almanzo al lado en pie y sonriendo.

—¿Te gustaría ir de paseo en trineo para dos? —preguntó.

—¡Oh si! —respondió Laura. —Sólo un momento mientras me pongo la ropa para salir.

Rápidamente se puso el abrigo, la capucha blanca y los mitones. Almanzo la ayudó a subir al trineo y allá partieron rápidamente.

—No sabía que tus ojos eran tan azules —dijo Almanzo.

—Es la capucha blanca —le aclaró Laura. —Siempre llevaba la oscura cuando iba a casa de los Brewster. —Sofocó un gritito y rió fuertemente.

—¿Qué es lo que es tan gracioso? —preguntó Almanzo sonriendo.

—Es algo que me hago gracia a mi misma —contestó Laura. —No pensaba salir nuevamente contigo pero me he olvidado. ¿Por qué has venido?

—Pensé que quizá cambiaras de idea al ver pasar a todo el mundo —contestó Almanzo. Rieron juntos.

El de ellos era uno más en la fila de trineos normales y biplazas que recorrían rápidamente toda la longitud de Main Street, hacían un círculo hacia el sur en la pradera, volvían a subir Main Street, describían otro círculo hacia el Norte y así una y otra vez. El sol brillaba sobre la nieve, el viento se notaba frío en las caras, las campanillas tintineaban, los patines de los trineos cantaban sobre la dura nieve y Laura estaba tan feliz que se puso a cantar:

Jingle bells, jingle bells
¡Jingle all the way!
Oh what fun it is to ride
In a one-horse open sleigh

A lo largo de la fila, otras voces se unieron a la canción. Deslizándose por la gran pradera, regresando, subiendo la calle, saliendo a campo abierto otra vez y nuevamente volviendo, con las campanas tintineando alegremente y las voces cantando y flotando en la fría atmósfera.

Jingle bells, jingle bells,
¡Jingle all the way![1]

Estaban a salvo de cualquier ventisca porque no se alejaban de la ciudad. El viento soplaba pero no demasiado fuerte y todo el mundo se sentía muy feliz y alegre porque la temperatura solo era de veinte grados bajo cero y el sol brillaba.

JINGLE BELLS
(Canción popular americana)
Traducción literal

(1) Tintinead cascabeles (o campanillas)
¡Tintinead todo el viaje
Oh Qué divertido es cabalgar
En un trineo descapotado con su caballo.

Capítulo Doce

AL ESTE O AL OESTE EL HOGAR ES LO MEJOR

El lunes por la mañana, Laura junto con Carrie salió muy contenta hacia la escuela. Mientras iban cuidadosamente caminando a lo largo de la helada calle Carrie dijo con un suspiro de felicidad —Es estupendo volver a la escuela juntas de nuevo. No era lo mismo sin ti.

—Yo siento lo mismo —contestó Laura.

Cuando entraron a clase Ida exclamó alegremente —¡Hola maestra! —y todos se apartaron de la estufa para rodear a Laura—. ¿Qué te parece el venir tu a la escuela? —preguntó Ida, que tenía la nariz enrojecida y algo hinchada por el frío, aunque sus ojos marrones seguían alegres como siempre.

—Me parece bien —contestó Laura estrujando la mano de Ida mientras que todos los demás le daban la bienvenida por su regreso. Incluso Nellie Oleson parecía estar amigable.

—Has hecho unos cuantos viajes en trineo —dijo Nellie. —Ahora que ya estás de nuevo en casa a lo mejor llevarás a alguna de nosotras contigo.

Laura sólo contestó —Quizá—. Se preguntó qué es lo que estaría tramando Nellie. El señor Owen dejó su mesa y se acercó para saludar a Laura.

—Estamos muy contentos de tenerte entre nosotros otra vez —dijo —He oído decir que lo hiciste muy bien en tu escuela.

—Gracias señor —contestó ella. —Estoy contenta de haber regresado—. Deseaba preguntar quién le había hablado acerca de su trabajo, pero por supuesto no lo hizo.

La mañana empezó algo nerviosamente ya que temía haberse retrasado con respecto a la clase pero pronto se dio cuenta de que no tendría muchos problemas. La labor consistió en repasos de lecciones que ella había aprendido durante aquellas malas veladas en casa de los Brewster. Se las sabía perfectamente; todavía podía ponerse a la cabeza de la clase ondeando su bandera y se sintió felizmente confiada hasta la hora del descanso de la mañana.

Fue entonces cuando las chicas empezaron a hablar acerca de sus redacciones y Laura se enteró que el señor Owen había solicitado que la clase de gramática escribiera como lección del día una composición sobre "La Ambición".

La clase de gramática iba a ser llamada inmediatamente después del descanso para recitar la lección. El pánico se apoderó de Laura. Nunca había escrito una composición y ahora tenía que hacer en unos pocos minutos algo en lo que otros trabajaron desde el día anterior. Todos habían escrito sus composiciones en casa y seguramente la señora Brown habría ayudado a Ida con la suya. Escribía para el periódico de la iglesia y, por tanto, la composición de Ida sería buena.

Laura no tenía idea de cómo empezar. No sabía nada acerca de la ambición. El único pensamiento que la angustiaba era que iba a fracasar en una clase que siempre había liderado. No debía fallar, no podía permitírselo. No lo consentiría. ¿Pero cómo se podía escribir una composición así de repente? Sólo le quedaban cinco minutos.

Se quedó mirando el diccionario de tapas de piel amarilla que reposaba en su sitio junto a la mesa del señor Owen. Quizá, pensó, podría hacerse una idea leyendo la definición de la voz "ambición". Sentía los dedos helados mientras buscaba en las páginas de la letra A, pero la definición era interesante. De vuelta a su pupitre empezó a escribir tan rápidamente como le era posible y siguió haciéndolo desesperadamente mientras se llamaba al orden. Muy descorazonada, creía que su composición no era buena pero no había tiempo para volverla a escribir ni para añadir algo más. El señor Owen estaba llamando a la clase de gramática para que leyeran sus trabajos.

Uno por uno, por el orden en que fueron llamados, leyeron sus composiciones y el corazón de Laura se hundía por

momentos en un profundo abismo. Cada una de las leídas le parecía mejor que la suya. Por fin, el señor Owen pronunció —Laura Ingalls— y hubo una especie de agitación en la clase cuando todos la miraron expectantemente.

Laura se levantó y leyó en voz alta lo que había escrito. Era lo máximo que había podido hacer, dadas las circunstancias.

Ambición

La ambición es necesaria para poder llevar algo a cabo o lograr algo. Sin la ambición de obtener un fin determinado, no se conseguiría nada. Sin la ambición de aventajar a otros y superarse a uno mismo, no se obtendría ningún logro más alto. Para conseguir o ganar algo, debemos poseer la ambición necesaria de quererlo hacer.

La ambición es un buen sirviente pero un mal amo. Mientras seamos capaces de controlarla, todo irá bien, pero si llega el peligro de estar regidos por ella, entonces yo haría mías las palabras de Shakespeare: —"Cromwell, te recomiendo. Desecha la ambición. Por ese pecado cayeron los ángeles".

Eso fue todo. Laura esperó desalentada el comentario del señor Owen. Éste la miró fijamente y le preguntó: —¿Has escrito composiciones anteriormente?

—No señor —respondió Laura. —Esta es la primera vez.

—Bien, deberías escribir más. Jamás hubiese creído que alguien pudiese hacerlo tan bien la primera vez —le aseguró el señor Owen.

Laura, totalmente sorprendida tartamudeó, —Es... es t... tan corta... Está tomada del diccionario...

—No es como el diccionario —aseguró el señor Owen. —No hay correcciones. Tiene un grado de cien. La clase ha terminado.

No podía haber puntuado más alto. Seguía a la cabeza de la clase. Se sintió confiada viendo que trabajando regular y firmemente podría mantener este puesto y se propuso con ilusión escribir más composiciones.

El tiempo ya no se hacía pesado. La semana transcurrió en un suspiro y el viernes, cuando Laura y Carrie regresaban a casa para cenar papá dijo —Tengo algo para ti Laura.

Le brillaban los ojos cuando sacó su cartera del bolsillo. A continuación le puso en la mano, uno por uno, cuatro billetes de diez dólares.

—Vi a Brewster esta mañana —explicó papá. —Me dio esto para ti y dijo que lo habías hecho muy bien. Les gustaría que volvieses el próximo invierno, pero le dije que no te alejarías tanto de casa en plena estación invernal. Sé que no era muy agradable estar con los Brewster, pese a que no te quejaste y estoy orgulloso de que lo resistieras todo Laura.

—¡Oh papá! Valió la pena —dijo Laura con la respiración entrecortada—. ¡Cuarenta dólares!

Ella ya sabía que había ganado este dinero, pero la vista de los billetes en su mano hizo que el hecho pareciera real por primera vez. Los miró, sin poder llegar a creérselo. Cuatro billetes de diez dólares, cuarenta dólares.

Entonces se los ofreció a papá. —Bien papá, tómalos y guárdalos para Mary. Es lo suficiente para que pueda venir a casa durante sus vacaciones de verano, ¿no es cierto?

—Más que suficiente —contestó papá mientras volvía a colocar los billetes en su cartera.

—¡Oh Laura! ¿No vas a quedarte nada después de haber enseñado en la escuela? —preguntó Carrie.

—Todos podremos ver a Mary este verano —respondió Laura alegremente. —Me dediqué a enseñar únicamente por ella—. El saber que había ayudado tanto le proporcionaba una inmensa alegría, un maravilloso bienestar.

Cuarenta dólares. Mientras estaba sentada ante una sabrosa cena en la agradable cocina de su hogar, dijo —Ojalá y pudiera ganar algo más.

—Puedes hacerlo si así lo deseas —intervino mamá inesperadamente. —La señora McKee manifestó esta mañana que le agradaría la ayudaras los sábados. Tiene muchísimo más trabajo de modista del que puede hacer sola y te pagaría cincuenta centavos y la cena.

—¡Oh! —exclamó Laura —¿Le has dicho que lo haré, mamá?

—Le dije que podría ser, si así lo deseabas —sonrió mamá.

—¿Cuándo? ¿Mañana? —preguntó Laura ansiosamente.

—Mañana por la mañana a las ocho —dijo mamá. —La

señora McKee me dijo que no podría estar preparada para ti hasta esa hora. Sólo será de ocho a seis, propuso, a menos que hubiera urgencias y además te dará la cena si te quedas a terminar algo por la noche.

La señora McKee era la modista de la localidad. Los McKee eran recién llegados y vivían en una casa nueva entre el almacén de Clancy y el nuevo edificio de oficinas en la esquina de las calles Mayor y Segunda. Laura la conoció en la iglesia y le había agradado. Era alta y esbelta, tenía ojos azules amables y una sonrisa agradable. Llevaba su pelo marrón claro en una especie de nudo o moño recogido en la nuca.

Por tanto, el tiempo de Laura estaba ahora lleno y todo ello era muy agradable. Los días de escuela pasaban aprisa y durante la semana esperaba impaciente el día de coser activamente en el saloncito de la señora McKee que estaba siempre tan ordenado que Laura apenas notaba la estufa situada en un extremo.

Los domingos por la mañana había Escuela Dominical e iglesia y cada tarde se hacía la agradable fiesta de los trineos. Prince y Lady bajaban por la calle con todo su arreo de agradables campanillas que resonaban alegremente, se paraban en la puerta de Laura y ésta montaba con Almanzo en el pequeño trineo para dos detrás de los caballos más lindos y veloces del desfile dominical.

Pero lo mejor de todo eran las mañanas y las noches en casa. Laura se dio cuenta que hasta ahora no lo había apreciado suficientemente. No existían silencios hoscos ni peleas ni explosiones de enfado.

En lugar de ello se hacía el trabajo salpicado con simpáticas conversaciones, saltaban pequeñas bromas, se estudiaba en el acogedor ambiente y sonaba la música del violín de papá. Era estupendo escuchar las viejas canciones que el instrumento desgranaba en la cálida y bien iluminada sala del hogar. Muy a menudo Laura pensaba en lo afortunada y feliz que era. Nada en el mundo podía ser mejor que estar en casa con la familia, de eso estaba segura.

Capítulo Trece

PRIMAVERA

Un viernes por la tarde en el mes de Abril, Laura, Ida y Mary Power regresaban caminando lentamente de la escuela a casa. El aire era suave y húmedo, los aleros de los tejados goteaban y la nieve ya se notaba fangosa bajo los pies.

—La Primavera ya casi está aquí de nuevo —manifestó Ida. — Sólo quedan tres semanas más de escuela.

—Si, y entonces iremos a la concesión otra vez —dijo Mary. —Tu también Laura, ¿no es cierto?

—Supongo —respondió Laura. —Os aseguro que parece como si el invierno apenas hubiera empezado y sin embargo ya ha terminado.

—Efectivamente, si continua este calorcillo, mañana habrá desaparecido la nieve —dijo Mary. Eso significa que se habrán terminado los paseos en trineo.

—Es bonito allá en el terreno —dijo Laura. Pensó en las nuevas terneras, en los polluelos, el jardín floreciendo, el huerto con lechugas, nabos y cebollas tiernas, las violetas y las rosas silvestres en Junio y en el regreso de Mary de vuelta de la universidad.

Junto con Carrie cruzó la embarrada calle y entró en casa. Papá y mamá estaban en el saloncito y en la mecedora de Mary había un extraño sentado. Cuando Laura y Carrie se quedaron vacilantes cerca de la puerta, éste se levantó y les sonrió.

—¿No me reconoces Laura? —preguntó.

Entonces Laura se dio cuenta de quién era. Recordó su sonrisa, tan parecida a la de mamá.

—¡Oh, tío Tom! ¡Es el tío Tom! —exclamó.

Papá se rió. —Te dije que te reconocería Tom—. Y mamá sonrió dulcemente mientras él estrechaba las manos de Laura y Carrie.

Ésta última no le recordaba. Era solo un bebé, allá en los Grandes Bosques de Wisconsin. Pero Laura tenía cinco años cuando fueron a la fiesta de la abuela y el tío Tom también había asistido. Había estado tan callado que ella apenas volvió a pensar en él, pero ahora recordaba las noticias que tía Docia les había transmitido de cuando le visitó en la casa de Plum Creek en Minnesota.

Era un hombre bajito, tranquilo, silencioso y poseedor de una amable sonrisa. Mirándole a través de la mesa mientras cenaban, Laura apenas podía creer que, durante años, había sido capataz de los madereros que llevaban los troncos desde los Grandes Bosques hasta los ríos. Aunque era pequeño y de mesurado hablar, había comandado a aquellos hombres rudos y manejado los peligrosos troncos sin el menor temor. Laura recordaba que tía Docia les contaba cómo una vez se metió entre los troncos flotantes sorteándolos y apoyándose en ellos rescató del río a un hombre herido, e hizo todo esto pese a que él mismo no sabía nadar.

Ahora tenía muchas cosas que contar a papá, mamá y Laura. Habló de su esposa, la tía Lily y de su bebé Helen. Comentó acerca de la familia del tío Henry, tía Polly, Charley y Albert.

Desde que dejaron Silver Lake no habían ido a Montana. Se detuvieron en las Black Hills. Todavía estaban todos allí, excepto la prima Louisa, que se había casado y marchado a Montana. En lo concerniente a tía Eliza y tío Peter, todavía vivían al Este de Minnesota, aunque Alice, Ella y el primo Peter estaban en alguna parte del territorio de Dakota.

Carrie y Grace escuchaban con los ojos muy abiertos. Carrie no recordaba nada de todas estas personas y Grace nunca había visto los Grandes Bosques ni tampoco un baile de la abuela, ni conocía las Navidades cuando tío Peter y tía Eliza llegaban para visitar a los primos Alice, Ella y Peter. Laura lo lamentaba por su hermana pequeña, que se había perdido todo eso.

La cena transcurrió rápidamente y cuando la lámpara se encendió y la familia se reunió alrededor del tío Tom en el

saloncito, papá quiso que continuara hablando de los campamentos madereros y del transporte de troncos, de los rugientes ríos y de los rudos hombres que poblaban ese ambiente. Les habló con calma y con una voz tan suave como la de mamá, manteniendo siempre su amable sonrisa.

Papá le dijo —Por tanto este es tu primer viaje al Oeste— y el tío Tom contestó —Oh, no. Estuve con los primeros hombres blancos que pusieron ojos en las Black Hills.

Durante un momento, papá y mamá quedaron estupefactos. Entonces mamá preguntó —¿Qué estabas haciendo allá Tom?

—Buscando oro —replicó.

—Qué lástima que no encontraras unas cuantas minas de oro —bromeó papá.

—Oh, si que las hallamos —contestó tío Tom—. Sólo que eso no nos hizo ningún bien.

—¡Loado sea el cielo! —exclamó mamá. —Cuéntanoslo todo.

—Bien, veamos. Salimos de Sioux City hace ocho años —empezó tio Tom—. En Octubre del setenta y cuatro. Éramos veintiséis hombres y uno se trajo a su esposa y su hijo de nueve años.

Viajaban en carretas tiradas por bueyes y contaban con algunos caballos de monta. Cada hombre poseía un Winchester y algunas armas cortas, así como munición suficiente para que durara ocho meses. Cargaron en las carretas suministros de harina, tocino, judías y café y se dispusieron a depender de la caza como base de su comida puesto que era abundante y pudieron contar con alces, antílopes y ciervos. El problema más grande era la falta de agua en la inmensa pradera. Afortunadamente era a principios de invierno y había mucha nieve; así podía derretirse por la noche y llenar los barriles de agua.

Las tormentas les frenaron bastante; durante las ventiscas se quedaban en el campamento. Entre tormenta y tormenta la nieve dificultaba la marcha y para aligerar los carros, los hombres iban a pie. Incluso la mujer andó gran parte del camino. Un dia muy bueno de andadura significaba unas quince millas.

Así fueron penetrando en territorio desconocido, sin ver nada más que la pradera helada y las tormentas y, de cuando

en cuando, unos pocos indios siempre distantes hasta que llegaron a una depresión muy rara. Era como una barrera que les impedía el paso y que se extendía tan lejos como alcanzaba la vista por ambos lados. Parecía imposible que las carretas pudieran franquearla pero no se podía hacer nada más sino cruzarla y por tanto y con grandísimos esfuerzos y problemas bajaron los carros hasta un plano más hundido.

Al pie de esta depresión había extrañas formaciones de tierra desnuda que se elevaban cientos de pies. Los bordes eran verticales y, en algunos casos, hasta sobresalían, esculpidos por los vientos que desde siempre habían soplado. No crecía la menor vegetación, ni un árbol, ni matorrales ni una brizna de hierba. La superficie de estos raros terrenos parecía barro seco, excepto en aquellos lugares en que estaba teñido con colores brillantes y distintos. El suelo de esta tierra hundida estaba sembrado de conchas petrificadas, fósiles, calaveras y huesos.

Era un lugar descorazonador, continuó tío Tom. Las ruedas de las carretas aplastaban los huesos y aquellos altos y extraños monumentos parecía como si se dieran la vuelta cuando los ibas pasando e incluso algunos de ellos se asemejaban a caras o ídolos de fuera de este mundo. Los carros tenían que pasar entre ellos siguiendo las gargantas y valles. Dando vueltas entre todas estas raras cosas se perdieron. Transcurrieron tres días antes de que pudiesen encontrar un camino de salida de aquel lugar y les llevó un día entero de intensa labor el poder sacar las carretas de aquel sitio.

Recordando el pasado, un viejo buscador de oro le contó a tío Tom que aquello debían ser las Bad Lands, de las cuales había oído hablar a los indios. Y añadió que —Creo que cuando Dios creó el mundo tiró todo lo que le sobraba en ese agujero.

Después de aquello viajaron por la pradera hasta que llegaron a las Black Hills. Allí hallaron refugio de los fuertes vientos pero el camino era muy duro debido a que los valles estaban llenos de nieve y las colinas eran empinadas.

Habían estado viajando setenta y ocho días cuando acamparon en French Creek. Cortaron pinos de las colinas y construyeron una empalizada de ochenta pies cuadrados. Talaron

troncos de trece pies de largo, los colocaron verticalmente, muy juntos y los hundieron unos tres pies en el suelo. Fue una dura labor, ya que la tierra estaba helada. El interior de esta muralla lo apuntalaron con troncos más pequeños y taparon las rendijas con fuertes cuñas de madera.

En cada ángulo hicieron fuertes bastiones que sobresalían para poder hacer fuego cruzado en caso necesario y también en estos bastiones y a lo largo de las paredes hicieron aspilleras. La única entrada a este fuerte era una doble puerta de doce pies de ancho, construida con grandes troncos sólidamente ensamblados con juntas de madera. Resultó una buena defensa cuando quedó terminada.

También en el interior construyeron siete cabañas de troncos no muy grandes para poder vivir en invierno. Cazaron para comer y pusieron trampas para obtener pieles. El invierno era extremadamente frío pero salieron adelante y hacia la primavera encontraron oro, muchas pepitas y polvo entre la grava y arena así como bajo el hielo del lecho de los arroyos. En esas fechas, los indios les atacaron. Pudieron rechazarlos gracias al fuerte. El problema era que podían morir de hambre si les era imposible salir a cazar. Los indios se quedaron por los alrededores, sin presentar mucha batalla pero rechazando cualquier grupo que intentara salir, esperando que el hambre los rindiera. Por tanto, rebajaron las raciones y se apretaron los cinturones para poder aguantar el máximo antes de que tuvieran que matar sus bueyes.

¡Una mañana oyeron a lo lejos una corneta!

Cuando tío Tom mencionó esto, Laura recordó el sonido que hacía mucho tiempo levantaba ecos allá en los Big Woods al tocar su tío la corneta militar. Preguntó —¿Soldados?

—Sí —contestó tío Tom. Entonces supieron que todo iba a ir bien, llegaban los soldados. Los centinelas lo anunciaron a gritos y todo el mundo subió a los bastiones para observar. Volvieron a escuchar la corneta, en breve sonaron el pífano y el tambor y vieron el tremolar de la bandera con la tropa acercándose.

Abrieron las puertas y salieron al exterior lo más aprisa que pudieron para dar la bienvenida al ejército. Los soldados les hicieron prisioneros a todos allí mismo y les mantuvieron

vigilados mientras prendían fuego a la empalizada con todo lo que contenía. Incendiaron las cabañas, las carretas, las pieles y mataron los bueyes.

—¡Oh Tom! —dijo mamá, como si no pudiera creerlo.

—Era territorio indio —explicó tío Tom—. Estrictamente hablando, no teníamos ningún derecho a estar allí.

—¿Y no os quedó nada que compensara el trabajo y el peligro? —se lamentó mamá.

—Lo perdí todo absolutamente excepto mi rifle —siguió tío Tom—. Los soldados nos permitieron conservar nuestras armas. Nos hicieron ir a pie, como prisioneros.

Papá caminaba arriba y abajo de la habitación. —¡Que me confunda si yo hubiese aguantado eso! —exclamó—. No sin armar algún tipo de escándalo.

—No podíamos luchar contra todo el Ejército de los Estados Unidos —aclaró tío Tom con sensatez—. Pero realmente me supo muy mal ver aquel fuerte deshacerse en humo.

—Lo entiendo —corroboró mamá. —Incluso ahora recuerdo la casa que tuvimos que abandonar en territorio indio. Justo cuando Charles había colocado cristales en las ventanas.

Laura pensó —Todo esto le sucedió a tío Tom mientras nosotros vivíamos en Plum Creek—. Durante unos momentos

nadie habló, hasta que el viejo reloj emitió sus chasquidos de aviso y lenta y solemnemente dio una campanada.

—¡Oh cielos! ¡Mirad que hora es! —exclamó mamá. —Te aseguro Tom que nos has tenido encantados. No es de extrañar que Grace se haya dormido. Vosotras muchachas, daos prisa yendo a la cama y llevadla también arriba y tu Laura, baja cosas de mi cama y prepararé aquí otra para Tom.

—No desnudes tu cama Caroline —protestó tío Tom. —Yo puedo dormir en el suelo con una manta. Ya lo he hecho muy a menudo.

—Creo que Charles y yo podemos dormir sobre colchón de paja por una vez —aseguró mamá. —Cuando pienso como dormirías, tan frío e incómodo en aquel viaje, durante tantas noches...

El frío invierno del relato de tío Tom seguía presente en la imaginación de Laura, tan fuertemente la impactó que al otro día por la mañana le pareció raro oír el suave resoplar de la cafetera y el goteo de los aleros y volver a darse cuenta de que era primavera y estaba en la agradable ciudad. Durante todo el día que estuvo cosiendo con la señora McKee, papá y mamá estuvieron atendiendo a tío Tom y al otro día sólo Laura, Carrie y Grace fueron a la Escuela Dominical y a la iglesia. Papá y mamá se quedaron en casa para no perder un momento de la corta visita del tío Tom, que se marchaba el lunes por la mañana temprano, de regreso a su casa en Wisconsin.

Sólo quedaban algunos aislados parches de nieve sobre la tierra fangosa. Ya no habría más paseos en trineo y Laura lo lamentaba.

Sentados de sobremesa después de una cena dominical algo tardía, papá, mamá y el tío Tom charlaban de personas que ella no conocía cuando una sombra pasó ante la ventana. Laura intuyó quién llamaba y se dio prisa en abrir, preguntándose a qué habría venido Almanzo.

—¿Te gustaría salir para dar el primer paseo de primavera en coche? —preguntó. —¿Con Cap, Mary Power y yo?

—¡Oh si! —respondió ella. —¿No quieres pasar mientras me pongo el sombrero y el abrigo?

—No gracias. Esperaré fuera.

Cuando Laura salió vio que Mary y Cap estaban sentados en el asiento trasero del carricoche de Cap. Almanzo la ayudó a subir al delantero y tomó las riendas de manos de Cap al tiempo que se sentaba junto a ella. Prince y Lady trotaron calle arriba hasta llegar al camino de la pradera en dirección Este.

Nadie más paseaba y por tanto esto no era una fiesta, pero Laura, Mary y Cap reían alegremente. La carretera estaba fangosa. Gotas de agua y chispas de nieve salpicaban a los caballos, la calesa y las mantas de viaje. Pero el viento primaveral se notaba suave en sus rostros y el sol era cálido y brillante.

Almanzo no se unió a la alegre conversación. Conducía con firmeza, sin decir palabra ni sonreír, hasta que Laura le preguntó qué le pasaba.

—Nada —respondió e inmediatamente inquirió con rapidez —¿Quién es ese joven?

—El que estaba hablando contigo cuando yo llegué — aclaró él.

Laura quedó atónita. Mary estalló en risas.—¡Ahora no vayas a ponerte celoso del tío de Laura! —dijo.

—¡Oh! ¿Te refieres a él? Era el tío Tom, el hermano de mamá —explicó Laura. Mary Power seguía riéndose tan fuertemente que Laura se volvió, justo a tiempo de ver como Cap estiraba una horquilla de la cabellera de Mary.

—Supongamos que me prestas algo de atención —comentó Cap a Mary.

—¡Oh, para, Cap! ¡Devuélvemela! —chilló Mary tratando de recuperar la horquilla que éste mantenía fuera de su alcance, al tiempo que le quitaba otra.

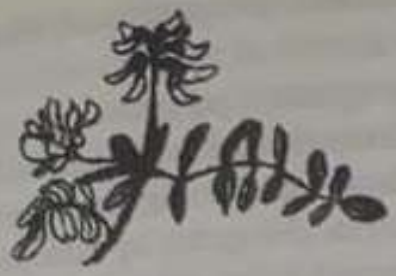
—¡No hagas eso Cap! ¡No lo hagas! —pedía Mary protegiendo con ambas manos el moño. —¡Laura, ayúdame!

Laura se dio cuenta de lo desesperado de la situación puesto que sólo ella sabía que Mary llevaba un postizo. Habia que frenar a Cap puesto que si Mary perdía más horquillas, también se le escaparía el moño.

Justo en ese momento, una pelota de nieve saltó de los cascos de Prince y cayó en el regazo de Laura. Cap estaba casi de espaldas a ella luchando con Mary. Laura apretó la nieve y rápidamente la metió por dentro del cuello de Cap.

—¡Uau! —aulló Cap. —Vaya forma de ayudar a un amigo, Wilder. Dos chicas contra mi es demasiado.

—Estoy ocupado conduciendo —contestó Almanzo y todos rompieron a reír. Era tan fácil reír en primavera...



Capítulo Catorce

RETENIENDO LA CONCESIÓN

El tío Tom se marchó en tren hacia el Este al día siguiente por la mañana. Cuando Laura regresó de la escuela al mediodía, ya se había ido.

—Apenas se había marchado —dijo mamá —cuando la señora McKee vino. Tiene problemas Laura y me preguntó si podrías ayudarla.

—Por supuesto que lo haré, si puedo —aseguró Laura. —¿Qué es ello?

Mamá explicó que pese a que la señora McKee había trabajado duramente como modista durante todo el invierno, los McKee no podían marcharse a su concesión todavía. El señor McKee tenía que mantener su empleo en el almacén de maderas hasta que hubieran ahorrado lo suficiente para poder comprar herramientas, semillas y algún ganado. Él deseaba que la señora McKee se llevara a su hijita Mattie y vivieran en la concesión durante el verano, para así conservarla. La señora McKee aseguró que ella no viviría allá en la pradera, completamente sola con su hija y que antes preferiría perder la concesión.

—No se por qué está tan nerviosa por todo esto —comentó mamá.— Pero parece ser que sí lo está. Aparentemente la aterroriza. Y por tanto, según me dijo, el señor McKee afirmó que dejaría correr la concesión. Después que él se fue a trabajar, ella lo volvió a pensar y vino a decirme que si tú fueses con ella, iría a mantener la concesión. Manifestó que te pagaría un dólar a la semana, sólo por estar con ella como un miembro de la familia.

—¿Dónde está la concesión? —preguntó papá.

—A alguna distancia al Norte de Manchester —dijo

mamá. Manchester era una nueva ciudad pequeña al Oeste de De Smet.

—Bueno, ¿quieres ir Laura? —le preguntó papá.

—Creo que sí. Tendré que faltar al resto del curso escolar, pero eso puedo recuperarlo y me agradaría ganar algún dinero.

—Los McKee son gente buena y sería de gran ayuda para ellos. Por tanto, puedes ir, si así lo deseas —decidió papá.

—Sería una pena no obstante, estar ausente durante la visita de Mary —dijo mamá preocupada.

—Tal vez si pudiera ayudar a que la señora McKee se aposentara bien en la concesión y se acostumbrara, yo podría venir a casa el tiempo suficiente para ver a Mary —reflexionó Laura.

—Está bien, si deseas ir, es mejor hacerlo ya —comentó mamá. —No tenemos que cruzar un puente hasta que lleguemos a él. Además, lo más probable es que todo salga bien.

A la mañana siguiente, Laura partió en tren con la señora McKee y Mattie en dirección a Manchester. Ella ya había estado en el ferrocarril una vez, cuando vino al Oeste desde Plum Creek y por ello se sentía como una viajera experimentada mientras seguía al guardafrenos, que le llevaba el maletín, a lo largo del pasillo hasta llegar a su asiento. No era como si no supiera nada de los trenes.

Se trataba de un viaje de siete millas hasta Manchester. Una vez allá, los empleados descargaron los muebles y las cosas de la señora McKee del vagón de equipajes situado junto al de pasajeros y un carromato lo cargó todo. Antes de que hubieran terminado, el encargado del hotel ya golpeaba su triángulo de hierro para llamar la atención de los forasteros que desearan cenar. La señora McKee, Laura y Mattie tomaron su cena en el hotel.

Poco después, el transportista condujo su vehículo hasta la puerta y les ayudó a subir e instalarse encima de la carga, entre los rollos de ropa de cama, la cocina, mesa, sillas, baúl y cajas de provisiones. La señora McKee se sentó en el asiento junto al conductor.

Sentada y con las piernas colgando por un costado de la carreta, Laura y Mattie se agarraban una a la otra y a las cuerdas que sujetaban la carga, mientras los caballos la arrastraban

por la pradera. No había carretera. Las ruedas se hundían en los sitios en que la tierra estaba blanda debido a la nieve derretida y la carreta y su carga oscilaban de lado a lado. Pero todo fue bien hasta que llegaron a una especie de cenagal, donde la tierra era baja y el agua formaba lagunas entre la húmeda hierba.

—No tenía ni idea de esto —dijo el conductor mirando hacia delante.— Parece bastante malo, pero no hay otro camino; tendremos que intentarlo. Quizá podremos pasar tan aprisa que la carreta no tendrá tiempo de hundirse.

Al acercarse al cenagal, el conductor chilló —¡Que todo el mundo se agarre!

Tomó el látigo y le gritó a los caballos animándoles. Empezaron a acelerar cada vez más aprisa, hasta que requeridos por los gritos y el látigo, se pusieron a la carrera. El agua se alzaba formando alas a los lados de la carreta, debido al rápido girar de las ruedas y Laura y Mattie se agarraban a las cuerdas con todas sus fuerzas.

De pronto, todo quedó tranquilo. A salvo al otro lado del cenagal, el conductor paró los caballos para que descansaran.

—¡Bien, lo hemos conseguido! —exclamó. —Las ruedas no permanecieron en un lugar el tiempo suficiente como para hundirse. Si alguien se quedara atascado aquí, tendría para rato.

No era de extrañar que se sintiera aliviado ya que cuando Laura miró atrás no pudo ver huellas de la carreta puesto que estaban cubiertas por el agua.

Continuando por la pradera, llegaron finalmente a una pequeña cabaña de nueva concesión, aislada totalmente. Aproximadamente a una milla de distancia, hacia el Oeste, apenas se veía otra y muy lejos al Este se adivinaba una tercera.

—Este es el lugar, señora —dijo el conductor. —Lo descargaré todo y después le proporcionaré heno para quemar que traeré de aquel lugar que está una milla al Oeste. El tipo que estuvo allí el verano pasado lo dejó todo y se volvió al Este, pero me di cuenta que había dejado bastante heno.

Descargó la carreta, lo puso todo en la cabaña y encendió la cocina. A continuación se marchó a buscar el heno.

Una partición dividía la cabaña en dos pequeñas habitaciones. La señora McKee y Laura montaron un dormitorio en la que estaba la cocina y otro en la otra parte. Con la mesa, cuatro sillitas de madera y el baúl, llenaron la casita.

—Estoy contenta de no haber traído más cosas —comentó la señora McKee.

—Si, y tal como dice mamá, lo suficiente es tan bueno como un festival —confirmó Laura.

El conductor regresó con un cargamento de heno y, una vez descargado, se volvió a Manchester. Ahora había que tapar las rendijas, entrar heno, hacer las camas, desempaquetar los platos y adecentar el lugar. Laura preparó heno apretado del almiar de detrás de la cabaña y Mattie lo fue entrando a fin de mantener el fuego en marcha mientras la señora McKee cocinaba la cena. Ella no sabia como retorcer y apretar el heno, pero Laura lo habia aprendido durante el llamado *Crudo Invierno.*

A medida que el crepúsculo caia sobre la pradera, los coyotes empezaron a aullar y la señora McKee atrancó la puerta y comprobó que las ventanas estuvieran bien cerradas.

—No se por qué la Ley nos hace esto —dijo. —No comprendo el bien que le hace a una mujer tenerse que quedar en una concesión todo el verano.

—Es como una apuesta, dice papá —contestó Laura. —El gobierno apuesta a que no se puede estar en un pedazo de tierra cinco años sin morirse de hambre.

—Nadie podría hacerlo —aseguró la señora McKee. —Quienquiera que sea que promulgó estas leyes debería saber que un hombre que tiene el suficiente dinero para ser granjero, posee el necesario para comprar una granja. Si no tiene dinero, tiene que ganarlo y por tanto, ¿por qué hacen una Ley que manda que tiene que quedarse en una concesión, cuando en realidad no puede? Todo esto significa que su mujer y su familia tienen que quedarse ahí sin hacer nada durante siete meses del año. Yo podría estar ganando algún dinero haciendo de modista, para ayudar a comprar semillas y herramientas, si alguien no tuviera que estar aquí en este lugar. Creo en los derechos de la mujer. Si las mujeres votasen y promulgasen leyes, opino que éstas tendrían más sentido común. ¿Son eso lobos?

—No —replicó Laura. —Sólo son coyotes que no hacen daño a nadie.

Todos estaban tan cansados que ni siquiera encendieron las lámparas sino que se fueron directamente a la cama. Laura y Mattie en la cocina y la señora McKee en la habitación delantera. Cuando quedaron en silencio, la soledad pareció apoderarse de la cabaña. Laura no tenía miedo, pero nunca antes había estado en un lugar tan solitario sin papá, mamá y sus hermanas. Los coyotes se oían muy lejos y finalmente dejaron de aullar. El estanque estaba tan alejado que no llegaba el croar de las ranas. No había sonido alguno que rompiera el silencio excepto el rumor del suave viento de la pradera.

El sol brillando sobre la cara de Laura la despertó para empezar un día vacío. El poco trabajo prontamente quedó hecho. No había nada más que hacer, libros para estudiar o alguien para ver. Durante algún tiempo fue agradable. Toda aquella semana Laura, la señora McKee y Mattie no hicieron nada más que comer, dormir y hablar algo o permanecer en silencio. El sol salía y se ponía, el viento soplaba y la pradera estaba totalmente vacía de todo, salvo por algunos pájaros y, a veces, sombras que proyectaban las nubes.

El sábado por la tarde se vistieron para ir a la ciudad y caminaron las dos millas hasta Manchester para encontrarse con el señor McKee y volver a la cabaña con él. Se quedó hasta el domingo por la tarde y todos fueron otra vez caminando a la ciudad donde el señor McKee tomó el tren de regreso a De Smet para reemprender su trabajo. Después, la señora McKee, Laura y Mattie volvieron a la cabaña para pasar otra semana.

Estuvieron contentas cuando llegó el sábado, pero en cierto modo fue un descanso que el señor McKee se marchara, dado que era un presbiteriano tan estricto que durante el domingo a nadie se le permitía reír ni siquiera sonreír. Sólo podían leer la Biblia y el catecismo y hablar seriamente de temas religiosos. No obstante, a Laura le agradaba porque era realmente una buena y amable persona, y nunca proferia una mala palabra.

Este era el programa de las semanas que pasaban una tras otra, todas iguales, hasta que Abril y Mayo quedaron atrás.

El tiempo era más cálido y cuando iban a la ciudad oían las alondras cantando junto al camino, donde crecían las flores de primavera. Una calurosa tarde de domingo, el camino de regreso desde Manchester les pareció más largo de lo normal y más cansado y fue cuando la señora McKee dijo —Para ti sería más agradable pasear en el calesín de Wilder—.

—Posiblemente ya no lo haga más —remarcó Laura. — Alguien estará en mi lugar antes de que yo regrese.

Pensó en Nellie Oleson. La concesión de los Oleson no estaba muy lejos de la de Almanzo.

—No te preocupes —aseguró la señora McKee. —Un solterón no presta mucha atención a una muchacha a menos que sea para algo serio. Todavía te casarás con él.

—¡Oh no! —aseguró Laura. —No ¡Por supuesto que no! No me marcharía de casa para casarme con alguien ni por nadie.

Y de pronto se dio cuenta de que sentía añoranza. Deseaba estar en casa otra vez, tanto, tanto, que apenas podía sobrellevarlo. Durante toda la semana luchó contra este deseo, ocultándolo de la señora McKee y el sábado cuando caminaban de nuevo hacia Manchester halló una carta que la esperaba.

Mamá le escribía que Mary regresaba a casa y que Laura debía venir si la señora McKee encontraba alguna otra persona que pudiera quedarse con ella. Mamá esperaba que pudiera hacerlo, puesto que Laura tenía que estar en casa mientras Mary permaneciera allí.

Laura temía comunicar esto a la señora McKee y por tanto no le dijo nada hasta que a la hora de cenar, ella le preguntó que es lo que la preocupaba y fue entonces cuando Laura le explicó lo que mamá le había escrito.

—Por supuesto que debes volver a casa —aprobó el señor McKee enseguida. —Encontraré alguien que se quede aquí.

La señora McKee se quedó callada durante unos minutos antes de decir —No quiero a nadie sino a Laura para que viva con nosotros. Antes prefiero quedarnos solas. Ahora ya estamos acostumbradas al lugar y nunca sucede nada. Laura irá a casa y Mattie y yo estaremos bien aquí.

Por tanto, el señor McKee llevó el maletín de Laura el domingo por la tarde de regreso a Manchester, ella dijo adiós

a la señora McKee y a Mattie y subió al tren con él para regresar a su hogar.

Durante el trayecto estuvo pensando en ellas, que se quedaban solas en la estación y que caminarían las dos millas hasta llegar a la solitaria cabaña en la que se tenían que quedar sin nada que hacer, excepto comer, dormir y escuchar el viento durante cinco meses más. Era una forma muy dura de ganarse un hogar pero no había otra salida, puesto que así era la ley.

Capítulo Quince

MARY VUELVE A CASA

Laura estaba contentísima de estar en casa de nuevo, en la concesión de papá. Era bonito ordeñar la vaca y beber toda la leche que se le antojara, poner mantequilla en el pan y volver a disfrutar el buen queso que hacía mamá. Había lechugas en el huerto listas para ser recogidas y también nabos. No se habia dado cuenta hasta ahora de las muchas ganas que tenía de comer estas cosas tan buenas. Por supuesto, la señora McKee y Mattie no tenían acceso a ninguna de ellas mientras mantenían la concesión.

También tenían huevos en casa ya que las gallinas de mamá se estaban portando muy bien. Laura ayudaba a Carrie a buscar nidos que las gallinas escondían entre el heno del establo y entre las altas hierbas cercanas.

Grace encontró una camada de gatitos escondida en el pesebre. Eran nietos de aquel pequeñajo que papá hacia tiempo compró por cincuenta centavos. La gata Kitty se hizo responsable. Creyó que debía mirar por ellos al igual que por sus propias crías.

Llegó el día en que Mary regresaba a casa. Papá y mamá fueron a la ciudad a recogerla e incluso el tren parecía ser algo especial aquella tarde cuando entraba en la estación, vomitando humo negro en una columna que se iba diluyendo en el cielo. Desde detrás del establo y el huerto vieron el blanco vapor que expulsaba la locomotora y pudieron escuchar su silbato; se la oía resoplar y supieron que se había detenido en la ciudad y que Mary ya estaría ahora allí.

Reinó una gran alegría cuando finalmente se acercó la carreta con Mary sentada entre papá y mamá. Laura y Carrie

se pusieron a hablar inmediatamente y Mary intentó contestar a las dos al mismo tiempo. Grace estaba en medio de todo el mundo, con el cabello desmelenado y sus ojos azules muy abiertos. Kitty escapó y salió por la puerta como un meteoro, alzando la cola. No le agradaban los extraños y había olvidado a Mary.

—¿No tuviste miedo de venir sola en el tren? —preguntó Carrie.

—Oh no —dijo Mary sonriendo. —No tuve el menor problema. En la universidad nos agrada hacer cosas por nuestra propia cuenta. Forma parte de la educación.

Se la veía mucho más segura de sí misma y se movió con facilidad por toda la casa, en lugar de sentarse quietamente en su silla. Papá le entró su baúl y ella se arrodilló y lo abrió como si fuera la primera vez que lo veía. A continuación empezó a sacar uno a uno los regalos que había traído.

Para mamá había una pantalla de lámpara adornada con flecos de muchos colores.

—Es muy bonita —dijo mamá encantada.

El regalo de Laura era un brazalete de cuentas azules y blancas y el de Carrie un anillo también de cuentas rosas y blancas ensartadas muy lindamente.

—¡Oh, qué bonito! ¡Qué bonito! —exclamó Carrie. —¡Y me va perfectamente, es estupendo!

Para Grace había una sillita para muñeca con cuentas rojas y verdes ensartadas con alambre. Grace quedó tan impresionada cuando la tomó cuidadosamente en sus manos que apenas podia dar las gracias a Mary.

—Esto es para ti papá —explicó Mary mientras le alargaba un pañuelo de seda azul. —No lo he hecho yo, pero sí lo elegí. Entre Blanche y yo... Blanche es mi compañera de habitación. Fuimos al centro de la ciudad con el fin de hallar algo adecuado para ti. Ella ve muy bien los colores cuando son brillantes pero, por supuesto, el dependiente no lo sabía. Pensamos que sería divertido confundirle un poco. Por tanto Blanche me señaló los colores y él creyó que podíamos identificarlos por el tacto. Me di cuenta de que la seda era muy buena. ¡Bueno, de veras que confundimos a aquel dependiente! Y recordando la anécdota Mary rió alegremente.

Mary sonreia mucho, pero hacía mucho tiempo que no la habian oído reír fuerte y alegremente como solía hacerlo cuando era una niñita. Todo lo que había costado mandarla a la universidad quedaba más que recompensado viéndola tan alegre y confiada.

—¡Apuesto que este era el pañuelo más bonito en todo Vinton, Iowa! —dijo papá.

—No veo como supiste ajustar los colores exactos en mi regalo —comentó Laura, contemplando el brazalete en su muñeca. —Cada cuenta es exactamente adecuada. No puedes lograr esto confundiendo a un dependiente.

—Ponen los diferentes colores en cajas separadas —explicó Mary.— Entonces basta con recordar dónde están.

—Esto lo puedes hacer fácilmente —aprobó Laura. Siempre te fue posible recordar las cosas. Ya sabes que nunca pude aprender tantos salmos de la Biblia como tu.

Le sorprende mucho a mi maestro de la Escuela Dominical cuántos conozco —comentó Mary.— El saberlos me fue de gran ayuda, mamá. Puedo leerlos fácilmente con los dedos, tanto en impresión en relieve como en Braille, que por cierto aprendí antes que nadie de mi clase.

—Estoy contenta de esto Mary —fue todo lo que mamá dijo, con una sonrisa algo temblorosa, pero realmente se la veía más feliz que cuando Mary le dio la bonita pantalla de lámpara.

—Aquí está mi pizarra Braille —dijo Mary al tiempo que la sacaba del baúl. Era un cuadrado de acero delgado colocado en un marco también de acero, de un tamaño parecido a una pizarra escolar corriente y cruzado por una estrecha banda de acero. Dicha banda tenía varias hileras de cuadraditos abiertos y se deslizaba arriba y abajo, o podía encajarse en cualquier punto. Sujeto al marco por medio de una cinta había una pieza de acero en forma de lápiz que Mary calificó como "instrumento para escribir".

—¿Cómo lo empleas? —deseó saber Mary.

—Mira y te lo enseñaré —dijo Mary.

Todos prestaron atención mientras ella colocaba una hoja de papel grueso de color crema en el cuadrado. Movió el listón hasta la parte superior y lo aseguró. Con la punta del instrumento, presionó rápidamente sobre los cuadraditos.

—Ya está —comentó extrayendo el papel y dándole la vuelta. En los lugares que el "lápiz" había presionado, quedaba una ligera protuberancia que fácilmente se notaba con los dedos y que formaba diferentes formas; eran los caracteres Braille.

—Estoy escribiendo a Blanche para decirle que ya estoy sana y salva en casa —dijo Mary. —También tengo que escribir a mi maestro. Dio la vuelta al papel, lo volvió a colocar en el marco y bajo el listón, preparándolo así para seguir escribiendo en el espacio libre. —Lo terminaré más tarde.

—Es estupendo que puedas escribir a tus amigos y que ellos sean capaces de leer tus cartas —dijo mamá. — Apenas puedo creer que realmente estés recibiendo la educación universitaria que siempre habíamos deseado que tuvieses.

Laura estaba tan feliz que se encontraba al borde del llanto.

—Bien, bien —intervino papá.—Henos aquí charlando mientras que Mary debe estar hambrienta y es la hora de las tareas. Hagamos ahora el trabajo y luego tendremos más tiempo para charlar.

—Tienes razón Charles —asintió mamá rápidamente. —La cena estará lista para cuando vosotros estéis listos.

Mientras papá se ocupaba de los caballos, Laura se afanó en ordeñar y Carrie encendió fuego para cocer el pastel que mamá estaba preparando.

La cena estaba preparada cuando papá regresó del establo y Laura terminó de ordeñar.

Era una familia feliz, todos juntos nuevamente, comiendo revoltillo de patatas, huevos poché frescos y el delicioso pastel de mamá con su buena mantequilla. Papá y mamá tomaron el oloroso té, Mary bebió leche, al igual que las otras chicas. —Esto es magnífico —aseguró. —En el colegio no tenemos una leche tan deliciosa.

Había tanto que preguntar y explicar que casi nada se pudo expresar en profundidad, pero mañana sería otro largo día con Mary. Y todo fue como en los viejos tiempos, cuando llegó el momento de que Laura y Mary fuesen a dormir a su cama, en la que Laura había dormido sola durante tanto tiempo.

—Hace buena temperatura —comentó Mary —y por tanto no te arrimaré mis fríos pies tal como solía hacer—.

—Estoy tan contenta de que estés aquí que no protestaría —respondió Laura. —Sería un placer.

Capítulo Dieciséis

DÍAS DE VERANO

Era una alegría tan grande el tener a Mary en casa que los días de verano no eran lo suficientemente largos para gozar de todos los placeres. El escuchar los relatos de Mary sobre su vida en la universidad, leerle en voz alta, planificar y coser sus ropas y de nuevo salir a dar largos paseos al caer la tarde, hacía que el tiempo pasara incluso demasiado aprisa.

Un sábado por la mañana, Laura fue a la ciudad para conseguir un nuevo cuello y puños para el mejor vestido de seda de Mary. Encontró lo que buscaba en la tienda de una nueva modista y mientras la señora Bell envolvía el pequeño paquete, le dijo a Laura —He oído decir que coses muy bien. Me agradaría que pudieses venir a ayudarme. Te pagaría cincuenta centavos al día, de las siete a las cinco, si te traes tu propia comida.

Laura contempló el lugar, nuevo y agradable, con sus lindos sombreros en los dos escaparates, cintas en su expositor de cristal, sedas y terciopelos en las estanterías. Había una máquina de coser con un vestido a medio terminar y otro estaba sobre una silla al lado.

—Ya puedes ver que aquí hay más trabajo del que yo puedo hacer —dijo la señora Bell con su tranquila voz. Era una mujer joven y Laura la encontró hermosa, con su alta figura y ojos y cabello oscuros.

Laura decidió que sería un trabajo agradable.

—Vendré si mamá está de acuerdo en que lo haga — prometió.

—Ven el lunes por la mañana, si puedes —contestó la señora Bell.

Laura salió de la tienda y subió la calle hasta la oficina de correos para echar una carta de Mary. Allí encontró a Mary Power que iba a hacer un recado. No se habían visto desde los paseos en coche al principio de la primavera y tenían tanto de que hablar que Mary le pidió que la acompañara.

—Muy bien, vamos —accedió Laura. —Me gustaría preguntarle al señor McKee como siguen la señora y Mattie.

Fueron caminando lentamente, hablando mucho mientras subían la calle que cruzaba las vías del tren hasta que llegaron al almacén de madera donde se detuvieron, aunque siguieron charlando.

Una yunta de bueyes entraba lentamente a la ciudad desde la carretera del Norte, arrastrando una carreta cargada de madera. Un hombre caminaba al lado de uno de los bueyes enarbolando un largo látigo y Laura le contempló. Los bueyes se aproximaron a la esquina y siguieron su andadura.

Laura y Mary retrocedieron. El hombre ordenó —¡Jua! ¡Jua!— Pero los bueyes no giraron hacia la izquierda. Se fueron a la derecha, dando vuelta a la esquina.

—¡Bueno, vale! ¡Id donde queráis! —gritó el conductor con cierta impaciencia pero en tono jocoso. Entonces miró a las muchachas y ambas exclamaron a la vez —¡Almanzo Wilder!

Se quitó el sombrero con un floreo para ellas y siguió calle arriba con los bueyes.

—¡No le reconocí sin sus caballos! —dijo Laura riendo.

—Y la forma en que iba vestido —confirmó Mary. —Con esa ropa tan rústica y esos zapatones tan feos.

—Seguramente habrá estado destripando terrones y de ahí que fuera con los bueyes. No haría trabajar a Prince y a Lady tan duramente —explicó Laura, más para sí misma que para Mary Power.

—Todo el mundo trabaja —remarcó Mary. —Nadie puede divertirse durante el verano. Pero Nellie Oleson tal vez vaya a pascarse con esos caballos, si es que puede. Ya sabes que la parcela de los Oleson no está demasiado lejos, al Este de la de los Wilder.

—¿La has visto últimamente? —preguntó Laura.

—Nunca veo a nadie — respondió Mary. —Todas las chicas están en las parcelas de sus padres. Cap trabaja cada

día. Ben Woodworth lo hace en el depósito y nadie puede hablar con Frank Harthorn estos días ya que trabaja continuamente en el almacén, desde que su padre le ha hecho socio. Minnie y Arthur están fuera con sus familias y a ti misma no te había visto desde primeros de Abril.

—No importa. Nos veremos todos el próximo invierno. Además, voy a venir a la ciudad a trabajar si mamá me autoriza. —Entonces Laura le contó a Mary que esperaba coser para la señora Bell.

De pronto, se dio cuenta de que el sol estaba ya bajando. Se detuvo un momento en la oficina del almacén de maderas para saber, a través del señor McKee, que su esposa y Mattie seguían bien, aunque la encontraba a faltar. Rápidamente se despidió de Mary y se apresuró a regresar a casa. Se había quedado en la ciudad demasiado tiempo. Aunque caminó tan aprisa que casi corrió, la comida estaba preparada cuando llegó.

—Lamento haberme quedado tanto tiempo, pero es que han sucedido muchas cosas —se excusó.

—¿Ah si? —preguntó mamá y Carrie intervino —¿Qué ha pasado?

Laura contó el encuentro con Mary Power y su visita al señor McKee.— Me entretuve mucho con Mary Power — confesó. —El tiempo transcurrió tan aprisa que no me di cuenta de lo tarde que era—. A continuación contó el resto. —La señora Bell desea que trabaje para ella en su tienda. ¿Puedo hacerlo mamá?

—Bueno Laura, en realidad no lo se —contestó mamá. — Acabas de regresar a casa.

—Me pagará cincuenta centavos al día, desde las siete hasta las cinco, si me llevo yo la comida —explicó Laura.

—Es bastante correcto —dijo papá. —Tu te llevas tu comida, pero sales una hora antes—.

—Pero viniste a casa para estar con Mary —objetó mamá.

—Lo se mamá, pero la veré cada noche, por la mañana y todos los domingos —argumentó Laura.— No se por qué, pero siento que debería ganar algún dinero—.

—Así es la cosa una vez que empiezas a ganar —aseguró papá.

—Estaré ganando tres dólares a la semana —dijo Laura. Y

además, viendo a Mary. Tendremos muchísimo tiempo para hacer cosas juntas. ¿No es así Mary?

—Por supuesto, y yo haré todo tu trabajo de casa mientras estás fuera —se ofreció Mary. —Y los domingos daremos nuestros paseos—.

—Esto me recuerda que la nueva iglesia ya está terminada —dijo papá.— Mañana por la mañana debemos ir todos—.

—¡Estaré tan contenta de ver la nueva iglesia! ¡Apenas puedo creer que esté ya ahí! —exclamó Mary.

—Seguro que está —le confirmó papá. —La veremos mañana con nuestros propios ojos.

—¿Y qué pasa con el próximo día? —preguntó Laura.

—Si, puedes ir a trabajar para la señora Bell. En cualquier caso, lo pruebas durante unos días —asintió mamá.

El domingo por la mañana papá enganchó los caballos a la carreta y todos fueron a la iglesia. Era grande y nueva, con largos bancos muy cómodos para sentarse. A Mary le gustó mucho, comparándola con la capillita de su colegio, pero apenas conocía a nadie. Por el camino de regreso a casa comentó —Había muchos desconocidos.

—Vienen y van —repuso papá. —Apenas empiezo a conocer a un recién llegado cuando vende el derecho de su parcela y se marcha más al Oeste, o bien su familia no soporta estar aquí y entonces también lo vende y se vuelve al Este. Los pocos que se quedan están tan ocupados que no tenemos tiempo los unos para los otros.

—No importa —repuso Mary. —Pronto regresaré al colegio y allí conozco a todo el mundo.

Después de la comida del domingo y una vez finalizado el trabajo casero, Carrie se sentó a leer el *Compañero de la Juventud*, Grace se fue a jugar con los gatitos en la limpia hierba, cerca de la puerta, mamá se quedó en su mecedora frente a la ventana abierta y papá se echó para descabezar su siesta dominical. Entonces Laura propuso —Vamos Mary, demos nuestro paseo.

Caminaron por la pradera hacia el Sur; a todo lo largo del recorrido florecían las rosas silvestres de Junio. Laura recogió muchas, hasta hacer un ramo muy grande que Mary pudiese llevar.

—¡Oh, qué hermosura! —comentó Mary.— He encontrado a faltar las violetas de primavera, pero nada es más encantador que las rosas de la pradera. Es tan bonito estar en casa otra vez, Laura. Incluso si no puedo quedarme mucho tiempo.

—Tenemos hasta mediados de Agosto —contestó Laura. —Pero las rosas no durarán tanto.

—*Recoge rosas mientras puedas* —empezó Mary, citando el poema para Laura. Entonces y mientras caminaban juntas acariciadas por el cálido viento teñido de aromas de rosas, le habló de sus estudios de literatura.— Pienso escribir un libro algún día —le confió. Rompió a reír.—Pero también planée dar clases y tu ya lo estás haciendo por mi y, por tanto, quizá seas tu la que escribirá el libro.

—¿Yo, escribir un libro? —exclamó Laura, al tiempo que explicaba —Voy a ser una vieja maestra de escuela, igual que la señora Wilder. ¡Tu escribe tu libro! ¿De qué tema va a tratar?

Pero Mary se apartó del tema literario. Preguntó —¿Dónde está ese muchacho Wilder del que mamá me escribió? Parece ser que andaría por aquí, de alguna manera.

—Creo que está muy ocupado con su concesión. Todo el mundo está ocupado —respondió Laura. No mencionó que le había visto en la ciudad. Por alguna razón que no sabía explicarse, se sentía tímida al hablar de él. Ambas dieron la vuelta y lentamente regresaron a casa, trayendo con ellas el aroma de las rosas que llevaban.

Muy rápidamente transcurrió aquel verano. Los días laborables Laura caminaba hasta la ciudad por la mañana temprano, llevando su comida en la fiambrera. A menudo papá iba con ella puesto que estaba haciendo trabajos de carpintería en los nuevos edificios que construían los recién llegados. Laura oía los martillos y los serruchos mientras cosía durante toda la jornada, parando únicamente para tomar su lunch frío hacia el mediodía. También a menudo regresaba a casa con papá. A veces tenía algo de dolor entre los hombros por estar mucho rato inclinada trabajando, pero desaparecía durante el camino y a continuación llegaba el feliz momento de poder pasar la velada en el hogar.

Durante la cena, contaba todo cuanto había visto y oído en la tienda de la señora Bell; papá también relataba las noticias que había captado y todos comentaban los sucesos de las parcelas y de la casa, por ejemplo como iban las cosechas, qué tal llevaba mamá la costura de Mary, cuantos huevos había encontrado Grace y que la vieja gallina moteada se había escondido en un nido en alguna parte y había salido con veinte polluelos.

Fue durante una cena que mamá les recordó que el día siguiente sería el *Cuatro de Julio.*—¿Qué vamos a hacer?

—No creo que podamos hacer gran cosa Caroline. No hay forma humana, que yo conozca, de evitar que mañana sea el *Cuatro de Julio* —bromeó papá.

—Vamos, Charles —le reprochó mamá sonriendo. —¿Vamos a asistir a la celebración?

Hubo un silencio en toda la mesa.

—No puedo escuchar si habláis todos a la vez —bromeó mamá a su vez. —Si vamos a ir, tenemos que pensarlo esta noche. Estoy disfrutando tanto teniendo a Mary aquí que me olvidé del día cuatro y no he preparado nada para celebrarlo.

—Todas mis vacaciones ya son una celebración y para mi es más que suficiente —dijo Mary muy suavemente.

—He estado en la ciudad cada día. Para mi sería una recompensa el faltar una vez. —Y a continuación Laura añadió —Pero están Carrie y Grace.

Papá depositó sobre la mesa cuchillo y tenedor.— Os diré lo siguiente: Caroline, tu y las chicas cocinad una cena estupenda, yo iré a la ciudad por la mañana y compraré azúcar cande, dulces y fuegos artificiales. Tendremos nuestra celebración privada del *Cuatro de Julio* aquí mismo en casa. ¿Qué opináis de esto?

—¡Compra muchísimo azúcar cande papá! —suplicó Grace, al tiempo que Carrie pedía —¡Y gran cantidad de petardos!

Todos lo pasaron tan bien al otro día que estuvieron de acuerdo en que era mucho más divertido que ir a la ciudad. Un par de veces, Laura se preguntó si Almanzo Wilder estaría en la ciudad con sus caballos marrones y la idea de Nellie Oleson pasó fugazmente por su cabeza. Pero si Almanzo

deseaba verla de nuevo, ya sabía donde encontrarla. El papel de ella no era el de hacer algo acerca de todo esto y, además, no pensaba hacerlo.

Demasiado pronto, el verano pasó. La última semana de Agosto, Mary regresó a la universidad, dejando un gran vacío en la casa. Papá segó la avena y el trigo con su vieja guadaña de mano porque los campos eran todavía demasiado pequeños para permitir y justificar el empleo de una cosechadora. Cuando el trigo estuvo maduro, lo segó todo. Estaba delgado y cansado de tanto trabajar duramente en la ciudad y en el campo y, encima, se sentía inquieto debido a que gran cantidad de gente estaba asentándose en el territorio.

—Me gustaría ir más al Oeste —le dijo a mamá un día.— Ahora un hombre ya no tiene aquí mucho espacio para respirar.

—¡Oh Charles! ¿Que no hay espacio, con toda esta gran pradera a tu alrededor? —dijo mamá. —Yo ya estaba cansada de ir de un lugar a otro y pensé que nos quedaríamos aquí.

—Bueno, creo que ya estamos, Caroline. No te pongas nerviosa. Sólo se trata de que mis inquietos pies se ponen nerviosos, o así lo creo. En cualquier caso, todavía no he ganado la apuesta con el Tío Sam. ¡Y vamos a quedarnos hasta que la gane! Hasta que pueda demostrar el triunfo sobre esta concesión.

Laura sabía como se sentía porque vio la mirada de sus ojos azules mientras él oteaba la pradera en dirección Oeste desde la puerta abierta donde permanecía de pie. Debía establecerse en un lugar seguro y hacerlo por ellos, al igual que ella tenía que hacer de maestra otra vez, aunque aborreciera estar recluida en una escuela.

Capítulo Diecisiete

DOMANDO LOS POTRILLOS

Habían llegado los días de Octubre y los gansos ya volaban hacia el Sur. Una vez más papá cargó los muebles en la carreta y regresaron a la ciudad. También otras personas volvían del campo y los asientos de la escuela se iban llenando.

La mayoría de los muchachos mayores ya no volvieron a la escuela. Algunos se habían quedado en las concesiones. Ben Woodworth trabajaba en el depósito. Frank Harthorn estaba muy ocupado en su almacén y Cap Garland trabajaba con su tiro de caballos acarreando heno, carbón, o cualquier otra cosa para la que le alquilaran haciendo transporte a la ciudad o al campo. Pero así y todo, no había sitio suficiente en la escuela debido a los recién llegados, que mandaban a sus hijos. Los discípulos más pequeños se apretaban tres en un asiento y era una necesidad real el que se tenía que construir una escuela más grande antes de que llegara el invierno.

Un día en que Laura y Carrie regresaban de la escuela encontraron unas personas sentada con mamá en la habitación delantera. El hombre era un forastero pero Laura tuvo la sensación de que conocía a la joven que la miraba seriamente. Mamá sonreía y durante unos instantes no dijo nada, al tiempo que Laura y la mujer se miraban la una a la otra.

Entonces la señora sonrió y Laura la reconoció. ¡Era la prima Alice! Alice, que junto con Ella y Peter habían ido a pasar una Navidad en la casa de troncos de Big Woods. En aquel entonces, Alice y Mary habían sido las chicas mayores y Ella había sido la compañera de juegos de Laura. Ahora, mientras Laura saludaba con un beso a Alice, le preguntó —¿Ha venido Ella también?

—No, Ella y su marido no han podido venir —aclaró Alice. —Pero hoy otro primo que todavía no conoces, o sea mi esposo, Arthur Whiting.

Arthur era alto, con los ojos y pelo oscuros; era agradable y a Laura le gustó, pero aunque él y Alice se quedaron una semana, siempre pareció ser un extraño. Alice era parecida a Mary y pertenecía a la familia. Laura y Carrie se daban prisa en regresar de la escuela y encontraban a Alice sentada con mamá en la soleada habitación delantera.

Por las noches hacían palomitas de maíz, escuchaban el violín de papá y hablaban sin cesar de los viejos tiempos y de planes para el futuro.

El hermano de Arthur, que se llamaba Lee, era el marido de Ella y habían tomado parcela relativamente cerca, a sólo cuarenta millas de distancia. Peter vendría en primavera.

—Ha pasado mucho tiempo desde que estábamos juntas en Big Woods y ahora nos reunimos aquí en la pradera — comentó Alice una noche.

—Si tu madre y tu padre pudiesen venir... —dijo mamá pensativamente.

—Creo que se quedarán en la parte Este de Minnesota — explicó Alice. —Sólo llegaron hasta allá y parece que están contentos.

—Es algo extraño —intervino papá. —La gente siempre se mueve hacia el Oeste. Aquí estamos como en la cresta de una ola, como cuando el río se encrespa. Vienen y van, adelante y atrás, pero continuamente y en general, la mayoría de ellos siguen en dirección Oeste.

Alice y Arthur solamente se quedaron una semana. El sábado por la mañana temprano, bien abrigados, provistos de planchas calientes para los pies y patatas cocidas en los bolsillos, salieron hacia su hogar en el trineo tirado por caballos, dispuestos a recorrer las cuarenta millas que les separaban. —Transmítele mi cariño a Ella —dijo Laura mientras besaba nuevamente a Alice como despedida.

Hacía un tiempo perfecto para ir en trineo, el día era claro y frío por debajo de cero, la nieve era profunda y no había señal alguna de ventiscas. Pero este invierno no había reuniones de trineos. Tal vez los muchachos estaban haciendo trabajar muy duramente a sus caballos a lo largo de la semana. De vez en cuando, Laura vio a Almanzo y a Cap desde lejos domando un par de potros para poderlos enganchar y parecía ser que estaban muy ocupados.

El domingo por la tarde Laura les vio pasar en varias ocasiones. Unas veces Almanzo y otras Cap se alternaban en el trineo, sosteniendo con todas sus fuerzas las riendas cuando los rebeldes e inquietos potros intentaban salir disparados. Papá levantó la vista de su periódico y comentó —Aún podría ser que uno de estos jóvenes se rompiera el cuello. No hay un hombre en toda la ciudad que pueda habérselas con ese tronco.

Laura estaba escribiendo una carta a Mary. Hizo una pausa y pensó en la suerte que se tuvo durante el Duro Invierno, cuando Almanzo y Cap habían corrido riesgos al atreverse a ir a buscar trigo para la gente hambrienta.

Justamente había terminado la carta y la estaba doblando cuando alguien llamó a la puerta. Laura la abrió y Cap Garland estaba allí. Con su resplandeciente sonrisa que le iluminaba toda la cara, le preguntó —¿Te gustaría dar un paseo en trineo con los potros?

A Laura le cayó el corazón a los pies. Le agradaba Cap, pero no deseaba que le pidiera ir a correr en trineo. En un

instante, le vinieron a la mente Mary Power y Almanzo y realmente, no supo que decir.

Pero Cap siguió hablando.— Wilder me ha pedido que te lo pregunte ya que los potros no se están quietos. Estará aquí en unos instantes y te recogerá, si es que te agrada ir.

—¡Si, por supuesto! —exclamó Laura. —Enseguida estaré lista. ¿Quieres pasar?

—No gracias, voy a decírselo —replicó Cap.

Laura se dio prisa, aunque los potros estaban piafando y moviéndose cuando ella llegó. Almanzo los contenía con las manos y le dijo —Siento no poder ayudarte— mientras ella se encaramaba al trineo. Tan pronto se sentó, salieron velozmente calle abajo.

No había nadie más transitando y por tanto la calle estaba libre para los potros que luchaban por liberarse de la férrea tenaza de Almanzo con las riendas. Fueron hacia el Sur de la ciudad a toda velocidad.

Laura estaba inmóvil observando cómo hacían volar los cascos y la forma en que echaban las orejas hacia atrás. Esto era muy divertido y le recordaba cuando mucho tiempo atrás, ella y su prima Lena dejaban que los ponies negros corrieran libremente por la pradera. El viento soplaba fuerte y frío contra su cara y muchas pizcas de nieve saltaban hasta los cobertores. Más tarde, los potros agitaron las cabezas, pusieron las orejas hacia delante y permitieron que Almanzo dirigiera sus pasos de regreso a la ciudad.

La miró con curiosidad. —¿Sabes que no hay ningún hombre en la ciudad, excepto Cap Garland, que se atreva a colocarse detrás de estos potros? —le preguntó.

—Eso dijo papá —replicó Laura.

—Entonces, ¿cómo es que has venido? —deseó saber Almanzo.

—Bueno, pensé que tu serías capaz de dominarlos —respondió Laura y, a su vez, le preguntó —¿Pero por qué no llevas a Prince y Lady?

—Quiero vender estos potros, pero antes hay que domarlos bien y acostumbrarlos a tirar —explicó Almanzo.

Laura no dijo nada más y los potros trataron de salir corriendo de nuevo. Iban camino de casa y querían llegar

cuanto antes. Almanzo tuvo que poner toda su atención y fuerza para contenerles y mantenerlos en un trote brioso y potente. Main Street pasó rápidamente y volvieron a la pradera en dirección Norte. Almanzo aquietó los caballos y les hizo dar la vuelta de nuevo. En ese momento Laura dijo alegremente —¡Si a esto se le llama domarlos, estoy muy contenta de poder colaborar!

Poca cosa más hablaron hasta que pasó otra hora y el sol invernal empezó a ponerse. Almanzo retuvo a los potros y Laura se apeó rápidamente a la puerta de su casa. El le dijo —Vendré a buscarte el domingo—. Los potros casi saltaron y partieron como rayos antes de que Laura tuviese tiempo de replicar.

—Me da miedo que vayas detrás de esos caballos — comentó mamá cuando Laura entró.

Papá alzó la vista de su periódico. —Parece como si Wilder estuviera intentando matarte. Pero yo diría que lo estás disfrutando mucho por la forma en que te brillan los ojos — añadió.

Después de esto, Almanzo vino todos los domingos por la tarde para llevar a Laura de paseo en el trineo. Pero él y Cap siempre hacían correr a los caballos durante más de media tarde con el fin de calmarlos y nada de lo que Laura argumentó pudo persuadir a Almanzo para que la permitiera salir antes de que los potros estuvieran, de alguna manera, algo cansados.

Aquel año, hubo un árbol de Navidad en la nueva iglesia. Laura y Carrie recordaban otro de hacía mucho tiempo, en Minnesota, pero Grace nunca había visto uno. Laura pensó que lo mejor de esa Navidad era contemplar la cara de alegría de Grace cuando miraba el árbol con sus velas encendidas brillando, las coloridas barras de azúcar, las golosinas y los regalos que colgaban de sus ramas.

Mientras esperaban que Grace recibiera su muñeca de Navidad que estaba en el árbol, le dieron un paquete a Laura. La sorprendió tanto que estuvo segura de que se trataba de algún error. Era una pequeña caja de piel negra adornada con seda azul. Contrastando con el encantador tono celeste, había un cepillo y un peine de marfil. Laura contempló nuevamente el papel de regalo del envoltorio; su nombre estaba claramente escrito en una caligrafía que no conocía.

—¿Quién habrá podido obsequiarme con este regalo mamá? —preguntó.

Papá se inclinó para admirarlo y sus ojos centellearon alegremente.— No podría jurar quién te lo ofrece, Laura — dijo. —Pero puedo asegurarte una cosa: vi a Almanzo Wilder comprando este mismo estuche en el almacén de Bradley —y se sonrió ante la estupefacción de Laura.

Capítulo Dieciocho

LA ESCUELA PERRY

Los primeros vientos de Marzo soplaban fuertemente un jueves cuando Laura llegó a casa procedente de la escuela. Jadeaba fuertemente, no sólo por plantar cara al viento, sino también por las noticias que traía. Antes de que pudiera comunicarlas, papá habló.

—Podrías estar preparada para trasladarnos esta semana a la concesión, Caroline?

—¿Esta semana? —replicó mamá muy sorprendida.

—La organización escolar va a instalar una escuela en la concesión de Perry, justamente al Sur de la nuestra —explicó papá. —Todos los vecinos ayudarán a construirla pero quieren contratarme para que haga de capataz de la obra. Deberíamos trasladarnos antes de que yo empiece la tarea y si nos marchamos esta semana habrá tiempo de sobra para terminar la escuela antes del primero de Abril.

—Podemos marcharnos el día que quieras, Charles —contestó mamá.

—Entonces pasado mañana —recabó papá.—Y hay algo más. Perry asegura que al comité escolar le agradaría tener a Laura como profesora. ¿Qué te parece Laura? Tendrás que obtener un nuevo certificado.

—Oh, realmente me gustaría tener una escuela tan cerca de casa —confirmó Laura. Y entonces les transmitió las noticias.— Los exámenes para maestro tendrán lugar mañana. El señor Owen lo ha anunciado precisamente hoy. Se harán en la escuela y por tanto mañana no habrá clases. Espero conseguir un certificado de segundo grado.

—Estoy segura que lo conseguirás —aseguró rotundamente Carrie.— Tu siempre te sabes muy bien las lecciones.

Laura estaba algo dudosa. —No tengo tiempo para repasar y estudiar. Si paso, tengo que hacerlo con lo que sé hasta ahora.—

—Esa es la mejor manera, Laura —le aseguró mamá. —Si intentas estudiar aprisa sólo lograrás confundirte. Si obtienes un segundo grado todos estaremos muy contentos, pero si solamente fuese un tercero, también lo estaríamos igualmente.

—Haré todo lo que pueda —fue todo lo que Laura pudo prometer. Al otro día por la mañana partió, sola y nerviosa, en dirección a la escuela para enfrentarse a los exámenes de maestra. La sala le parecía rara; había algunos desconocidos sentados acá y allá entre los asientos vacíos y estaba el señor Williams en la mesa en lugar del señor Owen.

Las listas de preguntas estaban ya escritas en la pizarra. Durante toda la mañana reinó el silencio, sólo roto por el rasgueo de las plumas y los crujidos del papel. El señor Williams recogían los papeles al final de cada hora, tanto si estaban terminados como si no y se los llevaba a su mesa.

Laura acabó todos los ejercicios dentro del tiempo establecido y por la tarde, con una amplia sonrisa, el señor Williams le entregó un certificado. Dicha sonrisa le indicó a ella, incluso antes de que rápidamente leyera las palabras que había escritas que era un "*Segundo Grado*".

Se marchó para casa, pero en realidad, bailaba, corría, reía y chillaba de júbilo. Calladamente, le tendió el certificado a mamá y vio como una gran sonrisa iluminaba toda su cara.

—¡Te lo dije! Te vaticiné que lo conseguirías —gritó Carrie.

—Estaba segura que pasarías —alabó mamá —si no te aburrías o te cansabas ante tu primer examen público entre extraños.

—Ahora voy a comunicarte el resto de las buenas noticias —sonrió papá.

Tenía pensado guardarlas como recompensa para después del examen. Perry dice que el comité escolar te pagará veinticinco dólares al mes durante tres meses de escuela, o sea Abril, Mayo y Junio.

Laura se quedó sin habla. —¡Oh! —exclamó.—No esperaba... ¡Vaya! ¡Bueno! Papá... eso es más de un dólar al día.

Los ojos azules de Grace estaban casi redondos de asombro. Con total solemnidad dijo —Laura será rica.

Todos rompieron a reír tan alegremente que Grace tuvo que unírseles, sin saber siquiera por qué. Cuando cesaron las risas papá explicó —Ahora nos trasladaremos a la concesión y construiremos la escuela.

Por tanto, durante la últimas semanas de Marzo, Laura y Carrie fueron a la escuela desde la concesión. El tiempo era primaveral a pesar de los vientos de Marzo y cada tarde cuando regresaban a casa podían apreciar cómo adelantaba el trabajo de la pequeña escuela que empezaba a elevarse en la pradera, algo al Sur.

A finales de Marzo, los Perry la pintaron de blanco. Nunca había existido una escuela tan bonita como esa.

Se veía blanquísima como la nieve contrastando con la verde tierra y las ventanas brillaban alegremente con el sol de la mañana mientras Laura llegaba caminando por la corta hierba nueva.

El pequeño Clyde Perry, de siete años de edad estaba jugando ante la puerta, con su libro de lectura cuidadosamente depositado a un lado. Puso la llave de la nueva puerta en la mano de Laura y le dijo solemnemente —Mi padre te envía esto.

También dentro, la escuela era brillante y clara. Las paredes, construidas con madera nueva estaban limpísimas y olían a frescor. La luz del sol penetraba por las ventanas del Este. Ocupando casi la totalidad de la pared del fondo había una pizarra nueva y limpia. Delante de la misma estaba la mesa del maestro, muy bonita y bien barnizada. Brillaba al sol con un color parecido a la miel y encima se veía un gran diccionario Webster.

Delante de la mesa había tres filas de asientos y su color hacía juego con la mesa. Los extremos de los bancos estaban sujetos a las paredes y entre ellos había espacio suficiente para formar un pasillo. Había sitio para cuatro alumnos en cada fila.

Laura permaneció unos momentos en la puerta contemplando aquella sala tan nueva y brillante. A continuación se

dirigió a su mesa, colocó su fiambrera detrás en el suelo y colgó su sombrerito en un colgador dispuesto en la pared.

Un relojito emitía un tic tac al lado del diccionario y las manecillas señalaban las nueve en punto. Seguramente le habían dado cuerda la noche anterior, pensó Laura. Nada podía ser más completo y perfecto que esta pequeña y linda escuela.

Oyó las voces de los niños acercándose a la puerta y se dirigió a llamar a sus discípulos.

Aparte de Clyde, había otros dos, un muchachito y una chica que dijeron que su nombre era Johnson. Ambos estaban en el Segundo Libro de Lectura. Por ahora, este era el alumnado de la escuela y de momento no vinieron más niños.

Laura se sintió como si no se estuviera ganando los veinticinco dólares al mes, al enseñar únicamente a tres niños. Pero cuando mencionó esto en casa papá le replicó que estos tres tenían tanto derecho a enseñanza escolar como si fueran una docena y que ella también tenía derecho a cobrar por el tiempo que empleaba enseñándoles.

—Pero papá, —protestó —¡Veinticinco dólares al mes!

—No permitas que esto te preocupe —le contestó.—Están contentos de tenerte por este precio. Las escuelas más grandes pagan treinta dólares.

Debía ser justo ya que papá lo decía. Laura se contentó dándole a cada alumno la mejor enseñanza que pudo. Todos aprendían rápidamente. Además de leer y deletrear, les enseñó a escribir palabras y números, a sumar y a restar. Estaba orgullosa de su progreso.

Nunca se había sentido tan feliz como en aquella primavera. En las frescas y dulces mañanas caminaba hasta la escuela aspirando el aroma de las violetas que perfumaba el aire. También sus discípulos eran felices y estaban ansiosos por aprender. Ponían tanto cuidado como ella en no estropear ni alterar el conjunto de su brillante y nueva escuela.

Laura se llevaba sus propios libros y mientras los pequeños alumnos estudiaban en sus pupitres, ella estudiaba sus temas con la ayuda del gran diccionario. Durante el descanso y también en la larga hora del mediodía hacía puntilla mientras los niños jugaban. Y siempre se daba cuenta de las sombras que

proyectaban las nubes persiguiéndose por el firmamento mientras las alondras cantaban.

Después de cada feliz jornada llegaba el paseo de regreso a casa volviendo a pasar a través del terreno donde crecían las violetas que esparcían su fragancia por doquier.

Algunas veces, en sábado, Laura se dirigía en dirección Oeste, a lo largo de la pradera hasta la casa del Reverendo Brown situada en su correspondiente parcela. Era un paseo de una milla y media y, junto con Ida, lo alargaban subiendo hasta el punto más alto situado más allá de la casa. Desde allí podían ver las Wessington Hills, que distaban sesenta millas y que parecían una nube azul en el lejano horizonte.

—Son tan hermosas que me hacen desear ir hasta ellas —dijo Laura en cierta ocasión.

—Oh, no lo se. No estoy segura —replicó Ida. —Cuando llegáramos allá veríamos que son sólo colinas cubiertas con la normal hierba de búfalo, igual que esta —y al mismo tiempo dio un puntapié a un puñado de hierba que crecía con el empuje y el verde de la primavera.

Por una parte, esto era cierto, pero por otra, no. Laura no sabía exactamente lo que quería decir, pero para ella las Wessington Hills eran algo más que colinas herbosas. Su perfil de sombras la transportaban a la ensoñación de lejanos lugares. Eran la esencia de un sueño.

Regresando a casa a última hora de la tarde, Laura todavía pensaba en las Wessington Hills, en lo misterioso de su perfil recortándose contra el cielo azul, viéndose tan lejanas a través de millas y millas de verde pradera. Deseaba viajar más lejos de toda esa distancia y ver que había después de las colinas.

Esa era la manera en que papá se sentía con respecto al Oeste y Laura lo sabía perfectamente. También sabía que, al igual que él, tenía que estar contenta de estar donde estaba, ayudando en el trabajo del hogar y dando clases en la escuela.

Aquella noche papá le preguntó lo que planeaba hacer con todo el dinero que ganaría enseñando, tan pronto obrase en su poder.

—Bueno —respondió Laura, —lo daré a ti y a mamá.

—Te diré lo que he estado pensando —dijo papá. —Deberíamos tener un órgano para cuando Mary regrese a casa para que así ella pueda proseguir con la música que actualmente está aprendiendo y, además, también sería bonito para vosotras. Unas personas de la ciudad se lo están vendiendo todo y se vuelven al este y... tienen un órgano. Puedo obtenerlo por cien dólares. Es un buen instrumento. Si tu pones tu dinero de la escuela, yo aportaré los otros veinticinco dólares y, además, se puede añadir otra habitación a esta casa y con ello tendríamos un buen lugar para colocarlo.

—Me gustaría mucho contribuir a comprar el órgano —aseguró Laura. —Pero ya sabes que no contaré con los setenta y cinco dólares hasta que termine la escuela.

—Laura —intervino mamá. —Tienes que pensar en comprarte algunos vestidos. Los de batista están bien para ir a la escuela pero necesitas uno nuevo de verano. El que tienes ya es viejo y pasado y no puede aguantar mucho más.

—Lo sé mamá, pero piensa en lo bonito que sería tener un órgano —repuso Laura. —Y creo que podría volver a trabajar para la señora Bell otra vez y ganarme algún vestido. El problema es que todavía no tengo el dinero de mis clases.

—Pero puedes estar convencida de que lo tendrás —afirmó papá.— ¿Estás segura de estar dispuesta a comprar un órgano con ese dinero?

—Por supuesto! —reafirmó Laura. —No hay nada que me gustara más que tener un órgano para que Mary pueda tocar cuando regrese a casa.

—¡Entonces de acuerdo! —exclamó papá alegremente. —Adelantaré los veinticinco y sé que esas personas me fiarán el resto hasta que tu cobres. ¡Cáspita! Creo que podríamos celebrarlo. Tráeme el violín y tendremos un poco de música, aunque sea sin órgano.

Se sentaron en la penumbra dulce de la primavera y papá tocó y cantó alegremente:

Brindo por la doncella con el rubor de los dieciséis,
Brindo por la mujer de cincuenta,
Brindo por la extravagante y brillante reina,
¡Y también por la industriosa ama de casa!

Brindo por la encantadora cuyas pecas tanto nos gustan,
¡Y por la doncella que nada tiene, señor!
Brindo por la chica de los ojos azules,
¡Y por la ninfa que sólo tiene uno, señor!

Cambió de estilo y también lo hizo el violín. Cantaron así:

Oh, me marché al sur para ver a mi Sal,
¡Cantando polly-wolly-doodle todo el día.
Adiós, adiós, adiós mi querida hada,
Me marcho a Louisiana
A ver a mi Susy Anna,
¡Cantando polly-wolly-doodle todo el día!

El crepúsculo avanzaba. La tierra se iba oscureciendo y arriba en el diáfano aire las grandes estrellas colgaban muy bajas, mientras que el violín desgranaba una canción errante muy apropiada.

Entonces papá dijo —Ahora una para vosotras, muchachas. —Y suavemente cantó acompañándose con el violín:

Los años dorados pasan,
Los felices, muy felices años dorados,
Transcurren en alas del tiempo,
Estos felices años dorados,
Pídeles que regresen mientras pasan,
Son muy dulces recuerdos,
Oh, acarícialos mientras vuelan,
Estos felices años dorados.

A Laura le dolía el corazón mientras la música se perdía flotando en la noche primaveral bajo la luz de las estrellas.

Capítulo Diecinueve

EL VESTIDO MARRÓN

Ahora que mamá había hablado de sus vestidos, Laura se dio cuenta que tendría que hacer algo al respecto y, por tanto, el sábado por la mañana temprano fue a la ciudad a ver a la señora Bell.

—Por supuesto que estaré muy contenta de contar con tu ayuda —dijo la señora Bell. He llegado al límite de mis posibilidades para intentar hacer frente a todo el trabajo puesto que hay tanta gente nueva en la ciudad. Pero tenía entendido que estabas dando clases en la escuela.

—No los sábados —rió Laura—. Empezando en Julio, puedo trabajar toda la semana si Vd. quiere.

Por tanto, cada sábado cosía todo el día para la señora Bell. Antes de que terminara la escuela, ya pudo comprar diez metros de un lindo popelín marrón que la señora Bell había pedido a Chicago. Y cada noche, cuando regresaba a casa, había algo nuevo para ver, ya que mamá lo confeccionaba para ella y papá estaba construyendo la nueva habitación para el órgano.

La edificaba en la parte Este de la casa, con una puerta que daba al Norte, mirando a la ciudad y con ventanas en las paredes Sur y Este. Bajo la ventana del Sur, construyó un mueble no muy alto apto para que una persona pudiese dormir en él y así podría eventualmente emplearse como una cama extra.

Una noche cuando llegó a casa, la nueva habitación ya estaba terminada. Papá había traído el órgano, que se colocó en la pared Norte cerca de la puerta. Era un instrumento magnífico, de madera pulida de castaño. La brillante parte superior, casi llegaba al techo. Tenía tres espejitos de grueso cristal incrustados en la madera y a cada lado del atril para las

partituras había un soporte para poder colocar una lámpara. El atril era de sólida madera y tenía un fondo de tela roja. Se levantaba y plegaba con bisagras y por detrás tenía un espacio que permitía guardar libros de música o partituras. El órgano contaba con una suave tapadera que protegía el teclado, que se abría y encajaba en el interior del instrumento. Encima del teclado había una fila de llaves que marcaban paradas, trémolo, forte y otras denominaciones musicales que cambiaban el tipo de sonido del instrumento empleadas convenientemente. Bajo el teclado se veían dos palancas que se empujaban al interior del mueble o bien se estiraban, en forma y modo que el intérprete pudiera accionarlas con las rodillas. Tirando hacia fuera aumentaban el sonido. Cerca del suelo había dos pedales grandes forrados con tela que los pies del músico tenían que apretar hacia abajo, e ir soltando, para proporcionar el aire necesario al órgano.

Junto con el instrumento venía una hermosa banqueta de asiento redondo y que se sostenía sobre cuatro patas curvadas. Grace estaba tan excitada con este asiento que Laura apenas podía admirar el órgano.

—Mira Laura, mira —dijo Grace mientras se sentaba en el taburete y lo hacía girar. La parte superior trabajaba con una espiral enroscada que se alzaba o descendía según Grace le daba vueltas.

—Ya no podemos llamar a esta vivienda una cabaña de concesión —sentenció mamá—. Es una auténtica casa con cuatro habitaciones.

Había colgado cortinas de muselina blanca en las ventanas con bordes de puntilla hecha a mano. La rinconera de madera tallada con su pastorcita de porcelana colgaba en la pared Este. Las dos mecedoras quedaban cerca de la ventana y unos alegres cojines decoraban el mueble situado bajo la que daba al Sur.

—Es un lugar muy agradable para coser —comentó mamá contemplando esta nueva habitación, al tiempo que sonreía felizmente. —Ahora me daré prisa con tu vestido Laura. Quizá pueda tenértelo terminado para el domingo.

—No hay prisa —le contestó Laura—. No quiero ponérmelo hasta que tenga el sombrero nuevo. La señora Bell me

está haciendo justo el que quiero, pero llevará aún dos sábados más de trabajo para poderlo pagar.

—Bueno, ¿Qué tal te gusta el órgano, Laura? —preguntó papá el llegar del establo. En la otra habitación que ahora era sólo la cocina Carrie se estaba ocupando de la leche.

—¡Vaya por Dios, Grace! —exclamó mamá, cuando el taburete del órgano y esta última cayeron ruidosamente al suelo. Grace se sentó, demasiado asustada como para emitir sonido alguno e incluso Laura se quedó horrorizada, porque el taburete se había partido en dos partes. Entonces papá se rió.

—No te preocupes, Grace —dijo—. Solamente lo has desenroscado del todo. Pero —dijo con firmeza —después de esto, manténte alejada de este asiento.

—Así lo haré, papá —contestó ella, intentando ponerse de pie. Estaba como alelada. Laura la ayudó a levantarse y la mantuvo firme mientras le decía a papá cuánto le gustaba el órgano. Apenas podía esperar hasta que Mary regresara y pudiese tocar en él, al tiempo que papá lo hacía con el violín.

A la hora de cenar, mamá insistió en que esta casa ya no era una cabaña de concesión. La cocina era muy amplia ahora y contenía la estufa, el bufete, la mesa y las sillas.

—No será tampoco una concesión dentro de dos años —le recordó papá—. Otros dieciocho meses y podré demostrarlo; será nuestra tierra.

—No lo he olvidado, Charles —dijo mamá—. Estaré muy orgullosa cuando tengamos el título que nos dará el gobierno. Todo esto es más que suficiente para, de ahora en adelante, llamar a este lugar una casa, un hogar.

—Y el próximo año, si todo va bien, la pintaremos —prometió papá.

Cuando Laura llegó a casa el sábado trajo su nuevo sombrero. Lo llevaba muy cuidadosamente, bien envuelto en papel para protegerlo del polvo.

—La señora Bell ha dicho que mejor me lo llevara antes de que alguna otra persona lo viese y se lo quisiese quedar —explicó—. Dice que puedo trabajar para pagarlo con posterioridad.

—Puedes llevarlo a la iglesia mañana —sugirió mamá—. Tengo tu vestido terminado—. El vestido de popelín marrón

estaba sobre la cama de Laura, planchado y extendido para que lo pudiera admirar bien.

—Oh, veamos también tu sombrero —pidió Carrie, una vez que todos hubieron admirado el vestido, pero Laura no quiso desenvolverlo.

—Ahora no —rehusó—. No quiero que lo veáis hasta que me lo ponga con el vestido.

A la mañana siguiente, se levantaron pronto para tener tiempo de arreglarse e ir a la iglesia. La mañana era clara y limpia. Las alondras del prado cantaban y el sol brillaba y bebía el rocío de la hierba. Bien arreglada con su traje de domingo y con las cintas del pelo, Carrie estaba sentada en la cama, contemplando como se vestía Laura.

—Tienes un pelo muy bonito, Laura —dijo.

—No es de color de oro como el de Mary —contestó Laura. Pero a la luz del sol, llevándolo bien cepillado, era realmente bello, bastante grueso y, tan largo, que estando suelto caía hasta más abajo de las rodillas. Se lo peinó hacia atrás y se hizo unas cuantas trenzas, arreglándoselas cuidadosamente. Se puso sus medias de punto con puntilla blanca y se abotonó los brillantes zapatos negros, que eran muy altos.

Cuidadosamente y encima de las enaguas se colocó el miriñaque. Le agradaban sobremanera estos últimos modelos que venían del Este y además, eran los primeros que la señora Bell había recibido. En lugar de alambres llevaban anchas cintas delante que sostenían las enaguas y así el vestido quedaba bien plano. Estas cintas mantenían el polisón en su lugar, el cual era ajustable y con ellas se podía resaltar o disminuir el polisón; como a Laura no le agradaba que fuese muy grande, lo adaptó a su agrado.

Finalmente se abrochó su mejor enagua por encima de todo y se puso el nuevo vestido. Después se colocó la polonesa, que tenía unas mangas largas y suaves que sentaban perfectamente bien a sus brazos. El cuello era alto, con una banda de seda alrededor de la garganta. Se abrochaba por delante con pequeños botones redondos forrados de seda marrón.

Alrededor de la banda marrón del cuello Laura colocó una cinta azul de dos pulgadas de ancho. La ajustó con el pin de

perla que mamá le había regalado. Los extremos de la cinta caían en cascada hasta la cintura.

Por último, destapó el sombrero. Carrie suspiró con deleite cuando lo vio.

Era de color verde en forma de bonete. Cubría completamente la cabeza de Laura y enmarcaba su cara con el ala. Estaba adornado con seda azul que hacía juego exacto con el azul de los ojos de Laura.

Papá, mamá y Grace estaban ya preparados para salir hacia la iglesia cuando Laura salió del dormitorio, siguiéndola Carrie. Papá miró atentamente desde la cabeza de la chica hasta el final del vestido, del que asomaban las suaves puntas de sus zapatos negros y entonces observó—. Dicen que las plumas bonitas hacen lindos a los pájaros pero yo digo que hace falta un hermoso pájaro para que le crezcan esas plumas.

Laura se quedó tan complacida que no pudo decir nada.

—Estás preciosa —la halagó mamá —pero recuerda que hay que ser y hacerlo todo bonito.

—Si, mamá —respondió Laura.

—Es un sombrero gracioso —comentó Grace.

—No es auténticamente un sombrero. Es un bonete —le explicó Laura.

Grace agregó —Cuando yo sea una señorita voy a ganarme un vestido exactamente igual a este.

—Lo más seguro es que tendrás uno más bonito todavía —contestó Laura rápidamente, pero en realidad estaba asombrada. No había pensado que ya era una señorita. Por supuesto que lo era, con su cabello alzado y las faldas casi rozando el suelo. No estaba segura si le agradaba ser una señorita.

—Vamos —dijo papá. —Los caballos están esperando y llegaremos tarde a la iglesia si no nos damos prisa.

El día era tan agradable y soleado que a Laura no le gustaba estar sentada dentro de la iglesia y el sermón del Reverendo Brown pareció más aburrido que de costumbre. La silvestre hierba de la pradera se veía muy verde a través de las ventanas abiertas y la ligera brisa la acariciaba al soplar suavemente en sus mejillas. Parecía que en un día tan hermoso tendría que haber algo más que ir a la iglesia y regresar a casa de nuevo.

Mamá, Carrie y Grace se cambiaron rápidamente y se pusieron sus ropas de cada día pero Laura no quería hacerlo. Preguntó —¿Puedo seguir llevando mi vestido de domingo mamá? ¿Si me pongo el delantal grande y tengo muchísimo cuidado?

—Puedes hacerlo si así lo deseas —accedió mamá. —No hay razón para que le pase algo a tu vestido si tienes el suficiente cuidado.

Después de comer y una vez los platos estuvieron lavados, Laura vagó por toda la casa. El cielo estaba muy azul, las nubecillas que brillaban eran de color perla y a lo lejos toda la tierra se veía muy verde. Alrededor de la casa crecían los chopos. Los arbolillos que papá había plantado eran ya el doble de altos que Laura y extendían gráciles ramas y hojas susurrantes. Proporcionaban una sombra agradable en la que Laura se colocó mirando a los cuatro puntos cardinales del encantador día.

Miró en dirección a la ciudad y mientras lo estaba haciendo, un ligero buggy[1] surgió a toda velocidad por la esquina del granero de Pearson.

El cochecito era nuevo y el sol brillaba esplendorosamente en las ruedas y en el techo. Los caballo eran marrones y trotaban muy bien. ¿Acaso eran los potros que ella había colaborado a domar? Seguramente que lo eran y cuando dieron la vuelta, vio que Almanzo los guiaba. Llegaron a un vivo trote y el coche se paró a su lado.

—¿Te gustaría dar un paseo en coche? —preguntó Almanzo y mientras papá salía de la casa, Laura respondió con las palabras que siempre había empleado.

—¡Oh si! Estaré lista en un momento.

Se ató su sombrerito y le dijo a mamá que salía dar un paseo en coche. Los ojos de Carrie brillaban cuando detuvo a Laura y de puntillas le susurró al oído, —¿No estás contenta de no haberte cambiado el vestido?

—Lo estoy —murmuró Laura y, en realidad, lo estaba. Se sentía contenta de que su vestido y su sombrero fuesen tan bonitos. Con mucho cuidado, Almanzo extendió un cobertor y ella se sentó teniendo en cuenta proteger del polvo el vestido marrón. Marcharon bajo el sol de la tarde

(1) Carricoche ligero

en dirección Sur, hacia los distantes lagos Henry y Thompson.

—¿Te gusta el nuevo buggy? —preguntó Almanzo.

Era un coche muy lindo, negro y brillante, con radios rojos en las ruedas. El asiento era amplio y en cada extremo tenía unos relucientes soportes negros que se alargaban hasta la capota plegable. Además, el asiento podía reclinarse y estaba tapizado. Laura jamás había estado antes en un coche tan lujoso.

—Es muy bonito —alabó Laura recostándose cómodamente contra el respaldo de piel. —Nunca he montado en un buggy que pueda reclinar los asientos. El respaldo no es tan alto como los normales de madera, ¿verdad?

—Tal vez esto lo haga mejor —contestó Almanzo extendiendo su brazo a lo largo del respaldo. No estaba exactamente abrazando a Laura, pero su brazo se apoyaba en sus hombros. Ella se estremeció ligeramente pero el brazo no se movió. Se echó algo hacia delante y agitó el látigo que estaba colocado en su soporte. Los potros casi saltaron y rompieron a correr.

—¡Diablillo! —exclamó Almanzo apretando las riendas y apoyándose en los pies. Necesitaba ambas manos para controlar a los potros.

Al cabo de unos momentos, los caballos se habían calmado y trotaban de nuevo más despacio.

—Supónte que se hubieran desbocado —le dijo Almanzo con cierta indignación.

—Tienen espacio para correr antes de llegar al final de la pradera —rió Laura.— Y no hay nada contra lo que puedan tropezar entre aquí y allá.

—¡Es lo mismo! —empezó Almanzo y a continuación dijo —Eres muy independiente, ¿verdad?

—Sí —respondió Laura.

Aquella tarde pasearon hasta muy lejos, hasta el lago Henry, al cual le dieron la vuelta. Únicamente una estrecha lengua de tierra lo separaba del Lago Thompson. Entre las dos aguas azules solo había una amplitud apenas suficiente para que pasara una carreta. Jóvenes chopos y cerezos se erguían esbeltamente a cada lado. Se estaba fresco en aquel

lugar. El viento agitaba ligeramente el agua y entre los árboles podían vislumbrar las olitas que besaban las orillas de ambos lados.

Almanzo conducía lentamente mientras le contaba a Laura que había sembrado un campo de trigo de ochenta acres y treinta acres de avena.

—Supongo que sabes que tengo concesión de tierra y de bosque y que tengo que trabajarlo —le comentó. —Aparte de eso Cap y yo hemos transportado madera por toda la ciudad para construir casas y escuelas en todo el territorio. Tuve que trabajar mucho para ganar dinero y poder adquirir este coche nuevo.

—¿Por qué no te quedaste con el que tenías? —deseó saber Laura.

—Lo cambié por estos potros el pasado otoño —le explicó. —Sabía que podía domarlos en invierno con el trineo pequeño, pero cuando llegó la primavera necesitaba un coche. Si ya hubiese tenido uno, hubiera ido a verte antes de ahora.

Mientras hablaban, condujo entre los lagos, dio la vuelta al Henry y giró en dirección Norte hacia la pradera. De vez en cuando veían alguna cabaña de concesión. Algunas tenían incluso establo adjunto y un campo arado cerca.

—Este país se está asentando rápidamente —comentó Almanzo, al tiempo que daban la vuelta hacia el Oeste a lo largo de Silver Lake o sea hacia la concesión de papá.— Hemos viajado sólo unas cuarenta millas y debemos haber visto unas seis casas.

El sol ya estaba bajo por el Oeste cuando él la ayudó a bajar del coche delante de la puerta de su casa.

—Si te gusta pasear en buggy al igual que en trineo, volveré el próximo domingo.

—Me gustan los paseos en coche, contestó Laura. De golpe, se sintió tímida y se apresuró a entrar en casa.

Capítulo Veinte

NELLIE OLESON

—Os digo —sentenció mamá —que nunca llueve, si no es a torrentes.— Era extraño, pero el martes al anochecer, un joven que vivía relativamente cerca, vino y le pidió a Laura si quería ir con él a pasear en buggy el próximo domingo. El jueves por la noche otro joven vecino le pidió lo mismo, también para el domingo. Y cuando regresaba a casa el sábado por la tarde, un tercer joven la alcanzó, la acompañó a casa en su carreta y le pidió si quería ir con él al día siguiente.

Aquel domingo Almanzo y Laura se dirigieron al Norte pasando las dos concesiones de Almanzo y llegaron a Spirit Lake. En su parcela de bosque no había construido nada, pero los árboles crecían bien. Los había plantado cuidadosamente y tenía que cuidarlos durante cinco años. Entonces, haría la solicitud definitiva y pasaría a ser dueño de la tierra. Los árboles subían mejor de lo que había esperado en principio. Explicó que si prosperaban en aquellas praderas, hubieran debido crecer de forma espontánea antes de ahora.

—Estos expertos del gobierno lo tienen todo planeado — explicó a Laura. —Van a cubrir estas praderas con árboles, desde Canadá hasta el Territorio Indio. Está todo definido en las oficinas, o sea, dónde debe haber árboles en el futuro y no puedes pasar a ser propietario excepto si te dedicas a ellos. Tienen razón en una cosa. Aunque sólo la mitad de estos viva, fecundarán toda la tierra y la transformarán en bosques, igual que aquellos del Este.

—¿Lo crees así? —le preguntó Laura asombrada. En cualquier caso, podía imaginarse aquellas praderas transformándose en bosques como los de Wisconsin.

—Bueno, el tiempo lo dirá —respondió él. —De cualquier modo, yo estoy haciendo mi parte. Mantendré vivos esos árboles si ello es humanamente posible.

Spirit Lake era hermoso y silvestre. Almanzo guió a lo largo de una playa arenosa en la que el agua era bastante profunda y las olas hacían espuma al ser agitadas por el viento precipitándose contra las rocas. Había un montículo indio y se decía que era un lugar de entierro, pese a que nadie sabía lo que podía haber en él. Crecían altos chopos y otros árboles aquí y allá.

De regreso, llegaron a la ciudad pasando por la parcela de Oleson que estaba a una milla aproximadamente de la de Almanzo. Laura no había visto la casa de Nellie Oleson y lo lamentó por ella al ver la cabaña tan pequeña, casi perdida entre la hierba y el viento. El señor Oleson no tenía caballos, únicamente una yunta de bueyes y el lugar no estaba, ni mucho menos, tan adelantado como el de papá. Laura apenas le dirigió una mirada puesto que no quería estropear el hermoso día por pensar siquiera en Nellie Oleson.

—Bueno, entonces adiós, hasta el próximo domingo —dijo Almanzo cuando la dejaba ante su puerta. A ella, ahora todo el territorio le parecía diferente, después de visitar los Lagos Henry y Thompson y Spirit Lake con su extraño montículo indio. Se preguntó cómo sería el próximo domingo.

El domingo por la tarde, mientras miraba como se acercaba el buggy vio, con sorpresa, que alguien más estaba con Almanzo. Se preguntó quién podría ser y pensó que quizá no querría ir de paseo esta vez.

Cuando los caballos se pararon a la puerta vio que Nellie Oleson iba con él. Sin esperar que Almanzo dijera algo Nellie gritó —¡Vamos Laura! ¡Ven con nosotros a pasear en coche!

—¿Necesitas ayuda Wilder? —preguntó papá yendo hacia los potros y Almanzo respondió que lo agradecería. Por tanto, papá sostuvo las bridas mientras Almanzo esperaba para ayudar a Laura a subir al buggy y sorprendidísima, ésta se lo permitió. Nellie se movió para hacerle sitio y también colaboró para que la manta protegiera el vestido marrón de Laura.

Mientras iban camino adelante, Nellie empezó a hablar. Admiró el coche, halagó los potros, proclamó lo bien que

conducía Almanzo y se extendió en comentarios positivos sobre el vestido de Laura. —¡Oh!, —dijo —Laura ¡Tu sombrerito es de lo más estupendo!— No se paró a esperar respuesta. Deseaba ver los Lagos Henry y Thompson ya que había oído hablar mucho de ellos; pensaba que el tiempo era de lo más magnífico, que el territorio era maravilloso pero que, desde luego, no había nada como el estado de Nueva York, aunque, por supuesto, esto no podía esperarse acá en el Oeste. ¿No era cierto?

—Por qué estás tan callada Laura? —le preguntó sin cesar de hablar, e inmediatamente continuó —Mi lengua no se hizo para estar ociosa. ¡Nació para no parar de hacer bla bla!

A Laura le dolía la cabeza; los oídos le zumbaban con el continuo ronroneo y, además, estaba furiosa. Almanzo parecía estar disfrutando el paseo. Por lo menos, su expresión era de que lo estaba pasando bien.

Llegaron a los Lagos Henry y Thompson. Continuaron a lo largo de la estrecha lengua de tierra entre los dos. Nellie opinó que los lagos eran absolutamente "atractivos"; le agradaban, le gustaba el agua, los árboles y las plantas y, encima, adoraba el ir de paseo los domingos por la tarde; también creía que esto era totalmente "fascinante".

El sol estaba bastante bajo cuando regresaron y dado que la casa de Laura quedaba más cerca, pararon primero allí.

—Vendré al próximo domingo —dijo Almanzo mientras ayudaba a Laura a apearse del coche y, antes de que Laura pudiese contestar, Nellie intervino —¡Oh si! ¡Vendremos a por ti! ¿Verdad que lo has pasado bien? ¡Ha sido divertido! ¡Hasta el domingo entonces, no lo olvides, te recogeremos, adiós Laura, adiós!— Almanzo y Nellie se alejaron hacia la ciudad.

Durante toda la semana Laura debatió consigo misma si debía ir o no. No le causaba ningún placer el salir en coche con Nellie. Por otra parte, si rehusaba, Nellie estaría satisfecha puesto que era justamente lo que deseaba. Nellie confiaba encontrar algún modo de ir a pasear con Almanzo cada domingo.

Laura decidió ir con ellos.

El paseo del otro domingo empezó muy parecidamente al anterior. La lengua de Nellie no paró de hacer bla bla.

Estaba de humor alegre parloteando y riéndole a Almanzo y casi ignorando a Laura. Se sentía segura de triunfar porque le constaba que Laura no aguantaría mucho tiempo esta situación.

—Oh, tienes estos salvajes potros muy bien domados, los manejas maravillosamente— cloqueó, apoyándose en el brazo de Almanzo.

Laura se inclinó para ajustar más el cobertor de los pies y cuando se enderezó dejó que, descuidadamente, el extremo flotara fuera del coche contra el viento de la pradera. Los potros dieron un salto y echaron a correr.

Nellie gritó y gritó, agarrándose al brazo de Almanzo que, sin duda, lo necesitaba muchísimo para emplearlo en aquel momento. Laura recogió el flotante paño y se sentó encima.

Cuando dejó de flotar tras ellos, los potros se calmaron y volvieron a reemprender su bien entrenado trote.

—¡Oh! Nunca he tenido tanto miedo, jamás en mi vida estuve tan atemorizada —Nellie volvió a parlotear entre jadeos. —Los caballos son algo tan salvaje. ¡Oh, Mannie! ¿Por qué hicieron esto? No les permitas hacerlo otra vez.

Almanzo miró de soslayo a Laura y no dijo nada.

—Los caballos van bien si les comprendes —remarcó Laura. —Pero supongo que estos no son como los de Nueva York.

—Oh, yo nunca entenderé estos caballos del Oeste. Los de Nueva York son tranquilos —dijo Nellie y rápidamente empezó a hablar de Nueva York. Habló como si lo conociera muy bien. Laura no sabía nada del estado de Nueva York y le constaba que Nellie tampoco tenía idea y que, sin embargo, Almanzo sí que lo conocía.

Se estaban acercando a la curva que llevaba a casa cuando Laura dijo —Estamos muy cerca de los Boast. ¿No crees que valdría la pena verlos?

—Si te agrada... —dijo Almanzo. En lugar de girar hacia el Oeste condujo directamente al Norte, cruzó las vías del ferrocarril y siguió hacia la pradera, en dirección la parcela del señor Boast. El señor y la señora Boast se acercaron al buggy.

—Bien, bien, o sea que el coche lleva a tres —bromeó el señor Boast, brillándole los negros ojos. —Es un asiento más

grande que el del pequeño trineo. El cutter fue construido para dos.

—Los buggies son diferentes —explicó Laura.

—Parecen... —empezó el señor Boast, pero la señora interrumpió, —¡Vamos Rob! —exclamó. —Harías mejor en pedir a los amigos que se apeen y se queden un ratito.

—No podemos quedarnos —dijo Laura. Sólo hemos parado un momento.

—Hemos salido a dar un paseo —aclaró Almanzo.

—Entonces daremos la vuelta aquí —intervino Nellie con autoridad.

Laura replicó rápidamente —Vamos un poquito más lejos. Nunca he estado en este camino. ¿Tenemos tiempo de ir algo más lejos Almanzo?

—Hay un buen camino hacia el Norte —dijo el señor Boast. Sonrió a Laura con los ojos. Ella estaba segura que él adivinaba lo que pasaba por su mente y también con los ojos le sonrió al tiempo que Almanzo ponía en marcha a los potros hacia el Norte. Más allá del terreno del señor Boast cruzaron hacia el Noreste. Una carretera giraba hacia la ciudad pero estaba húmeda y llena de baches, tal como Laura sospechó que lo estaría y, por tanto, continuaron hacia el Norte.

—Esto es estúpido y además nada divertido; ¿a esto le llamáis una buena carretera? —se quejó Nellie.

—Hasta ahora está bien —dijo Laura suavemente.

—¡Bueno! ¡No vendremos por aquí de nuevo! —espetó Nellie. A continuación, recuperó su vivacidad diciéndole a Almanzo cuánto le agradaba ir a cualquier parte con tan buen conductor y el formidable tiro.

Otra carretera se desviaba hacia el Oeste y Almanzo hizo que los caballos la tomaran. La casa de Nellie estaba a poca distancia. Cuando la ayudaba a apearse del buggy, ante su puerta, ella sostuvo su mano unos instantes, asegurándole lo mucho que había disfrutado el paseo.— Iremos por otros caminos el próximo domingo, ¿verdad Mannie?

—Oh, me sabe mal haber sugerido que fuéramos por esa ruta Nellie, viendo que no te ha sentado bien —dijo Laura; Almanzo únicamente dijo —Adiós— y volvió a su sitio al lado de Laura.

Hubo silencio entre ellos durante un ratito, mientras viajaban hacia la ciudad. Laura dijo —Temo que te he retrasado en tus tareas al querer ir por aquella carretera.

—No tiene importancia —le aseguró él. —Los días y las noches son tan largos como siempre y, además, no tengo ninguna vaca.

Una vez más quedaron en silencio. Laura creyó que ella era una compañía aburrida comparada con la dicharachera Nellie, pero estaba determinada a que Almanzo decidiera por sí mismo. Ella nunca intentaría sujetarle, pero no permitiría que ninguna otra chica la fuera apartando poco a poco sin que él se diera cuenta.

Ya en casa, mientras Almanzo y Laura estaban junto al coche, él dijo —¿Supongo que volveremos a salir el próximo domingo?

—No iremos todos —respondió Laura. —Si deseas llevar a Nellie de paseo, hazlo, pero no vengas a recogerme. Buenas noches.

Quietamente entró en casa y cerró la puerta.

A veces, cuando caminaba hacia la escuela, al pasar por la hondonadita que cada día estaba más verde con las hojas de las violetas y azul con sus flores, Laura se preguntaba si Almanzo vendría el próximo domingo. Otras veces, mientras sus discípulos se afanaban diligentemente a estudiar, ella levantaba la vista de su propio estudio y miraba las sombras de las nubes moviéndose sobre la soleada hierba que se veía por la ventana, al tiempo que también se hacía la misma pregunta. Si no venía, pues bien, no venía; eso era todo. Sólo tenía que esperar hasta el próximo domingo.

El sábado fue a la ciudad y cosió durante todo el día para la señora Bell. Papá trabajaba fuera para hacer un campo de trigo más grande. Laura se paró en la oficina de correos para ver si había alguna correspondencia y, efectivamente, ¡había una carta de Mary! Apenas podía esperar a llegar a casa para oír como mamá la leería, porque seguramente diría que Mary regresaba al hogar.

Nadie había escrito a Mary acerca de la nueva sala y el órgano, que la estaban esperando. Nadie de la familia había

tenido jamás una sorpresa como la que para Mary significaría el órgano.

—¡Oh mamá! ¡Carta de Mary! —gritó al entrar rápidamente.

—Yo terminaré de hacer la cena, mamá. Tu léela —dijo Carrie.

Mamá tomó una aguja de su cabello y mientras abría el sobre con sumo cuidado se sentó para leer la carta. Desdobló la hoja de papel y empezó a leer. Pero pareció como si toda la luz huyera de la casa.

Carrie echó a Laura una mirada temerosa y al cabo de un momento ésta preguntó suavemente —¿Qué sucede mamá?

—Mary no quiere venir a casa —dijo mamá. Y rápidamente añadió —Lo digo mal. Pregunta si puede pasar sus vacaciones con Blanche en casa de ésta última. Mueve las patatas, Carrie o no quedarán bien.

A lo largo de la cena hablaron del tema. Mamá leyó la carta en voz alta. Mary escribía que la casa de Blanche no estaba lejos de Vinton y que a ésta le agradaría mucho que Mary la visitara. Su madre también le escribiría a mamá a fin de invitar a Mary. A ésta le gustaría ir, si papá y mamá lo autorizaban.

—Creo que debería hacerlo —dijo mamá. —Será un cambio que le hará bien.

Papá dijo —Bueno— y con esto el asunto quedó solventado. Mary no vendría a casa este año.

Más tarde, mamá le dijo a Laura que se quedaría en casa cuando terminara los estudios y que bien pudiera ser que no tuviese otra oportunidad de viajar. Era bueno que pudiese pasar esta agradable temporada y hacer nuevos amigos mientras era joven. —Tendrá algo para recordar —dijo mamá.

Pero aquel sábado por la noche Laura sintió que nada iba a ser lo mismo otra vez. Por la mañana, pese a que el sol brillaba y las alondras cantaban, ello no le significó nada y mientras se dirigían a la iglesia en la carreta se dijo que el resto de su vida iría siempre en carreta. Estaba segura de que Almanzo llevaría a Nellie Oleson a pasear.

No obstante, de regreso en casa, no se quitó el vestido marrón sino que se puso su gran delantal, igual que había hecho anteriormente. El tiempo pasó muy lentamente pero al fin dieron las dos y al mirar por la ventana Laura vio que los potros se acercaban rápidamente por la carretera de la ciudad. Aflojaron el trote y se pararon ante la puerta.

—¿Te gustaría dar un paseo en el buggy? —preguntó Almanzo a Laura que estaba en la puerta.

—¡Oh sí! —contestó ésta. —Estaré lista en un instante.

Su propia cara la contempló desde el espejo, sonriente y arrebolada, mientras se ataba la cinta azul bajo la oreja izquierda.

Ya en el buggy preguntó —¿No iba a venir Nellie?

—No lo sé —replicó Almanzo. Tras una pausa dijo con disgusto —Tiene miedo de los caballos—. Laura no dijo nada y al cabo de un instante él prosiguió —No tenía que haberla llevado la primera vez, pero la vi caminando por la carretera. Iba a pie hasta la ciudad para ver a alguien, pero dijo que preferiría venir con nosotros. Los domingos en su casa son tan largos y solitarios que lo lamenté por ella y, encima, pareció agradarle muchísimo el paseo. Yo no sabía que vosotras dos no os gustabais mutuamente.

Laura estaba sorprendidísima al ver que un hombre que sabía tanto de granjas y de caballos pudiera saber tan poco

acerca de una chica como Nellie. Pero solamente comentó —No, tu no podías saberlo porque no fuiste a la escuela con nosotros. Te diré lo que me gustaría hacer: desearía llevar a Ida con nosotros.

—Lo haremos alguna vez —acordó Almanzo. —Pero hoy está muy bien así, solamente nosotros.

Era una hermosa tarde. El sol era casi demasiado cálido y Almanzo dijo que los potros ya estaban tan bien domados que se podía alzar la capota del buggy. Ambos a la vez la levantaron y colocaron los encajes en su lugar para asegurarla. Pasearon bajo la sombra que proyectaba con el viento penetrando suavemente por los laterales abiertos.

A partir de aquel día, no se habló más acerca del próximo domingo, pero siempre a las dos, Almanzo salía de la esquina del granero de Pearson y Laura ya estaba lista cuando él llegaba a la puerta. Papá levantaba la vista de su periódico, le hacía un gesto de asentimiento y despedida y continuaba leyendo. Mamá solía decir —No regreses demasiado tarde Laura.

Llegó el mes de Junio y florecieron las rosas silvestres de la pradera. Laura y Almanzo recogieron muchas a lo largo del camino y llenaron el buggy con sus fragantes capullos.

Un domingo a las dos, la esquina del granero de Pearson permaneció vacía. Laura no podía imaginarse lo que hubiera podido suceder hasta que, súbitamente, los potros llegaron a su puerta e Ida estaba en el buggy riendo alegremente.

Almanzo había ido a casa del Reverendo Brown y persuadió a Ida para que les acompañara. Para dar una sorpresa había efectuado un desvío por el Oeste de la carretera de la ciudad y esto les llevó un poco al Sur de la casa y mientras Laura miraba hacia el Norte, ellos habían llegado de la dirección opuesta.

Aquel día fueron al Lago Henry y fue un paseo de lo más alegre. Los potros se comportaron estupendamente. Estuvieron muy quietos mientras Ida y Laura se llenaban los brazos con rosas silvestres y volvían a subir al buggy. Mordisqueaban las hierbas mientras Almanzo y las muchachas contemplaban las olitas que estremecían ligeramente las playas de ambas riberas de los lagos.

El camino era tan estrecho y tan bajo que Laura observó —Supongo que el agua debe pasar al camino alguna vez.

—No desde que yo lo conozco —contestó Almanzo —pero quizá hace muchísimos años los dos lagos eran uno solo.

Durante un rato se sentaron en silencio y Laura pensó lo bonito y salvaje que debió haber sido aquello cuando los lagos gemelos eran uno solo, cuando el búfalo y el antílope pacían en la cercana pradera y venían al gran lago a beber, cuando los lobos, coyotes y zorros vivían en las orillas y los gansos, cisnes, patos y grullas anidaban, pescaban y volaban en cantidades incontables.

—¿Por qué suspiras? —indagó Almanzo.

—¿De veras lo hice? —dijo Laura. —Estaba pensando que todos los animales salvajes se marchan cuando la gente llega. Ojalá y no fuese así.

—Mucha gente los mata —dijo él.

—Lo sé —contestó Laura —Y no puedo comprender por qué.

—Esto es muy hermoso —afirmó Ida —pero estamos muy lejos de casa y prometí a Elmer que iría a la iglesia con él esta noche.

Almanzo tiró de las riendas y habló a los potros mientras Laura preguntaba —¿Quién es Elmer?

—Es un joven que tiene una concesión cerca y que se hospeda en nuestra casa —le explicó Ida. —Quería que fuese a pasear con él esta tarde pero pensé que preferia ir con vosotros. No habéis visto nunca a Elmer... McConnell —recordó añadir.

—Hay tanta gente nueva que ni tan siquiera puedo casi acordarme de los que conozco —comentó Laura.

—Mary Power va con el nuevo empleado del banco de Ruth —le dijo Ida.

—¿Pero y Cap? —preguntó Laura.— ¿Qué pasa con Cap Garland?

—Cap se ha prendado de una chica nueva que vive al Oeste de la ciudad —les dijo Almanzo.

—¡Oh! Creo que es una lástima que ya no vayamos en grupo —se lamentó Laura. —Las reuniones en trineo eran muy divertidas, pero ahora todo el mundo está emparejado.

—Oh, bueno —contestó Ida. —En primavera, la fantasía de los jóvenes se dirige a pensamientos amorosos.

—Sí, tal vez sea esto —y Laura rompió a cantar.

Oh, silba y vendré hacia ti, muchacho mío
Oh, silba y vendré hacia ti, muchacho mío
Aunque padre y madre se enfaden,
Oh, silba y vendré hacia ti, muchacho mío.

—¿Lo harías? —preguntó Almanzo.

—Por supuesto que no! —respondió Laura. —Sólo es una canción.

—Será mejor que le silbes a Nellie; ella vendría —bromeó Ida, aunque a continuación afirmó más seriamente. —Pero tiene miedo de estos caballos. Dice que no son seguros.

—Laura rió con deleite. —Eran un poquitín salvajes la vez que ella vino con nosotros.

—Pero no puedo entenderlo. Son perfectamente afables —insistió Ida.

Laura se limitó a sonreír y aseguró el cobertor. Se dio cuenta de que Almanzo la miraba de reojo por detrás de la cabeza de Ida y ella hizo que su mirada chispeara al mirarle. No le importaba que él supiera que ella había asustado a los potros para meter miedo a Nellie y que, además, lo había hecho a propósito.

Todo el camino de regreso lo pasaron hablando y cantando hasta que llegaron a casa de Laura y al dejarles, ella preguntó —¿No vendrás con nosotros el próximo domingo, Ida?

Ruborizándose, Ida contestó —Me gustaría, pero... creo..., creo que voy a ir a pasear con Elmer.

Capítulo Veintiuno

BARNUM Y SKIP

Había terminado el mes de Junio y también la escuela de Laura. El órgano ya estaba pagado. Laura aprendió a tocar unos cuantos acordes acompañando el violín de papá, pero prefería escucharle a él; después de todo, el órgano era para que Mary disfrutara cuando regresara a casa.

Una noche papá dijo —Mañana es el *Cuatro de Julio*. ¿Queréis ir a la celebración de la ciudad?

—Oh no, hagamos igual que el año pasado —dijo Carrie. —No quiero estar en medio de una multitud que tira petardos. Me agradaría más hacerlo en casa.

—Yo quiero mucho azúcar cande y dulces aquí en casa —intervino Grace.

—Supongo que Wilder pasará por aquí con su tronco y el buggy, ¿No es así Laura? —preguntó papá.

—No ha dicho nada acerca de ello —contestó Laura.— Pero en cualquier caso, no me apetece ir a la celebración de la ciudad.

—¿Hay unanimidad Caroline? —deseó corroborar papá.

—Por supuesto, si tú estás de acuerdo con las niñas — Mamá sonrió a todos.— Prepararé una comida de celebración y las chicas me ayudarán a cocinarla.

A la mañana siguiente todos estuvieron muy ocupados. Hornearon pan fresco, un pastel y un dulce de dos huevos. Laura fue al huerto y con las manos cavó cuidadosamente buscando patatas nuevas. Recogió las suficientes para la comida, sin dañar ninguna planta y respetando las raíces. Recogió los primeros guisantes buscando con cuidado los más idóneos.

Mamá terminó de freír pollo mientras las patatas nuevas y los guisantes se cocían con un añadido de crema. La comida del Cuatro de Julio quedó lista, todo menos el té, que se hizo cuando papá regresó de la ciudad. Trajo limones con el fin de tener limonada en la tarde, petardos para la noche y azúcar cande para postres.

Mientras le daba los paquetes a mamá le dijo a Laura — Vi a Almanzo Wilder en la ciudad. Él y Cap Garland estaban enganchando un nuevo tronco. Ese joven ha equivocado su vocación. Debería ser domador de leones. Esos caballos son más salvajes que los halcones. Me encargó te dijese si querías ir a dar un paseo en buggy esta tarde y que estés lista para saltar en cuanto él llegue porque no podrá salir a ayudarte. Añadió que te advirtiese que se trata de un nuevo tiro que hay que domar.

—¡Creo que intenta romperte el cuello! —comentó mamá.

—Y espero que se rompa el suyo antes.

Esto era tan impropio de la afabilidad de mamá que todos se quedaron mirándola.

—Wilder podrá con los caballos Caroline. No te preocupes —dijo confiadamente papá. —Si alguna vez he visto un entendido en caballos es él.

—¿De verdad que no quieres que vaya, mamá? —preguntó Laura.

—Tienes que emplear tu propio criterio Laura —replicó mamá. —Si papá opina que es seguro, debe ser cierto.

Una vez hubieron saboreado lentamente la deliciosa comida, mamá dijo a Laura que dejara estar los platos y que fuese a ponerse su vestido, si es que pensaba ir a pasear en coche. —Yo haré el trabajo —aseguró.

—Pero tu ya has trabajado toda la mañana —objetó Laura. —Puedo hacerlo yo y todavía me quedará tiempo para cambiarme.

—Ninguna de vosotras necesita preocuparse de los platos —intervino Carrie. —Yo los lavaré y Grace los secará. Vamos Grace. Tu y yo somos más mayores que lo eran Mary y Laura cuando se ocupaban de estas cosas.

Por tanto Laura pronto estuvo lista y estaba ya en la puerta cuando Almanzo llegó. No había visto antes los caballos. Uno

era un bayo alto con la crin y la cola negra. El otro era un gran caballo marrón moteado de blanco. A un lado del cuello tenía una mancha clara que parecía un gallo y una nube blanca metida entre la negra crin aparentaba ser la cola de dicho gallo.

Almanzo frenó este extraño tronco y Laura se dirigió hacia el buggy pero el caballo marrón se puso súbitamente de manos golpeando el aire con sus cascos y al mismo tiempo, el bayo saltó hacia delante. Almanzo aflojó las riendas y al avanzar los caballos gritó —¡Regresaré!

Laura esperó mientras él conducía dando la vuelta a la casa. Cuando paró nuevamente, ella fue rápidamente al coche, pero tuvo que retroceder de nuevo al encabritarse el marrón y saltar el bayo.

Papá y mamá estaban junto a Laura; Carrie, desde la puerta tenía en las manos un trapo de cocina y Grace a su lado lo miraba todo. Se quedaron esperando mientras Almanzo guiaba el tiro otra vez alrededor de la casa.

Mamá dijo —Es mejor que no trates de ir Laura.— Pero papá le aseguró —Caroline, todo irá bien. Wilder sabrá manejarlos.

Esta vez, cuando Almanzo paró los caballos los puso algo de lado quedando colocado el buggy de manera que Laura tuviese una oportunidad mejor de montarse. —Rápido —dijo él.

Laura se movió velozmente. Con la mano derecha asió una abrazadera de la capota, puso el pie derecho en el estribo y al tiempo que el moteado se encabritaba y el bayo arrancaba, su pie izquierdo entró en el buggy y pudo semisentarse. Se acomodó con el coche ya en marcha y cubrió su vestido con el cobertor.

—¡No toques la capota! —exclamó Almanzo y por el momento permanecieron callados. Él estaba muy ocupado manteniendo el control de los caballos y Laura procuró empequeñecerse en el asiento para apartarse de sus brazos, que ahora tanto necesitaba para contener y guiar el tronco.

Fueron hacia el Norte porque estaban ya enfocados en esa dirección. Mientras atravesaban la ciudad Laura vio mucha gente que se apartaba rápidamente de su camino y vislumbró la sonrisa de Cap Garland cuando la saludó con la mano.

Más tarde pensó con satisfacción que menos mal que se había cosido las cintas de su sombrerito; estaba segura de que los alfileres hubieran cedido.

Los caballos se pusieron a un trote rápido y Almanzo observó —Decían que no te montarías, pero Cap afirmó lo contrario.

—¿Apostó que lo haría? —preguntó Laura.

—Yo no lo hice, si eso es lo que deseas saber —contestó él. —Yo no apostaría tratándose de una dama. En cualquier caso, no estaba seguro de cómo tomarías este circo que estoy conduciendo.

—¿Qué ha pasado con los potros? —inquirió Laura.

—Los vendí.

—Pero Prince y Lady... —Laura vaciló. —No es que yo critique estos caballos, sólo me pregunto si sucede algo anormal con Prince y Lady.

Nada va mal. Lady tiene un potrillo y Prince no va tan bien sin Lady. Tuve una oferta de trescientos dólares por los potros, que eran sin duda una buena pareja, un tronco muy bien domado y valioso y no puedes asegurarte un buen precio todos los días. Este par me ha costado sólo doscientos dólares, lo cual arroja un beneficio neto de cien dólares y creo que podré venderlos por más de lo que yo he pagado, si así quiero hacerlo cuando estén domados. Opino que será divertido domarlos, ¿no lo crees así?

—¡Oh sí! —ratificó Laura. —Les enseñamos a ser amables.

—Eso es lo que me figuré. A propósito, el moteado se llama Barnum y el bayo es Skip. No iremos por la zona de picnic; los petardos los volverían locos —explicó Almanzo.

Los caballos anduvieron milla tras milla a un trote rápido, siguiendo la ruta que cruzaba la pradera. Había llovido la noche anterior y se habían formado charcos en algunos sitios del camino, pero Barnum y Skip se negaron a mojarse las patas. Saltaban esquivando el agua y el buggy casi volaba. No cayó ni una salpicadura en el sombrerito de Laura.

El sol del Cuatro de Julio era fuerte y Laura se preguntaba por qué Almanzo no sugería que se alzara la capota, pero finalmente explicó —Lo lamento, pero si alzamos la capota, los caballos se pondrán frenéticos y no sé si podría contenerlos.

Entre Cap y yo no podíamos engancharlos, hasta que finalmente bajamos la capota.

Fueron por la pradera bajo el cálido sol; el viento era suave y las blancas nubecillas navegaban por el cielo muy azul. Llegaron a Spirit Lake, lo rodearon y se alejaron más. Por diferentes caminos regresaron a casa.

—Hemos recorrido sesenta millas —dijo Almanzo cuando se estaban acercando a casa. Creo que los caballos se mantendrán quietos cuando te apees. No me atrevo a ayudarte por miedo a que se me escapen.

—Puedo hacerlo sola —aseguró Laura. —No dejes que se te vayan. ¿No te quedarás a cenar?

—Me gustaría mucho, pero tengo que llevarlos a la ciudad antes de pararlos del todo y así Cap me ayudará a desenganchar. Bien, ya estamos aquí. No toques la capota mientras te apeas.

Laura lo intentó, pero no pudo evitar el moverla un poco. Barnum se encabritó, Skip saltó y allá fueron como un rayo.

Cuando Almanzo vino al domingo siguiente, Laura ya sabía lo que tenía que hacer. Se dio prisa y consiguió subir al coche la primera vez que los caballos se detuvieron.

Estaban en dirección Este y allá se dirigieron. Al cabo de un rato, los animales se calmaron un tanto y Almanzo los condujo por un camino distinto dirigiéndose a los lagos gemelos. Rápidamente y sin encabritarse ni hacer extraños pasaron por la estrecha senda que corría entre los lagos y después trotaron más equilibradamente.

—Los he sacado algo esta semana y creo que están empezando a asimilar la idea de que es preferible que se comporten bien —remarcó Almanzo.

—Pero no será tan divertido cuando lo hagan —se medio quejó Laura.

—¿Así lo crees? Bien, vamos a enseñarles para qué sirve la capota de un buggy. ¡Vamos a ello!

Apenas sin tiempo para desempeñar su parte, Laura sujetó su extremo del soporte de la capota y lo levantó, al mismo tiempo que Almanzo lo hacía en su lado. Rápidamente la colocó en su posición haciendo lo mismo que él efectuaba. La capota ya estaba subida y firmemente

sujeta en su lugar y todo ello fue hecho en unos pocos segundos.

Skip saltó hacia delante y Laura contuvo la respiración cuando Barnum se encabritó. Arriba, arriba, con los cascos golpeando el aire, más arriba todavía, mostrando todo lo largo de su enorme lomo y echándose hacia atrás peligrosamente. Cada vez estaba más cerca y en un instante caería de espaldas contra el buggy. De golpe, dando un gran salto hacia delante, Barnum bajó y corrió velozmente con Skip. El buggy osciló con la rapidez del galope y el miedo aún les hacía aumentar la velocidad.

Los brazos de Almanzo estaban rígidos sosteniendo las riendas, que se veían tan tirantes como cables de acero; Laura se hundió en el asiento y contuvo la respiración deseando que no se rompieran.

Al fin, los caballos se cansaron y se pusieron a un trote corto. Almanzo respiró fuertemente y se relajó. —¿Ha ido mejor? —preguntó sonriendo a Laura.

Ésta rió algo entrecortadamente. —Mucho mejor, ya que los arneses han aguantado.

—Resistirán. Los hice fabricar a conciencia y a medida en la tienda de Schaub. Todo es de cuero sólido, con cosido doble a la cera. A su debido tiempo, estos caballos aprenderán la diferencia entre correr y escaparse —explicó confiadamente. —Eran animales "de fuga".

—¿Ah sí? —dijo Laura, aunque su risa todavía sonaba vacilante.

—Sí, es por esto que los conseguí tan baratos. Saben correr, pero no se van a escapar de nosotros. Dentro de un tiempo aprenderán que eso no es posible, cesarán de intentarlo y se convertirán en un buen tronco.

—La capota todavía está alzada y sigue dándoles miedo. ¿Cuándo y cómo vamos a bajarla? —deseó saber Laura.

—No necesitamos hacerlo. Sólo ten cuidado en no agitarla cuando te apees. La dejaré arriba.

El momento más peligroso, al subir o al bajar, era cuando ella se encontraba prácticamente entre las ruedas. Tenía que ser más rápida que los caballos y procurar que las ruedas no la pillaran.

Cuando Almanzo paró los caballos en su puerta, Laura pasó cuidadosamente entre los soportes, sin tocarlos para nada y, muy aprisa, bajó al suelo. Su falda susurró, los caballos arrancaron y salieron disparados.

Cuando entró en casa, se sorprendió al ver que tenía las rodillas débiles. Papá la miró.

—Sana y salva en casa de nuevo —dijo.

—No hay el menor peligro —aseguró Laura.

—No, desde luego que no, pero a pesar de todo, me sentiré mejor cuando esos caballos están más tranquilos. Supongo que vas a salir el próximo domingo.

—Así lo creo —contestó Laura.

Al otro domingo los caballos estaban mucho más calmados. Se quedaron inmóviles mientras Laura se encaramaba al coche. Arrancaron velozmente y se pusieron al trote rápido. Almanzo los llevó a través de la ciudad y hacia el Norte. A medida que las millas iban quedando atrás, sus lomos se oscurecieron con el sudor.

Suavemente, Almanzo intentó ponerlos al paso. —Mejor que aflojéis muchachos, estaréis más tranquilos y menos sudorosos —les dijo, pero rehusaron acortar la velocidad. —Bueno, bien, si deseáis correr, no os hará daño —añadió.

—Hace muchísimo calor —dijo Laura, apartando el flequillo de la frente para que el viento la refrescara. La potencia del sol era muy intensa y extrañamente asfixiante.

—Podemos poner la capota —insinuó Almanzo con alguna duda.

—¡Oh, no! —se opuso Laura. —Ya tienen bastante calor sin necesidad de que salgan disparados... bueno, sin que corran —se corrigió.

—El día es muy caluroso y se excitan —explicó Almanzo. —Tal vez no les perjudicara pero prefiero no arriesgarme, si no te importa aguantar el sol.

A medida que pasaba el tiempo los caballos trotaban más lentamente, pero no querían ir al paso; seguían una marcha firme y por último Laura sugirió emprender el regreso a casa más pronto de lo normal, debido a las condiciones atmosféricas.

El viento empezó a soplar a ráfagas desde todas direcciones y las nubes de tormenta se arremolinaron en el Oeste. Almanzo estuvo de acuerdo.— Parece que va a llover.

Encarado el camino de regreso, los caballos trotaron más aprisa pero el recorrido era largo. Se alzaron invisibles remolinos que retorcían la hierba en círculos, como si dedos invisibles estuvieran trabajando en ella.

—Demonios del polvo —remarcó Almanzo —sólo que no hay polvo y únicamente hierba. Se dice que es un signo seguro de que se aproxima muy mal tiempo.

Las nubes se hacían más densas y todo el cielo estaba tormentoso. El sol arrojaba furiosos rayos rojos a través de negras nubes cuando Laura llegó a casa. Almanzo se marchó rápidamente para poder llegar a su parcela y arreglarlo todo antes de que se pusiese a llover.

Pero la tormenta no llegó. Vino la noche, negra y opresiva, pero sin lluvia y Laura durmió inquieta. De pronto se despertó envuelta en una luz brillante. Mamá estaba a su lado sosteniendo una lámpara. Sacudió a Laura por el hombro.

—¡Rápido Laura! —dijo. —Levántate, ayuda a Carrie a vestirse y ven enseguida. Papá dice que viene una gran tormenta.

Laura y Carrie agarraron sus vestidos a toda prisa y siguieron a mamá que sostenía a Grace, sus ropas y una manta y corría velozmente hacia la abierta trampilla de la bodega.

Bajad muchachas. Rápido, daos prisa, les ordenó. Velozmente se metieron en el pequeño recinto bajo la cocina.

—¿Dónde está papá? Preguntó Laura.

Mamá apagó la lámpara. Está fuera vigilando las nubes. Puede llegar aquí muy aprisa ahora que ya estamos todas abajo y sin estorbarle.

—¿Por qué apagaste la lámpara mamá? —saltó Grace.

—Vestíos lo mejor que podáis chicas —aconsejó mamá. —No necesitamos la lámpara Grace; no queremos correr ningún riesgo de incendio.

Les era posible oír el rugir del viento que sonaba con un tono extraño. Resplandores de rayos rompían la oscuridad. La cocina encima de ellos se iluminaba por momentos con una gran luz y a continuación la oscuridad parecía más negra y presionaba las órbitas de los ojos.

Mamá vistió a Grace mientras que Laura y Carrie se fueron arreglando como pudieron. Se sentaron en el suelo de tierra apoyadas en la pared y esperaron.

Laura sabía que estaban más seguras en la bodega, pero le era difícil sobrellevar la sensación de cerrado y de estar bajo tierra. Deseaba salir afuera con papá, arrostrar el viento y contemplar la tormenta. El viento rugía, los relámpagos llenaban sus ojos con resplandores y oscuridad. Por encima de sus cabezas, el reloj tocó la una.

Dio la impresión de haber transcurrido un largo tiempo antes de que la voz de papá brotara de la oscuridad. —Ya podéis subir Caroline. La tormenta ha pasado de largo al Oeste de nosotros, entre aquí y las Wessington Hills.

—Oh papá, ¿no se habrá acercado tanto como para afectar al Reverendo Brown, verdad? —preguntó Laura.

—No. Dudo que esta casa hubiese podido resistir si se hubiera acercado tanto —respondió papá.

Entumecidas y heladas de estar sentadas incómodamente tanto rato en la fría bodega, volvieron a meterse gustosamente en sus camas.

Durante todo el mes de Agosto el tiempo fue muy caluroso y hubo bastantes tormentas. Varias veces mamá tuvo que despertar y levantar a Laura y Carrie en plena noche para bajar a la bodega con ellas y con Grace mientras papá vigilaba las nubes. El viento soplaba con terrible fuerza pero siempre fue directo de paso hacia el Oeste.

Aunque estaba atemorizada por estas terribles noches, Laura experimentó un raro placer al notar la salvaje fuerza del viento, la horrible belleza de los rayos y el estruendo de los truenos.

Por la mañana todos estaban cansados y con los ojos muy pesados. Papá comentó —Parece ser que tenemos que soportar muchas tormentas eléctricas. Si no aparecen como ventiscas en invierno, las tenemos en forma de ciclones y rayos de verano.

—No podemos hacer nada acerca de ello, y por tanto, debemos aceptarlo tal como viene —respondió mamá.

Papá se levantó de la mesa, se estiró y bostezó. —Bien, puedo recuperar el sueño cuando haya pasado la estación de

los ciclones. Ahora tengo que segar la avena —y diciendo esto se marchó a trabajar.

Segaba la avena y el trigo con los viejos aperos. Una cultivadora costaba más dinero del que tenía y no quería endeudarse.

—El obtener una hipoteca sobre todo lo que posees para comprar una máquina de doscientos dólares y pagar el diez por ciento de intereses sobre la deuda arruina a un hombre— dijo. —Dejemos que esos jóvenes inexpertos se metan en deudas a cambio de maquinaria y arruinen toda su tierra. Yo voy a dejar que crezca la hierba y criaré ganado.

Desde que vendió la ternera de Ellen para poder mandar a Mary a la universidad, había comprado otra vaca. La terneri-lla de Ellen había crecido, al igual que otras y ahora ya tenía seis vacas y novillas además de las de este año y por ello, necesitaba una gran cantidad de hierba y de heno.

El último domingo de Agosto, Almanzo llegó conduciendo únicamente a Barnum. Este se encabritó pero Laura fue muy veloz y cuando los cascos del animal tocaron nuevamente el suelo, ella ya estaba segura en el asiento del buggy.

Cuando Barnum llegó a la ciudad poniéndose al trote Almanzo le explicó — Quiero domarle para que tire solo. Es grande, fuerte y tiene un aspecto tan magnifico que tendrá más valor como solista que como tronco. Pero tiene que dejar de hacer estos arranques.

—Es una belleza —aprobó Laura —y creo que en el fondo es afable. Déjame guiarle, me gustaría ver si soy capaz.

Almanzo pareció dudar, pero le pasó las riendas. —Manténlo tirante —aconsejó. —No le permitas que te domine.

Hasta aquel momento, Laura no se había dado cuenta de lo pequeñas que eran sus manos. Se las veía minúsculas en comparación a las poderosas riendas de cuero, pero ella era fuerte. Condujo hasta pasar la esquina del granero y subió por Main Street con Barnum trotando tan aprisa como podía.

—Te has dado cuenta como se paran y miran —preguntó Almanzo. Nunca se hubieran imaginado ver a una mujer conduciendo este caballo.

Laura solo veía a Barnum. Atravesó las vías del tren y siguió por Poverty Flat, la parte nueva de la ciudad. Pero ya

empezaban a cansársele los brazos y al poco rato le devolvió las riendas a Almanzo.

—Cuando se me hayan descansado los brazos quiero conducir otra vez —le dijo.

—Por supuesto —le prometió. —Puedes conducir todo lo que quieras. Así también descanso yo los brazos.

Cuando volvió a tomar las riendas, las sintió vivas. A través de ellas notaba la boca de Barnum. Una especie de estremecimiento las recorría hasta llegar a sus manos. —Creo que Barnum sabe que lo estoy guiando yo —manifestó Laura con sorpresa.

—Por supuesto que lo sabe. Tampoco tira tanto. ¡Obsérvalo¡ —Almanzo tomó las riendas e inmediatamente se pusieron más tirantes y parecieron estirarse.

—Conmigo se apoya en el bocado —explicó Almanzo. De pronto cambió de tema. —¿Te has enterado que Clewett tu antiguo maestro va a iniciar una escuela de canto?

Laura no sabía nada. Almanzo continuó —Me gustaría que fueras conmigo, si quieres.

—Me agradaría mucho —contestó ella.

—De acuerdo, el próximo viernes por la noche. Vendré por tí a las siete—. Volvió a cambiar —Tiene que aprender a andar. Nunca ha sabido hacerlo desde que se le engancha. Da la impresión que cree que si continuamente va aprisa podrá escaparse del buggy.

—Déjamelo llevar otra vez —pidió Laura. Le entusiasmaba el notar la boca de Barnum llegando a sus manos a través de las riendas. Era cierto que el animal no tiraba tan fuerte cuando ella lo guiaba.

—Realmente es amable —comentó Laura de nuevo, aunque sabía que siempre había sido un escapista.

Durante toda la tarde se turnó con Almanzo para conducir a Barnum y antes de pararse para dejarla en casa, él le recordó —Viernes por la noche a las siete. Traeré a Barnum solo y a lo mejor le da por actuar; por tanto estáte preparada.

Capítulo Veintidós

ESCUELA DE CANTO

La escuela empezó al otro día en el nuevo edificio de ladrillo en Third Street en plena ciudad. Era una casa de dos plantas y tenía dos maestros. Los niños pequeños ocupaban la planta baja y los mayores la de arriba.

Laura y Carrie estaban en el aula superior que les parecía extrañamente grande y vacía sin los niños pequeños. Sin embargo, casi todos los asientos estaban ocupados por chicos y chicas que ellas no conocían. Únicamente unos cuantos asientos de la parte de atrás quedaban vacíos y estos también se llenarían cuando el tiempo se volviera demasiado frío para trabajar en las granjas y los chicos mayores volvieran a la escuela.

En el descanso, Ida y Laura se quedaron mirando por la ventana a los niños que jugaban, al tiempo que charlaban con Mary Power y Minnie Johnson. Ida y Elmer también irían a la escuela de canto el viernes por la noche, lo mismo que Minnie, su hermano Arthur, Mary Power y su nuevo pretendiente Ed.

—Me pregunto porqué Nellie Oleson no viene a la escuela —comentó Laura e Ida le respondió —Ah, ¿pero no te has enterado? Se ha marchado a Nueva York.

—¡No será verdad!

—Si, se ha ido a vivir con unos parientes. ¿Sabes lo que opino? Apuesto a que habla continuamente de lo maravilloso que es estar en el Oeste—. Ida se rió. Todos rieron.

Sola entre los vacíos asientos, se hallaba una de las nuevas chicas. Era muy rubia, alta y delgada y parecía no sentirse nada feliz. Laura comprendió cual era su estado de ánimo. Ellos lo

estaban pasando bien, y sin embargo, ella se encontraba abandonada, sola y tímida, tal como Laura se sintió anteriormente en una ocasión.

—Parece una buena chica y, no obstante, está sola —murmuró Laura. —Voy a hablar con ella.

El nombre de la recién llegada era Florence Wilkins. Su padre tenía una concesión al Noroeste de la ciudad y ella quería llegar a ser maestra de escuela. Al poco rato de que Laura conversara con ella sentada a su lado, los otros entraron y se reunieron a su alrededor. Florence no iba a asistir a la escuela de canto. Vivía demasiado lejos.

El viernes por la noche, Laura estaba lista a las siete, llevando su vestido marrón y su sombrerito y justo a esa hora en punto apareció Almanzo. Barnum se paró y Laura subió al buggy antes de que el caballo tuviese tiempo de encabritarse.

—Es la primera vez —dijo Almanzo. —Tarda más en subirse de manos. Es posible que algún día lo olvide.

—Quizá —Laura lo dudaba e inmediatamente citó —*Las abejas de Mayo no vuelan en Septiembre.*

La escuela de canto iba a darse en la iglesia y cuando llegaron a la ciudad Almanzo sugirió que sería mejor que se marcharan algo más pronto, antes de que el resto de asistentes saliesen, ya que una multitud rodeando a Barnum podría excitarle. Laura replicó —Cuando creas que ha llegado la hora, levántate y yo te seguiré.

Almanzo ató a Barnum en uno de los postes y entraron en la iluminada iglesia. Había pagado para dos y también compró un libro de canto. La clase ya estaba reunida y el señor Clewett los colocaba en sus respectivos sitios. Colocó a los bajos en un grupo, los barítonos en otro, los tenores en un tercero y sopranos y contraltos en otro más.

A continuación les enseñó el nombre y los valores de las notas, las ligaduras, los calderones y las claves de bajo, barítono, tenor y soprano o contralto. Después de esto, permitió un corto descanso y bajos, barítonos, tenores, contraltos y sopranos se mezclaron hablando y riendo, hasta que el señor Clewett llamó al orden.

Practicaron escalas. El maestro daba el tono con su diapasón una y otra vez. Cuando todos ellos lograron producir más o menos la misma nota, practicaron escalas arriba y abajo cantando las notas, —Do, re, mi, fa, sol, la, si, do— Como se cansaban de subir tan alto las voces se alegraban de bajar —Do, si, la, sol, fa, mi, re, do.

Arriba y abajo repetitivamente cantaron, a veces desafinando, pero siempre con la mayor voluntad. Laura se había sentado al final de un banco y esperaba la señal de Almanzo. Cuando calladamente él se dirigió hacia la puerta, ella se deslizó con cuidado y le siguió.

Mientras iban velozmente hacia el buggy, él le advirtió — Te ayudaré a subir antes de desatarlo. Es muy probable que se encabrite tan pronto se vea libre, pero no lo conseguirá si tu mantienes las riendas bien firmes. Empúñalas pero no te muevas hasta que arranque. Yo intentaré subir antes de que se baje, pero si no lo logro debes contenerle. Déjale correr, pero no le permitas escaparse. Guíalo rodeando la iglesia y pasa por delante de mí de nuevo. No temas, puedes conducirle y tu lo sabes.

Nunca lo había hecho cuando el animal iba a arrancar, pensó Laura, pero no dijo nada. Encaramándose rápidamente al buggy agarró las riendas. Las sostuvo con firmeza pero no las movió.

Almanzo desató a Barnum. En el momento que tuvo libre la cabeza, se encabritó. Se puso de manos tan alto que llegó a una posición prácticamente vertical, pero antes de que Laura

pudiese siquiera recuperar la respiración, ya había bajado y estaba corriendo. Las ruedas se levantaron del suelo y volvieron a ponerse con una sacudida.

Laura sostuvo firmemente las riendas. Barnum corría hacia la pradera alejándose de la iglesia. La muchacha tiró con su brazo derecho más fuerte que con el izquierdo y para su contento, Barnum giró en dicha dirección. Dio la vuelta casi en un círculo perfecto. La iglesia gravitaba en el centro y cuando llegó cerca de un lateral, Laura tiró con toda su fuerza de las riendas, en forma igual y sostenida. Pero Barnum no se paró. Pasaron disparados por delante de Almanzo que seguía aguardando junto al poste de amarre.

Con el primer salto de Barnum también había saltado el corazón de Laura hasta la garganta, casi sofocándola. Ahora volvían a estar en la pradera. Tiró con fuerza de la rienda de la derecha y nuevamente Barnum giró. Rápidamente se acercaba al otro lado de la iglesia y Laura volvió a tirar firmemente de ambas riendas. Barnum casi paró, pero haciendo una especie de cabriola volvió a correr de nuevo.

Esta vez el corazón de Laura se quedó en su sitio. Tiró con el brazo derecho y Barnum describió un círculo. Rodearon la iglesia y ella se alzó ligeramente de su asiento tirando con todo su peso. Y Barnum se paró. Inmediatamente se encabritó, saltó y volvió a salir como un cohete.

—Muy bien, corre —pensó Laura. Lo mantuvo con firmeza, lo guió por la pradera en un círculo y una vez más apoyó los pies y tiró con todas sus fuerza. Esta vez Almanzo pudo subir al buggy. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la iglesia y todos los alumnos salieron. Alguien gritó — ¿Necesitáis ayuda?—

Barnum se puso en vertical y al tocar el suelo salió corriendo. Las manos de Almanzo aferraron las riendas por delante de las de Laura y retrocedieron cuando ellas las soltó. Se alegró de dejarle el mando.

—Justo a tiempo —dijo él. —Nunca hubiésemos podido salir con toda aquella gente a nuestro alrededor. ¿Fue demasiado para ti? —Laura estaba temblorosa. Tenía las manos agarrotadas y le costaba impedir que le castañetearan los dientes y por tanto, se limitó a decir —Oh no—.

Durante unos breves momentos Almanzo le habló a Barnum y este pronto empezó a trotar. Laura comentó —Barnum no se portó tan mal—. Simplemente estaba cansado de estar quieto tanto tiempo.

—Estaba loco a causa de ello —aseguró Almanzo. —La próxima vez nos marcharemos durante el descanso. —Y añadió —Regresaremos a casa dando un rodeo. Hace una noche espléndida para pasear.

Hizo que Barnum tomara el camino que cruzaba el extremo Oeste de Big Slough. El viento soplaba suavemente sobre la hierba de la pradera y allá arriba brillaban miriadas de grandes estrellas parpadeando con sus luces.

Barnum siguió trotando, pero ahora con mucha suavidad, como si también él disfrutara la quietud de la noche y las brillantes estrellas.

Almanzo murmuró —No se cuando he visto las estrellas tan brillantes como esta noche.

Entonces Laura cantó suavemente:

A la luz de las estrellas, a la luz de las estrellas,
paseemos alegres y libres,
porque no hay nada bajo el sol
tan estimado para ti y para mi.

Como las hadas en las sombras
en los bosques vagaremos,
y nuestros más dulces cantos gorjearemos,
porque la noche se hizo para cantar.
Cuando nadie esté cerca para escuchar,
Ni para regañar nuestro júbilo,
A la luz de las estrellas, a la luz de las estrellas,
Paseemos alegres y libres.

Barnum se paró ante la puerta y se quedó quieto mientras Laura se apeaba. Almanzo dijo —Pasaré el domingo por la tarde.

—Estaré lista —respondió Laura. Y a continuación entró en casa.

Papá y mamá la estaban esperando. Mamá emitió un ligero suspiro de alivio y papá preguntó —¿Se ha portado bien ese diablo de caballo de Wilder, por la noche?

—Realmente en un animal afable —respondió Laura. —Y se estuvo muy quieto cuando me apeé. Me gusta.

Mamá quedó satisfecha, pero papá la miró intensamente. No era ninguna mentira. Ella había dicho la verdad pero no podía contarles como había conducido a Barnum, porque esto les preocuparía y tal vez incluso le prohibieran hacerlo otra vez. Quería llevar a Barnum.

Cuando ambos se acostumbraran el uno al otro, quizá, aunque sólo quizá conseguiría que él actuara suavemente.

Capítulo Veintitrés

BARNUM VA AL PASO

El domingo siguiente Barnum se comportó tan mal como jamás, ni en sus peores momentos lo había hecho. Rehusó pararse y Laura tuvo que esperar a un tercer pase antes de poder subirse al coche.

Entonces se encabritó y trató de echar a correr, tirando tan fuerte que Almanzo se quejó —Tira de este buggy sólo con el bocado y mis brazos.

—Déjame probar —ofreció Laura. —Descansarás los brazos.

—Muy bien —asintió Almanzo. —Sólo un minuto, pero tendrás que sostenerlo muy fuertemente.

Soltó las riendas cuando ella las tuvo bien agarradas, justo por detrás de él. Los brazos de Laura asumieron la fuerza del tirón de Barnum; su poder se notaba a lo largo de las riendas, con el estremecimiento que ella ya había experimentado con anterioridad. —¡Oh, Barnum!— Rogó la muchacha en silencio; —por favor no tires tan fuerte ya que deseo muchísimo el poder conducirte.

Barnum notó el cambio de conductor y estiró el cuello un poco más hacia delante, sintiendo el bocado y entonces su trote se hizo más lento. Dio la vuelta al granero y aflojó hasta ponerse al paso.

¡Barnum iba al paso! Almanzo permaneció callado y Laura apenas osaba respirar. Muy poquito a poco aflojó las riendas. Barnum siguió al paso. El caballo salvaje, el escapista, que nunca antes se le había visto andar al paso enganchado a un buggy, recorrió lentamente toda la longitud de Main Street. Movió la cabeza un par de veces para notar el

bocado y, hallándolo a su gusto, arqueó el cuello y caminó orgullosamente.

Almanzo dijo en voz baja —Mejor ten las riendas un poco tirantes para que no pueda sorprenderte con un salto.

—No —contestó Laura. —Voy a permitirle que lleve el bocado con facilidad. Creo que le gusta así.

A lo largo de la calle, todo el mundo se paraba a mirar. A Laura no le agradaba llamar la atención pero sabía que no debía ponerse nerviosa precisamente en estos momentos; debía conservar la calma y mantener a Barnum al paso. —Ojalá y no miraran —murmuró tratando de mirar al frente, a las plácidas orejas de Barnum.

En voz baja Almanzo replicó —Todos estaban esperando que se escapara con nosotros dentro. Mejor no quieras mantenerlo al paso cuando le de por trotar. Entonces atiranta las riendas y déjale que vaya a su aire. Entonces comprenderá que trota porque tu deseas que lo haga.

—Llévalo tu —ofreció Laura. Se sentía algo mareada debido a la excitación del momento.

Almanzo empuñó las riendas y, a su orden, Barnum empezó a trotar.

—¡Bueno, que me zurzan! ¿Cómo lo has hecho? —preguntó él. —He estado intentando que vaya al paso desde que lo tengo. ¿Qué le has dado?

—No he hecho nada —replicó Laura. —Es que realmente es un caballo afable.

El resto de la tarde Barnum fue al paso o trotó cuando así se le ordenó y Almanzo profetizó: —Después de esta, será tan manso como un cordero.

Se equivocaba. El viernes por la noche Barnum rehusó nuevamente estarse quieto y cuando finalmente Laura aterrizó en el buggy Almanzo le recordó que tendrían que marcharse de la escuela de canto durante el descanso. Y aunque Barnum no estuvo atado tanto tiempo como la otra vez, se encontraba de tan mal humor que Laura tuvo que guiarlo una y otra vez alrededor de la iglesia hasta que la escuela estuvo casi terminada.

A Laura le encantaba la escuela de canto. Empezó con escalas para preparar las voces. A continuación, el señor

Clewett les enseñó un ejercicio sencillo, el primero del libro. Les dio el tono con su diapasón una y otra vez, hasta que las voces se ajustaron. Y enseguida cantaron:

Alegremente ahora nuestro barco navega
sobre la ola azul y espumeante.

Cuando ya pudieron cantar esta estrofa suficientemente bien, aprendieron otra, que fue la canción de la hierba.

Alrededor de la puerta abierta,
sonriendo al rico y al pobre,
¡Ahí voy! ¡Ahí voy!
¡A todas partes!

Después también cantaron:

Tres ratoncitos ciegos, mirad como corren,
van detrás de la esposa del granjero.
Ella les cortó sus colas con un gran cuchillo.
Tres ratoncitos ciegos, mirad como corren,
todos detrás.

Los bajos alcanzaron a barítonos y estos a los tenores, que a su vez pillaron a los contraltos, y estos a los sopranos, dando vueltas y más vueltas hasta que todos quedaron perdidos y agotados de tanto reír. ¡Era tan divertido! Laura podía alargarlo más que ningún otro porque papá les había enseñado tanto a ella como a Carrie y Grace a cantar —*Tres Ratoncitos Ciegos*— hacía mucho tiempo.

Barnum se volvió tan afable que Laura y Almanzo pudieron quedarse hasta el fin de la clase; durante el descanso, él y otros jóvenes sacaron de sus bolsillos bolsas de golosinas y las ofrecieron a las chicas. Había bolas de menta a rayas rosas y blancas, palos de limón, y de menta. Y camino de casa de Laura cantó:

Oh, las alegrías de la niñez son muy grandes,
balanceándose en la puerta de mamá,

comiendo golosinas hasta que la boca
está atestada de Norte a Sur,
pero aunque tenga que comportarme bien,
¡Prefiero ir a la escuela de canto!

—Por eso pensé que te agradaría ir —dijo Almanzo. —Siempre estás cantando.

Con cada clase que iba transcurriendo, la escuela avanzó más y más en el libro de canciones. La última noche cantaron el himno al final; página ciento cuarenta y cuatro, *Los Cielos Declaran la Gloria.*

Finalmente terminó la escuela de canto. Ya no habría más noches alegres de esas.

Barnum ya no se encabritaba ni hacía cabriolas. Arrancaban rápidamente, con un pequeño salto y se ponía a un trote suave. El aire ya era muy frío y preparaba el ambiente del invierno que se acercaba. Las estrellas se veían muy brillantes y parecían colgar muy bajas en la helada atmósfera. Contemplándolas, Laura volvió a cantar el himno.

Los cielos declaran la gloria de Dios,
y el firmamento muestra su mano.
Día tras día está la palabra,
y noche tras noche se muestra la sabiduría.
No hay palabras ni idioma
Donde no sea escuchada su voz.

No se oía ningún sonido excepto el suave golpeteo de los cascos de Barnum al recorrer el camino de la pradera.

—Canta la canción de las luz de las estrellas —pidió Almanzo y Laura cantó otra vez, muy suavemente,

A la luz de las estrellas, a la luz de las estrellas,
en el rocío que apunta la luz del día,
cuando el ruiseñor canta a la rosa
su última canción de amor;
en la tranquila y clara noche de verano
cuando las brisas juegan dulcemente,
desde el resplandor de nuestro hogar

suavemente nos alejamos.
Donde murmuran las aguas plateadas
a la orilla del mar,
a la luz de las estrellas, a la luz de las estrellas,
vagaremos alegres y libres.

Una vez más nada rompió el silencio y Barnum, de propia voluntad giró hacia el Norte camino de casa. Fue entonces cuando Laura dijo —He cantado para ti, ahora te ofrezco una moneda por tus pensamientos.

—Me estaba preguntando...— Almanzo hizo una pausa. Entonces asió la mano de Laura que brillaba muy blanca a la luz de las estrellas y su morena mano se cerró suavemente sobre ella. Nunca había hecho esto con anterioridad. —Tu mano es tan pequeña —murmuró. Otra pausa. E inmediatamente —Me estaba preguntando si te gustaría un anillo de compromiso.

—Eso dependería de quién me lo ofreciera —le dijo Laura.

—¿Y si fuese yo? —preguntó Almanzo.

—Entonces dependería del anillo —contestó Laura al tiempo que retiraba la mano.

Era más tarde de lo normal cuando Almanzo llegó al siguiente domingo.

—Lamento llegar tan tarde —dijo cuando Laura ya estaba acomodada en el buggy y emprendieron la marcha.

—Podemos dar un paseo más corto —sugirió Laura.

—Pero tenemos que ir a Lake Henry. Es casi nuestra última oportunidad para recoger uvas silvestres porque a partir de ahora se helarán —le explicó Almanzo.

La tarde era soleada y bastante cálida para la época del año. A cada lado del estrecho camino entre los lagos gemelos las maduras uvas silvestres colgaban entre los árboles. Almanzo condujo lentamente y desde el mismo buggy él y Laura recogieron varios racimos. Comieron los dulces frutos mientras contemplaban el rielar del agua con los reflejos del sol, de paso que escuchaban el suave sonido de las olitas besando la orilla.

Mientras iban regresando a casa, el sol se hundió en el resplandeciente horizonte del Oeste. El crepúsculo se enseñoreó

de la pradera y el viento de la noche sopló suavemente en el buggy.

Entonces y conduciendo con una sola mano, Almanzo alzó la de Laura con la otra y ella notó que algo frío se deslizaba en su dedo mientras él le recordaba —Dijiste que dependería del anillo. ¿Te gusta éste?

Laura alzó la mano para que la primera luz de la luna lo iluminara. El oro brilló a la débil luz. Tres pequeñas piedras relucían en el óvalo central.

—Es un granate, con una perla a cada lado —le dijo Almanzo.

—Es un hermoso anillo —dijo Laura. Creo... creo que me gustaría tenerlo—.

—Entonces déjatelo puesto. Es tuyo y el verano próximo construiré una casita pequeña en el bosquecillo de la concesión. Tendrá que ser pequeña. ¿Te importa?

—Siempre he vivido en casas pequeñas. Me gustan —contestó Laura.

Casi habían llegado a casa. La luz brillaba en las ventanas y papá estaba tocando el violín. Laura conocía la canción, era una de las que él a menudo le cantaba a mamá. Su voz se elevó con su propia música mientras cantaba:

He construido para ti un hermoso castillo
en la tierra de los sueños, allá lejos,
y allí, querida mía, ven a vivir conmigo,
donde el amor tiene su dominio.
¡Oh! dulce será nuestra dicha,
¡Oh! único será nuestro arrobo!
Sabremos la hora por las campanas del amor
Que dan la hora con besos.

Barnum se estuvo quieto; Laura y Almanzo se quedaron al lado del buggy mientras terminaba la canción de papá. Entonces Laura alzó su rostro a la débil luz de la luna y dijo —Puedes besarme y desearme buenas noches —Y tras el primer beso entre ambos ella entró en casa y Almanzo se marchó en el coche.

Papá dejo a un lado su violín cuando Laura entró. Miró su mano en la que brillaba el anillo a la luz de la lámpara.

—Veo que está arreglado —dijo. —Almanzo estuvo hablando conmigo ayer y creo que todo irá muy bien.

—Sólo que tu estés segura Laura —dijo mamá suavemente. —A veces creo que te interesas más por los caballos que por su dueño.

—No podría tener uno sin el otro —respondió Laura emocionada.

Entonces mamá le sonrió, papá se aclaró la garganta y Laura supo que ellos comprendían lo que ella en su timidez no decía.

Capítulo Veinticuatro

ALMANZO SE MARCHA

Incluso en casa, Laura opinaba que su anillo era demasiado vistoso. El roce suave era algo extraño en su dedo y el granate y las perlas captaban la luz constantemente. Camino de la escuela a la mañana siguiente, casi se lo quitó varias veces, estando a punto de envolverlo con su pañuelo para salvaguardarlo. Pero, después de todo, estaba comprometida y eso no podía guardarse para siempre en secreto.

Aquella mañana no le importó llegar casi tarde a clase. Apenas tuvo tiempo para deslizarse en su asiento con Ida antes de que el señor Owen llamase la clase al orden. Rápidamente abrió un libro en forma que le ocultara la mano izquierda.

Pero justamente cuando estaba empezando a estudiar, un brillo captó su mirada.

La mano izquierda de Ida reposaba en el pupitre en forma de que Laura pudiera ver el ancho aro de oro que brillaba en su dedo.

Laura miró el anillo de Ida riéndose, con la cara ruborizada y timidez en la mirada y en aquel momento rompió una regla de la escuela. Murmuró. —¿Elmer?— Ida se ruborizó todavia más y asintió. Entonces bajo el borde del pupitre, Laura le mostró a Ida su propia mano izquierda.

Mary Power, Florence y Minnie apenas podían esperar al descanso para abalanzarse sobre ellas y admirar sus anillos. —Pero me sabe mal que ambas lo tengáis —dijo Mary Power— porque supongo que eso significa que pronto dejareis la escuela.

—Yo no —negó Ida. —Este invierno estaré en la escuela.

—Yo también —afirmó Laura. —Quiero obtener otro certificado en primavera.

—¿Darás clases el verano próximo? —Preguntó Florence.

—Por supuesto, si puedo conseguir una escuela —replicó Laura.

—Yo podré tener escuela en nuestro distrito si obtengo el certificado —les explicó Florence— pero temo a los exámenes de maestra.

—Oh, pasarás —la animó Laura. —No son demasiado especiales si no te confundes y te olvidas en un lapsus lo que ya sabes.

—Bueno, yo no estoy comprometida ni tampoco deseo enseñar —comentó Mary Power. —¿Y tu Ida? ¿Vas a dedicarte a la enseñanza durante un tiempo?

Ida se rió. —Por descontado que no! Nunca deseé dar clase. Me gusta más hacer de ama de casa. ¿Por qué supones que he obtenido este anillo?

Todas se rieron con ella y Minnie preguntó —Bien, ¿Y cómo has conseguido el tuyo Laura? ¿ Acaso no quieres ser ama de casa?

—Oh si —contestó Laura. —Pero Almanzo tiene que construir la casa antes de nada.— En aquel momento la gran campana nueva sonó fuertemente y el descanso se acabó.

Ahora ya no había escuela de canto y por tanto, Laura no esperaba ver a Almanzo hasta el próximo domingo. Quedó muy sorprendida cuando papá le preguntó el miércoles por la noche si le había visto.

—Le vi en el taller del herrero —le dijo papá. —Me dijo que te vería después de la escuela si podía, y que si no, que te dijera que no había tenido tiempo. Parece ser que él y Royal se marchan el próximo domingo a Minnesota. Algo ha sucedido y Royal tiene que ir antes de lo que esperaba.

Laura quedó muy sorprendida. Sabía que Almanzo y su hermano planeaban pasar el invierno con su familia en Minnesota, pero él no calculaba salir tan pronto. Era frustrante que toda la planificación pudiera romperse tan súbitamente. Ya no habrían más paseos dominicales.

—Puede que sea lo mejor —dijo ella. —Así se asegurarán de llegar a Minnesota antes de que caigan las nieves.

—Si, lo más probable es que tengan buen tiempo durante el viaje —asintió papá. —Le ofrecí ocuparme de Lady mientras ellos estuvieran fuera. Va a dejar el buggy aquí y dijo que tu puedes emplearla tanto como quieras, Laura.

—¡Oh Laura! ¿Me llevarás de paseo? —preguntó Carrie, al tiempo que Grace chillaba —¡Yo también Laura, yo también!

Laura prometió que así lo haría pero el resto de la semana le pareció extremadamente vacía. No se había dado cuenta antes lo a menudo que durante los días laborables esperaba los paseos del domingo.

El domingo por la mañana temprano, Almanzo y su hermano Royal vinieron.

Royal conducía su propio tronco. Almanzo guiaba a Lady enganchada al reluciente buggy. Papá salió del establo para saludarles y Almanzo llevó el coche a cubierto. Allí desenganchó a Lady y la condujo a su lugar en el establo.

A continuación y dejando a papá y a Royal de charla, fue a la puerta de la cocina. No tenía tiempo para entretenerse, le dijo a mamá, pero le gustaría ver a Laura un momento.

Mamá lo hizo pasar a la salita y cuando Laura se dio la vuelta, ya que estaba arreglando los cojines de debajo de la ventana, el anillo brilló bajo la luz de la mañana.

Almanzo sonrió. —Tu nuevo anillo se está acostumbrando a tu mano —dijo.

Laura expuso su mano a la luz del sol. El oro relucía y el granate producía bellos reflejos entre el lustre de las perlas que lo rodeaban.

—Este anillo es muy hermoso —dijo ella.

—Yo diría que es la mano —replicó Almanzo. —Supongo que tu padre te dijo que Royal y yo tenemos que ir a casa más pronto de lo que esperábamos. Royal ha decidido hacer el camino a través de Iowa y por lo tanto arrancamos ahora mismo. Traje a Lady y el buggy para que los uses siempre que quieras.

—¿Dónde esta Prince? —preguntó Laura.

—Uno de mis vecinos me lo guarda, así como el potrillo de Lady y Cap se ocupa de Barnum y Skip. Los necesitaré a los cuatro en primavera. Royal ya está llamándome, por tanto dame un beso de despedida y me marcharé— finalizó Almanzo.

Se besaron rápidamente, Laura le acompañó hasta la puerta y se quedó mirando cómo él y Royal se alejaban. Se sintió abandonada e infeliz. A su lado Carrie, le preguntó —¿Vas a sentirte muy solitaria?— Y lo hizo tan seriamente que Laura sonrió.

—No, no voy a estar sola —respondió. —Después de comer engancharemos a Lady y saldremos a dar un paseo.

Papá entró y se acercó a la estufa. —Ya se empieza a notar lo agradable que es el fuego — dijo. —Caroline, ¿qué opinarías si nos quedáramos aquí todo el invierno en lugar de ir a la ciudad? Me lo he estado planteando. Creo que podría alquilar la casa de la ciudad durante el invierno, y si lo consigo, mejoraría ésta e incluso tal vez la pintaría.

—Esto sería un beneficio Charles —contestó en el acto mamá.

—Otra cosa —continuó papá. —Tenemos tanto pasto actualmente que sería muy duro transportarlo todo. Con esta casa bien protegida y forrada con grueso papel por dentro, estaríamos muy bien. Podemos poner el calentador de carbón en la sala, y preparar el suministro de carbón. La bodega está llena de vegetales del huerto y otros productos del campo. Incluso si el invierno fuese tan malo puedo ir a menudo a la ciudad. No tenemos que preocuparnos por miedo a pasar hambre o frío.

—Es cierto —afirmó mamá. —Pero Charles, las niñas tienen que asistir a la escuela y está demasiado lejos para que puedan ir caminando en invierno. Podría desencadenarse una ventisca.

—Las llevaré en la carreta ida y vuelta —prometió papá. —Sólo hay una milla y será un paseo rápido con el trineo y sin carga.

—Muy bien —consintió mamá. —Si alquilas la casa de la ciudad y deseas quedarte aquí, yo estoy contenta de hacerlo así. Me alegra no tener que trasladarnos.

Antes de que las nieves cayeran, todo estaba dispuesto. La casita era realmente una casa y no una cabaña de parcela de concesión. El interior estaba forrado de grueso papel de construcción extendido en todas las paredes, y con su color más claro prestaba una mayor luminosidad a las habitaciones;

las cortinas blancas de muselina proporcionaban un aire simpático y alegre.

Cuando llegaron las primeras nevadas fuertes, papá puso la caja de la carreta sobre los patines de nieve y la llenó a medias con heno.

Durante los días de clase, Laura y Carrie, con Grace acurrucada entre las dos se acomodaban en el heno cubierto con una manta y papá las llevaba a la escuela por la mañana y las devolvía por la noche a la cálida casa que les daba la bienvenida.

Cada tarde, en el camino de la escuela paraba en la oficina de correos y una o dos veces por semana había carta de Almanzo para Laura.

Había llegado a casa de su padre en Minnesota y regresaría en primavera.

Capítulo Veinticinco

LA VIGILIA DE NAVIDAD

Una vez más, en Nochebuena había un árbol de Navidad en la iglesia de la ciudad. En su momento se había enviado a Mary "la caja de Navidad" y la casa estaba llena de secretos navideños que las chicas escondían unas de otras para envolverlos y así tener regalos en el árbol. Pero aquella mañana a las diez, empezó a nevar.

Todavía parecía posible que podrían ir a ver el árbol de la iglesia. Grace estuvo mirando por la ventana toda la tarde y un par de veces el viento amainó. No obstante, a la hora de cenar aullaba por las esquinas y el aire estaba muy espeso con la nieve que volaba desordenadamente.

—Es demasiado peligroso para arriesgarse —dijo papá— Es un viento muy directo que sopla sin cesar, pero nunca se puede decir; podría transformarse en una ventisca mientras la gente está en la iglesia.

En casa no se habían hecho planes para la Nochebuena y por tanto todos tenían mucho por hacer. En la cocina Laura preparaba palomitas de maíz en un perol de hierro del que había quitado la tapadera. Puso un puñado de sal en el perol y cuando estuvo caliente le echó un montón de maíz. Con una cuchara de mango largo lo removió mientras con la otra mano sostenía la tapadera para evitar que las palomitas saltaran. Cuando cesaron las pequeñas explosiones, echó otro puñado de maíz y siguió moviéndolo, pero ahora ya no lo era preciso sostener la tapadera porque las palomitas ya hechas se quedaban en la parte superior y evitaban que las nuevas saltaran fuera.

Mamá hervía melaza en una sartén. Cuando el perol de Laura estuvo lleno de palomitas, mamá puso una cantidad en

una gran sartén y vertió una delgada capa de melaza por encima; a continuación poniéndose mantequilla en las manos hizo con mucha destreza bolas de palomitas con la mezcla. Laura siguió tostando maíz y mamá continuó haciendo bolas hasta que una gran fuente estuvo a rebosar con el dulce combinado.

En la salita, Carrie y Grace hicieron bolsitas empleando una red mosquitera que había sobrado del verano pasado. Las llenaron con azúcar cande y dulces de Navidad que papá había traído de la ciudad esa misma semana.

—Suerte que pensé que necesitaríamos más golosinas y azúcar cande que el que obtendríamos del árbol de Navidad— se alabó a sí mismo papá.

—¡Oh! —descubrió Carrie. —Hemos hecho una bolsa de más. Grace ha contado mal.

—¡No es cierto! —gritó Grace.

—Grace —regañó mamá.

—¡No la estoy contradiciendo!

—Grace —dijo papá.

—Grace se atragantó. —Papá —dijo. —No he contado mal. ¡Creo que puedo contar hasta cinco! Había golosinas de sobra para llenar otra, y han quedado muy bien en esta bolsita color rosa.

—De veras que sí y está bien que contemos con una más. No siempre hemos tenido tanta suerte —le aseguró papá.

Laura recordó la Navidad en Verdigris River, allá en el Territorio Indio, cuando el señor Edwards recorrió ochenta millas para traerles a ella y a Mary un bastón de caramelo y azúcar.

Donde quiera que estuviese esta noche, le deseaba tanta felicidad como la que el les había proporcionado. Recordó la Nochebuena en Plum Creek en Minnesota, cuando papá se perdió en la ventisca y todos temieron que no regresara nunca. Se tuvo que comer el azúcar cande y golosinas mientras quedó cobijado tres días bajo la ribera del arroyo. Ahora estaban todos aquí en la cálida casita, con muchas golosinas y otras cosas buenas.

No obstante, le hubiera gustado que Mary estuviese con ellos y también intentaba no pensar en Almanzo. Al principio cuando se marchó, sus cartas habían llegado a menudo pero

después se espaciaron. Actualmente y durante las últimas tres semanas, no había llegado correo alguno. Laura pensó que él estaba en casa, reencontrando viejos amigos y chicas que ya conocía de antes.

Faltaban cuatro meses para la primavera. Podría olvidarla o pensar que no debiera haberle regalado el anillo que tanto lucía en su dedo.

Papá interrumpió sus pensamientos. —Tráeme el violín Laura. Tengamos un poco de música antes de empezar con todas estas cosas tan buenas.

Le trajo el instrumento, el cual papá afinó y a continuación puso resina en el arco. —¿Qué tocaremos?

—Toca primero la canción de Mary —pidió Laura. —Tal vez esté pensando en nosotros.

Papá empezó a pasar el arco por las cuerdas y él y el violín cantaron:

Las riberas y los arroyos de alrededor
del castillo de Montgomery,
verdes son tus bosques y hermosas tus flores,
tus aguas nunca se agitan;
allí el verano empieza a descubrir sus encantos
y llega la larga espera,
porque fue donde recibí el adiós de mi dulce Highland Mary.

Una canción escocesa le recordó otra a papá y acompañándose con el violín volvió a cantar:

Mi corazón está triste, me atrevo a decir,
mi corazón está triste por alguien,
¡Oh! yo podría arrostrar la noche invernal
sólo por alguien.

Mamá estaba sentada en su mecedora delante del calentador y Carrie y Grace se acurrucaban en el asiento de debajo de la ventana pero Laura se movía nerviosa por la habitación.

El violín cantó errante una melodía que la hizo recordar las rosas silvestres de Junio. Continuó tocando y mezcló su sonido con la voz de papá.

Cuando en la solemnidad de la gran extensión
las brillantes luces festonean el firmamento
ímicamente una sola estrella entre todas
puede captar la mirada errante del pecador.
Fue mi luz, mi guía, mi todo
hizo que cesaran mis tinieblas
y a través de la tormenta y los peligros
me guió a un puerto de paz.
Ahora, anclado en la seguridad y pasados los peligros,
cantaré, lo primero en la noche coronada
por siempre y siempre más.
La Estrella —la Estrella de Belén.

Grace dijo suavemente —*La Estrella de Navidad.*

El violín prosiguió su tonada y papá inclinó la cabeza, escuchando.

El viento aumenta —dijo. —Es mejor que nos hayamos quedado en casa.

Oh, no te quedes tanto rato fuera,
¿Por qué eres tan tímido?
Los oídos de las gentes están atentos, John
Mientras van pasando por aquí.
No sabes lo que pueden estar pensando,
Anteriormente han dichos cosas extrañas
Y si quieres conversar durante un rato,
¡Entra y cierra la puerta!
¡Pasa! ¡Pasa! ¡Pasa!

Laura miró asombrada a papá que ahora cantaba muy fuerte mirando hacia la puerta. —¡Pasa! ¡Pasa! ¡Entra! ¡Pa...

Alguien llamó a la puerta. Papá indicó con la cabeza a Laura que fuese a abrir, mientras él terminaba la canción —¡Pasa y cierra la puerta!

Una ráfaga de viento hizo entrar algo de nieve en la habitación en el momento en que Laura abrió la puerta cegándola por un momento.

Cuando pudo volver a mirar no podía creer a sus ojos. El viento agitaba copos de nieve alrededor de Almanzo mientras

ella, sin poder hablar estaba inmóvil sosteniendo la puerta abierta.

—¡Entra! —clamó papá. —Entra y cierra la puerta!— Con un escalofrío puso el violín en su estuche y añadió carbón al fuego. —Ese viento se mete en los huesos de cualquiera —dijo. —¿Qué hay de los caballos?

—Traje a Prince y lo he llevado al establo al lado de Lady —contestó Almanzo mientras se iba sacudiendo la nieve de su grueso abrigo que colgó junto a su gorra en los pulidos cuernos de búfalo situados en la pared cercana a la puerta. Mamá se levantó para saludarle y darle la bienvenida.

Laura se había retirado al otro extremo de la habitación, junto a Carrie y Grace. Cuando Almanzo miro hacia ellas Grace dijo —Hice una bolsa extra de dulces y azúcar cande.

Y yo he traído naranjas —respondió Almanzo sacando una bolsa de papel del bolsillo de su abrigo. —También tengo un paquete con el nombre de Laura ya escrito, pero ¿es que no va a dirigirme la palabra?

—No puedo creer que seas tu —murmuró Laura. —Dijiste que estarías fuera todo el invierno.

—Decidí que no quería estar alejado tanto tiempo y ya que me has hablado, he aquí tu regalo de Navidad.

—Anda Charles, guarda el violín —dijo mamá. —Carrie y Grace, ayudadme a traer las bolsas de palomitas.

—Laura abrió el paquetito que Almanzo le había entregado. Desdobló el claro papel. Dentro había una cajita blanca. Levantó la tapadera. Protegida por un fondo de suave algodón, había una aguja de oro. En la superficie plana había una casita grabada y delante un pequeño lago y un adorno de hierba y hojas.

—Oh, es maravillosa —suspiró Laura. —Muchas gracias.

—¿No puedes dar las gracias a un hombre algo mejor que así? —preguntó él, e inmediatamente la rodeó con sus brazos mientras Laura le besaba y murmuraba. —Estoy muy contenta de que hayas regresado.

—Papá salió de la cocina trayendo un montón de carbón y mamá también entró en la habitación. Carrie trajo las bolsas de maiz y Grace dio a cada uno una bolsita con azúcar cande y las golosinas.

Mientras comían los dulces, Almanzo les contó cómo había viajado de día bajo los helados vientos acampando por la noche en la pradera al no haber cobijo ni casas cerca. El y Royal fueron hacia el Sur, en Nebraska. Les habló de los edificios de Omaha, de los fangosos caminos cuando giraron hacia el Este en Iowa, donde los granjeros tenían que quemar el trigo como combustible ya que no podían venderlo ni siquiera a veinticinco centavos el *bushel.* Habían visto Des Moines, la capital del estado de Iowa; cruzaron crecidos ríos en Iowa y Missouri hasta que al llegar al río Missouri giraron nuevamente al norte.

Con tanta charla interesante, la velada transcurrió en un soplo, y de pronto, el viejo reloj dio las doce.

—¡Feliz Navidad! —dijo mamá levantándose y todos respondieron a una —¡Feliz Navidad!

Almanzo se puso el abrigo, la gorra y los mitones, deseó buenas noches y salió a enfrentarse con la tormenta. Se oyeron débilmente las campanillas del trineo cuando pasó por delante de la casa camino de la suya.

—¿Las habías oído antes? —preguntó Laura a papá.

—Si y nadie antes ha sido mas veces invitado a entrar que él —aseguró papá. —Supongo que con la tormenta no podía oírme.

—Vamos, vamos, niñas —dijo mamá. —Si no os vais a dormir pronto Santa Claus no tendrá oportunidad de llenar los calcetines.

Por la mañana habría sorpresas y al mediodía se celebraría la comida especial de Navidad, dando cuenta de una gorda gallina rellena y horneada que quedaría muy jugosa; Almanzo estaría allí porque mamá le había invitado. El viento soplaba fuerte, pero no tenía la amenaza y los aullidos de ventisca y por ello, podría sin duda, venir mañana.

—¡Oh Laura! —exclamó Carrie mientras ésta apagaba la luz del dormitorio. —¿Verdad que es la Navidad más bonita? ¿Es que las Navidades se vuelven cada vez más bellas?

—Sí —afirmó Laura. —Así es.

Capítulo Veintiséis

EXÁMENES PARA MAESTRA

Bajo una gran nevada en Marzo, Laura fue a la ciudad en el trineo con papá para enfrentarse a los exámenes para maestra. Aquel día no había escuela y por tanto Carrie y Grace se quedaron en casa.

El tiempo había sido agradable en su casita de la concesión, pero Laura estaba contenta con la próxima llegada de la primavera. Mientras avanzaba bien abrigada, con las mantas colocadas sobre el heno, pensaba en los agradables domingos del invierno pasados con la familia y Almanzo en la acogedora salita de la casa y esperaba con ilusión los largos paseos de verano gozando del cálido sol; se preguntaba si Barnum todavía seguiría afable después de haber pasado el largo invierno prácticamente en el establo.

Al aproximarse a la escuela, papá le preguntó si estaba nerviosa por los exámenes.

—Oh no —le contestó ella a través de la helada bufanda. —Estoy segura que podré pasarlos. Ojalá estuviera tan segura de encontrar una escuela que me gustara.

—Podrías ir a la Perry otra vez —sugirió papá.

—Preferiría una más grande y con mejor salario —aclaró Laura.

—Bien —dijo papá alegremente cuando pasaron la puerta. —El primer puente son los exámenes y ¡aquí estamos! Ya habrá tiempo para cruzar el próximo puente cuando lleguemos a él.

Laura se vio a sí misma algo disgustada porque se sintió tímida cuando entró en la clase que estaba llena de desconocidos.

Con casi todos los pupitres ocupados, la única persona que conocía era Florence Wilkins. Cuando le tocó la mano quedó sorprendida; estaba fría como el hielo y tenía los labios muy pálidos debido al nerviosismo. Laura lo lamento tanto por ella, que olvidó su propia timidez.

—Estoy aterrorizada —le dijo Florence en voz baja y temblorosa.

—Las otras han sido enseñantes con anterioridad y el exámen va a ser muy duro. Me consta que no lo pasaré

—¡Bah, bah! Apuesto a que ellos también están asustados —la consoló Laura. —No te preocupes; lo pasarás sin problema. Procura no asustarte. Ya sabes que siempre has aprobado exámenes anteriormente.

Sonó la campana y Laura se enfrentó a la lista de preguntas. Florence tenía razón, eran difíciles. Trabajó fuertemente con los temas, pero se sintió agotada cuando llegó el descanso. Al mediodía pensó que le fallaba el valor; empezó a pensar que no obtendría certificado pero siguió trabajando con entereza hasta que lo terminó todo. Le fue recogido su último cuestionario y papá llegó para llevarla a casa.

—No se, papá —contestó en respuesta a su pregunta. —Ha sido más duro de lo que esperaba pero he hecho lo máximo que he podido.

—Nadie puede mas que eso —le aseguró papá.

Ya en casa mamá dijo que sin duda todo saldría bien. —¡Ahora no le des vueltas! Olvídalo todo hasta que sepas el resultado del examen.

Los consejos de mamá siempre eran buenos y Laura se los repitió a si misma cada día y casi cada hora. Se fue a dormir diciéndose —No te preocupes; y se levantó pensando que —La carta tal vez llegue hoy.

En la escuela, Florence no daba nada por ninguna de las dos.—Fue demasiado duro —dijo. —Estoy segura que únicamente unos pocos de los antiguos pasarán.

Transcurrió una semana y no llegó ninguna respuesta. Laura no esperaba que Almanzo viniera el domingo, ya que Royal estaba enfermo con gripe. Efectivamente, Almanzo no vino. No hubo correo el lunes. Tampoco llegó carta el martes.

Un viento cálido había derretido la nieve, el sol brillaba bien y por ello papá no fue a buscar a Laura. Ella, Carrie y Grace fueron caminando a casa. La carta estaba allí; papá la había recogido por la mañana.

—¿Qué dice, mamá? —gritó Laura dejando caer el abrigo y cruzando la habitación para tomarla en sus manos.

—¡Caramba Laura! —dijo mamá sorprendida. —Ya sabes que yo no osaría leer la carta de otra persona, puesto que me sentiría igual que si robara.

Con dedos temblorosos Laura rasgó el sobre y extrajo un certificado de maestra. Era de segundo grado.

—Es mejor de lo que esperaba —le dijo a mamá. Como máximo aspiraba a un tercer grado. ¡Ahora solo me falta encontrar la escuela adecuada!

—Cada uno tiene su propia suerte, sea buena o mala —explicó mamá plácidamente. —No me cabe duda de que encontrarás lo que mereces.

Laura estaba convencida de que lograría una escuela buena, pero se preguntaba cómo podría fabricarse la buena suerte para obtener la que realmente deseaba. Aquella noche apenas pensó en otra cosa y seguía por la mañana con la misma idea cuando Florence entró en la clase y vino directamente a ella.

—¿Aprobaste Laura? —le preguntó.

—Si, he conseguido un certificado de segundo grado —contestó Laura.

—Yo no he logrado nada, y por lo tanto no podré enseñar —dijo Florence tristemente, —pero quería decirte lo siguiente: tú intentaste ayudarme y preferiría que enseñases en nuestra escuela. Mejor tú, que ninguna otra persona. Si quieres, mi padre asegura que es para tí.

—Se trata de un período de tres meses, empezando el primero de Abril y la paga es de treinta dólares al mes.

—Laura apenas podía respirar y respondió —¡Oh si! ¡Por supuesto que quiero!

—Mi padre me ha dicho que si aceptabas, fueras a verle y el comité te firmará el contrato.

—Allí estaré mañana por la tarde —confirmó Laura. —Muchísimas muchísimas gracias, Florence.

—Bueno, tu siempre has sido muy amable y atenta conmigo. Estoy contenta de tener la oportunidad de devolverte algo —le aseguró Florence.

Laura recordó lo que mamá había dicho acerca de la suerte y se dijo —Creo que sin proponérnoslo forjamos la mayor parte de nuestra suerte.

Capítulo Veintisiete

SE TERMINAN LOS DÍAS ESCOLARES

Al final del último día de escuela en el mes de Marzo, Laura reunió sus libros y los empaquetó con cuidado. Miró la clase por última vez. Nunca volvería. El lunes empezaría a enseñar en la escuela de Wilkins y el próximo otoño ella y Almanzo se casarían.

Carrie y Grace aguardaban abajo, pero Laura se entretuvo en su pupitre sintiendo como un gran peso en el corazón. Ida, Mary Power y Florence estarían aquí la próxima semana. A partir de ahora Carrie y Grace harían el camino a la escuela sin ella.

Con excepción del señor Owen que seguía en su mesa, la clase estaba vacía. Laura debía marcharse. Recogió los libros y se dirigió hacia la puerta. Ante la mesa del señor Owen se paró y le dijo —Debo decirle adiós porque ya no volveré.

—He oído decir que vas a dar clases otra vez —comentó el señor Owen. —Te echaremos de menos, pero te esperaremos el próximo otoño.

—Yo quería decirle que esto es una despedida —repitió Laura. —Voy a casarme y por tanto no regresaré nunca más.

El señor Owen casi saltó del asiento y caminó nerviosamente arriba y abajo de la tarima. —Lo lamento —dijo. —No lamento que te vayas a casar sino que no te gradué esta primavera. Te retuve porque... porque experimentaba un orgullo tonto; quería graduar a toda la clase junta y algunos no estaban suficientemente preparados. No fui justo contigo. Lo siento mucho.

—No importa —dijo Laura. —Estoy contenta de saber que podía haberme graduado.

Se estrecharon la mano y el señor Owen se despidió deseándole buena suerte en todos sus proyectos.

Mientras descendía las escaleras Laura pensaba —La última vez siempre parece triste pero en realidad no lo es. El fin de una cosa es el principio de otra.

Después de la cena del domingo en casa, Almanzo y Laura fueron en coche atravesando la ciudad en dirección Noroeste, hacia la parcela de los Wilkins, que estaba a tres millas y media de la misma.

Las estrellas aparecieron en la inmensidad del cielo y la pradera se extendía hasta muy lejos oscura y misteriosa. Las ruedas del buggy giraban suavemente en el herboso camino.

En la calma de la noche Laura empezó a cantar:

Las estrellas se pasean por el cielo,
la tierra gira bajo ellas,
y notamos las chirriantes ruedas,
que dan vueltas mientras hacemos camino;
entonces ayuda, chicos galantes,
¡y haced que los ejes vuelen!
¿Por qué las ruedas no pueden girar
como los planetas en el cielo?

Almanzo rió fuertemente. —¡Tus canciones son como las de tu padre! —Siempre encajan bien.

—Esta es la "*Vieja canción del molino*" —le explicó Laura.

—Pero parece ir muy bien con las estrellas y las ruedas del buggy.

—Sólo hay una palabra equivocada en ella —agregó Almanzo. Ninguna rueda de mi buggy chirriará jamás. Las tengo siempre engrasadas y ajustadas. Pero no importa. Con las ruedas girando en esta dirección durante tres meses, tu ya habrás terminado las clases, lo cual será bueno.

—Supongo que quieres decir para lo bueno o para lo malo —replicó Laura. —Pero mejor que sea para bien.

—Lo será —aseguró Almanzo.

Capítulo Veintiocho

EL SOMBRERO DE COLOR CREMA

La nueva escuela estaba situada en un ángulo de la parcela del señor Wilkins, a poca distancia de su casa. Cuando Laura abrió la puerta en la mañana del lunes, se dio cuenta de que era una exacta réplica de la escuela de Perry; incluso había un diccionario sobre la mesa y un clavo en la pared para colgar el sombrero.

—Esto es un buen presagio, —pensó. Y así fue. Todos los días que pasó en aquella escuela fueron agradables. Ahora ya se sentía una maestra capacitada y supo arreglar tan bien las pequeñas dificultades que iban surgiendo que ninguna duraba más de un día. Sus alumnos eran amistosos y obedientes y los pequeños eran incluso graciosos, pero ella procuró esconder sus propias sonrisas.

Se quedaba a dormir en casa de los Wilkins que eran amistosos con Laura y complacientes entre ellos. Florence seguía asistiendo a su escuela y por la noche contaba a Laura todo lo que había sucedido durante el día. Esta compartía habitación con ella y pasaban la velada agradablemente acompañadas con sus libros.

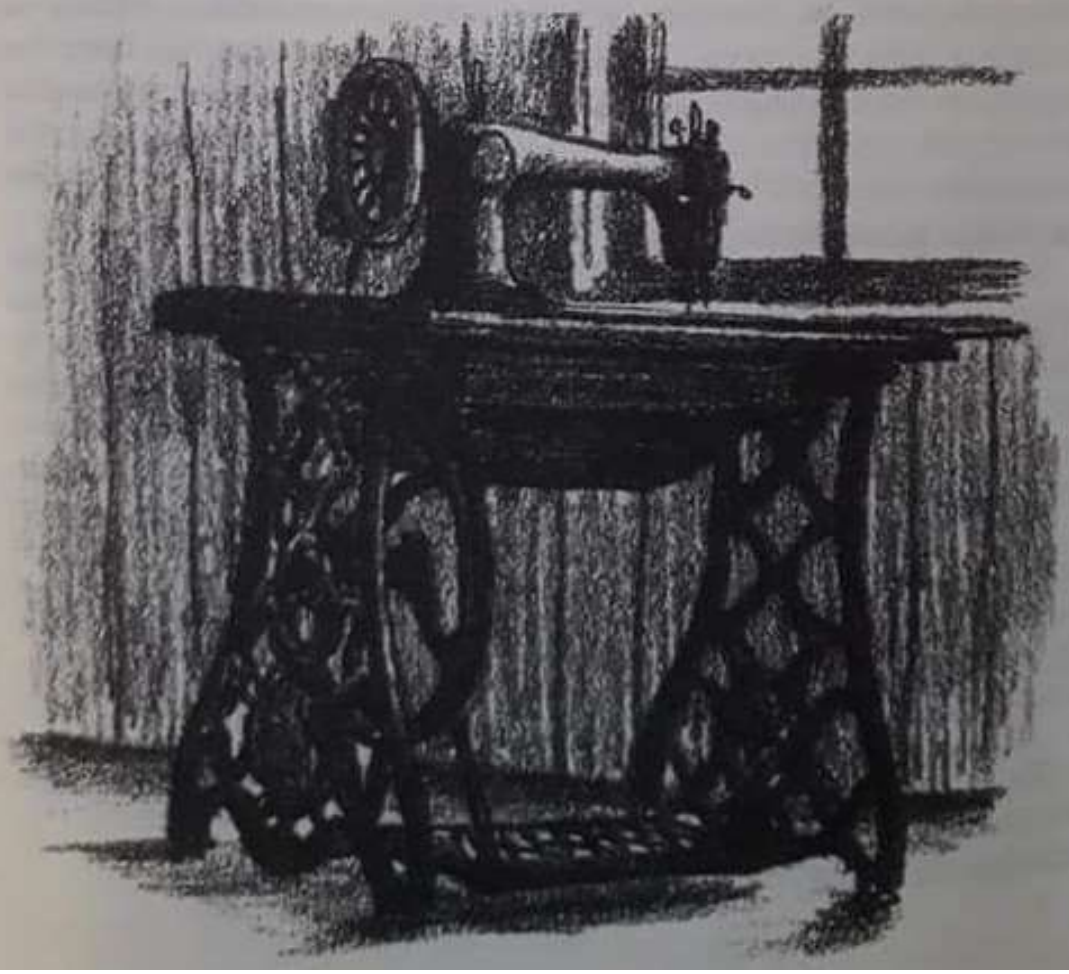
El último viernes de Abril el señor Wilkins pagó a Laura veintidós dólares, o sea el sueldo de su primer mes descontando dos dólares por la pensión. Almanzo la llevó a casa por la noche y al día siguiente fue de compras a la ciudad con mamá. Adquirieron muselina para ropa interior.

Camisas, blusas, enaguas, camisones y batas; dos de cada. —Esto, con lo que ya tienes será suficiente —dijo mamá. También compraron dos pares de sábanas y dos pares de fundas de almohada.

Para el vestido de verano de Laura se utilizaron diez yardas de orla color rosa salpicada con florecillas y hojas de color verde claro. A continuación se dirigieron a la tienda de la señora Bell para buscar un sombrero a juego con el vestido.

Había varios sombreros muy bonitos pero Laura supo en el acto cual deseaba. Era de paja color crema, muy lindo y con el ala pequeña, más estrecha en los lados. El ala delantera bajada hasta la mitad de la frente. Alrededor de la corona tenía una cinta algo más oscura que la paja y tres plumitas de avestruz campaneaban en la parte izquierda. Variaban de color, yendo del claro de la paja hasta el más oscuro de la cinta de satén. El sombrero se sujetaba a la cabeza con un cordón elástico muy bonito de seda blanca que apenas se veía, puesto que quedaba semi oculto bajo la cabellera de ella.

Mientras subían calle arriba tras haber comprado el sombrero, Laura suplicó a mamá que tomara cinco dólares y los gastase en ella.



—No Laura —rehusó mamá. —Eres muy buena por pensar en ello, pero yo no necesito nada.

Llegaron a la carreta que las esperaba frente a la ferretería de Fuller. Había algo voluminoso dentro, cubierto con una manta de caballo. Laura se preguntó lo que podía ser pero no tuvo tiempo de mirar puesto que papá desató los caballos rápidamente y arrancaron camino a casa.

—¿Qué es lo que tienes ahí detrás Charles? —preguntó mamá.

—Ahora no te lo puedo mostrar Caroline. Espera hasta que lleguemos a casa —contestó papá.

Al llegar, paró la carreta cerca de la puerta. —Ahora muchachas —dijo —entrad vuestros paquetes pero dejad el mío en paz hasta que yo regrese de instalar los caballos. ¡Y tampoco curioseéis bajo la manta!

Desató los caballos y los llevó al establo.

—¿Entonces qué puede ser? —mamá comentó a Laura. Esperaron. Tan pronto le fue posible papá regresó a toda prisa. Levantó la manta y ¡allí estaba! Una brillante y nueva máquina de coser.

—¡Oh Charles! —respingó mamá.

—Si Caroline, es tuya —replicó él orgullosamente—. Habrá un montón de trabajo extra para coser cuando Mary vuelva a casa y Laura se marche, y he pensado que necesitarías algún tipo de ayuda.

—¿Pero como has podido? —Le preguntó ella acariciando el brillante metal negro de las patas de la máquina.

—De todas maneras tenía que vender una vaca, Caroline; el próximo invierno no habría sitio en el establo, a menos que lo hiciera —explicó papá. —Ahora si me ayudas a descargar este trastillo, le quitaremos la tapa y veremos qué tal nos parece.

Laura recordó que hacía bastante tiempo, una inflexión particular en la voz de mamá cuando hablaba de una máquina de coser, la había inducido a ella a pensar que deseaba una. Papá lo había recordado admirablemente.

Quitó la tabla trasera de la carreta y entre él, mamá y Laura bajaron cuidadosamente la máquina de coser y la llevaron a la sala, con Carrie y Grace danzando alrededor muy excitadas.

Papá levanto la tapadera de la máquina y se quedaron admirándola en silencio.

—Es muy hermosa —dijo mamá finalmente. —Y será de grandísima ayuda. Apenas puedo esperar a usarla. —Pero ya la hora de la tarde del sábado era avanzada y la máquina de coser tendría que esperar hasta el domingo.

A la semana siguiente mamá estudió el libro de instrucciones y aprendió a manejar la máquina y al otro sábado ella y Laura empezaron a trabajar en el vestido. El tejido era tan fresco y crujiente, los colores tan lindos que Laura tenía miedo de cortar y equivocarse, pero mamá había hecho tantos vestidos que no vaciló. Tomó las medidas de Laura y con el patrón de modista preparó la parte superior y, sin el menor temor, cortó la tela.

Hicieron esta parte adornándola con botoncitos de color perla. El cuello sería alto, las mangas largas, cosidas a los hombros y amplias por la parte del costado y muy bien ajustadas, terminando con un dobladillo.

La falda quedaría muy completa y llena y recogida en toda su circunferencia por una banda que se abrocharía al extremo de la pieza superior para asegurar ambas y que no se separaran. Tendría muchos pliegues colocados simétricamente con el mismo espacio entre ellos y, al final, habría un adorno todo alrededor, de cuatro pulgadas de ancho que casi llegaría a la punta de los zapatos de Laura.

El vestido quedó terminado cuando Almanzo trajo a Laura a casa el último viernes de Mayo.

—¡Oh! ¡Es precioso mamá! —exclamó Laura cuando lo vio. —Los pliegues son tan simétricos y están colocados tan bellamente!

—Puedo decir —comentó mamá —que no se como hemos podido estar sin la máquina de coser. Te hace el trabajo muy fácil; hacer pliegues no da problema alguno. Y los pespuntes quedan muy bien. Ni la mejor costurera podría igualarlos haciéndolos a mano.

Laura quedó callada unos instantes mirando su nuevo vestido cosido a máquina y entonces dijo —El señor Wilkins me acaba de pagar otro mes de sueldo y realmente no lo necesito. Todavía me quedaron quince dólares de la paga de Abril. Precisaré otro vestido nuevo para el próximo otoño...

—Sí y también un bonito traje de novia —interrumpió mamá.

—Quince dólares deberían bastar para comprar los dos —consideró Laura. Junto con la ropa que ya tengo, será suficiente para un largo período. Además, cobraré otros veintidós dólares el mes que viene.

Quiero que papá y tu os quedéis estos quince dólares. Por favor mamá. Empléalos para costear la visita de Mary a casa o para comprarle la ropa que necesite.

—Nos podemos arreglar sin emplear el dinero que ganas en la escuela —dijo mamá suavemente.

—Ya se que podéis, pero hay muchas cosas que papá y tu tenéis que manejar. Me gustaría ayudar una vez más aunque sea en esta ocasión. Así me sentiré bien cuando me marche, sabiendo que ya no lo haré de nuevo y, además, poseyendo todas estas bonitas ropas —pidió Laura.

Mamá cedió. —Si tanto te complace hacerlo, entrégale el dinero a papá. Dado que ha empleado la vaca para la máquina de coser, creo que estará contento de tenerlo.

Papá quedó sorprendido y objetó que Laura lo necesitaría para ella. Pero cuando ésta se explicó y se lo rogó nuevamente, lo aceptó muy contento. —Me ayudará a salir de un pequeño bache —admitió. —Pero esta es la última vez. A partir de ahora creo que tendremos vía libre. La ciudad esta creciendo tan aprisa que voy a tener muchísimo trabajo de carpintería. El ganado también aumenta aprisa. Se multiplica muy bien y el año próximo voy a ganar mi apuesta con el Tío Sam y esta tierra será nuestra. Por tanto no debes preocuparte por ayudarnos más. Has hecho muy bien tu parte y algo más.

El domingo por la tarde cuando se fue a pasear en el buggy con Almanzo el corazón de Laura exultaba de alegría. Pero parece que siempre tiene que haber algún deseo insatisfecho. Ahora se lamentaba porque no estaría presente para el regreso de Mary a casa. Esta llegaría la próxima semana y Laura estaría dando clases en la escuela de Wilkins.

El viernes por la tarde, Almanzo llevó a Prince y Lady y ambos trotaron velozmente de regreso a casa. Al acercarse a la puerta Laura oyó la música del órgano. Antes de que Almanzo

parara del todo los caballos ella ya había saltado del buggy y corría hacia la casa.

—Te veré el domingo —gritó él y ella agitó la mano del anillo en respuesta. A continuación, le estaba dando un fuerte abrazo a Mary antes de que esta pudiese levantarse del taburete del órgano; lo primero que Mary dijo fue —¡Laura! He quedado tan sorprendida al hallar el órgano esperándome aquí.

—Tuvimos que guardar el secreto mucho tiempo —respondió Laura.

—Pero no se estropeó nada por hacerlo. ¿Verdad? Mary, déjame mirarte. ¡Que bien te ves!

Mary estaba más guapa que nunca. Laura no se cansaba de mirarla. Y ahora había tanto que contarse mutuamente que hablaban sin cesar. El domingo por la tarde fueron caminando una vez más hasta la cumbre de la colina de detrás del establo y Laura recogió rosas silvestres hasta llenar completamente los brazos de Mary.

—Laura —preguntó Mary seriamente. —¿Deseas realmente marcharte de casa y casarte con ese muchacho, con Wilder?

Laura también estaba seria. —Ya no es el chico Wilder, Mary. Es Almanzo. No sabes nada de él. ¿No es cierto? O por lo menos no mucho desde el que llamamos *Duro Invierno.*

—Recuerdo que iba con la cosa del trigo pero, ¿Pero por qué quieres marchar de nuestro hogar e irte con él? —persistió Mary.

Creo que es porque parece ser que nos pertenecemos el uno al otro —respondió Laura. —Además, prácticamente ya me he marchado de casa. Estoy ausente mucho tiempo. No estaré más ausente o más lejos de lo que estoy con los Wilkins.

—Ah bien, supongo que debe ser así. Yo me marché a estudiar y ahora te vas tú. Esto significa el crecer, supongo.

—Es extraño pensarlo —dijo Laura. —Carrie y Grace están ya más mayores. Crecen aprisa. Pero sería muy raro que permaneciésemos para siempre tal como éramos ¿No es cierto?

—Aquí viene —dijo Mary. Había oído el buggy y los cascos de Prince y Lady y nadie hubiera dicho que era ciega al ver sus hermosos ojos azules vueltos hacia ellos, como si los viera. — Apenas te he visto —Y ahora tienes que marcharte.

—No hasta después de cenar. Volveré el próximo viernes y, además, tendremos todo el mes de Julio y la mayor parte de Agosto para estar juntas —le recordó Laura.

A las cuatro de la tarde del último viernes de Junio, Almanzo condujo a Barnum y Skip hasta la puerta de los Wilkins para llevar a Laura a casa. Mientras recorrían la conocida carretera, él dijo —Y ahora ya ha terminado otra escuela, o sea la última.

—¿Estás seguro? —preguntó Laura inquieta.

—¿No lo estamos ambos? —preguntó él. —Estarás friendo mis tortas del desayuno hacia finales de Septiembre.

—O tal vez algo más tarde —asintió Laura. El ya había empezado a construir la casa en el bosquecillo de la concesión.

—Entretanto, ¿qué pasa con el *Cuatro de Julio*? ¿Quieres ir a la celebración?

—Preferiría ir de paseo en el buggy —contestó Laura.

—¡Me va bien! —acordó él. —Este tronco de caballos se esta volviendo algo frescales de nuevo. Yo he estado trabajando en la casa y ellos han descansado demasiados días. Es hora de que les quitemos la pereza haciendo algunas excursiones largas.

—¡Cuando quieras! Ahora estoy libre. —Laura estaba contenta. Se sentía como un pájaro escapado de la jaula.

—Entonces daremos el primer paseo largo el cuatro de Julio —confirmó Almanzo.

Dicho día, inmediatamente después de comer, Laura se puso su nuevo vestido por primera vez y también estrenó el sombrerito de color crema. Estaba lista cuando llegó Almanzo.

Barnum y Skip se estuvieron quietos mientras ella subía al buggy pero se les notaba nerviosos y con deseos de correr. —La multitud de la ciudad mientras la cruzábamos, les ha excitado —dijo Almanzo. —Sólo iremos hasta el final de Main Street para que veas las banderas y desde ahí tomaremos hacia el Sur, alejándonos del ruido.

El camino del Sur en dirección a los Brewster había cambiado tanto que apenas parecía ser el mismo que ellos habían recorrido tantas veces durante la primera escuela de Laura. Había nuevos cobertizos de concesión y algunas

casas desperdigadas por la pradera y se veían muchos campos en los que crecían las mieses. Ganado y caballos pastaban a lo largo del camino.

En lugar de ser blanca a causa de la nieve, la pradera ostentaba ahora muchos y diferentes tonos verdes; y el viento seguía soplando ligeramente; venia del Sur y era cálido. Agitaba la hierba y las mieses, movía las crines de los caballos y desparramaba sus colas.

También sacudía ligeramente los bordes del cobertor que estaba bien plegado para proteger el delicado vestido de Laura. Y asimismo, agitaba las plumitas de avestruz de su sombrerito de color crema.

Las sostuvo con las puntas de los dedos justo a tiempo para evitar que se escaparan. —¡Oh! ¡Oh! exclamó enojada. —Parece como si no estuvieran suficientemente bien cosidas.

—La señora Bell todavía no lleva en el Oeste el tiempo suficiente —dijo Almanzo. —No está acostumbrada a los vientos de la pradera. Mejor déjame guardar estas plumas en mi bolsillo antes de que las pierdas.

Era la hora de cenar cuando llegaron a casa y Almanzo se quedó para ayudar a comer el resto de la comida del *Cuatro de Julio*. Habia gran cantidad de pollo frio y pastel. También quedó limonada hecha con la dulce y fría agua del pozo.

Durante la cena, Almanzo propuso a Carrie y Laura que fuesen con él a la ciudad para ver los fuegos artificiales. —Los caballos han hecho una excursión tan larga que opino que se portarán bien. —dijo —pero mamá replicó —Por supuesto que Laura puede ir si lo desea; está acostumbrada a los caballos del circo, pero Carrie es mejor que no vaya.

Por tanto se fueron Laura y Almanzo.

Detuvieron los caballos alejados de la gente para que nadie fuese atropellado. En el amplio espacio abierto, a distancia segura, se quedaron sentados en el buggy y esperaron hasta que una gran cola de fuego ascendió muy alto en la oscuridad y explotó como una estrella.

Al primer resplandor, Barnum se encabritó y Skip saltó. Echaron a correr arrastrando el buggy. Almanzo les obligó a girar en un amplio circulo haciendo que dieran la cara a los fuegos artificiales, justo en el momento que explotó otra gran estrella.

—No te preocupes por los caballos —le dijo a Laura. —Yo los dominaré. Tu mira los fuegos.

Así lo hizo Laura. Tras cada bella explosión en la oscuridad Almanzo hizo que los animales siguieran en círculo, siempre trayéndolos a tiempo para ver la siguiente tanda. No se marcharon hasta que hubo terminado todo el castillo de fuegos.

Laura comentó —Realmente ha sido una buena idea que guardaras las plumas en el bolsillo. Si hubieran estado en el sombrero mientras mirábamos los fuegos seguramente hubieran saltado, ya que girábamos muy aprisa.

—¿Es que todavía las tengo en el bolsillo? —preguntó sorprendido Almanzo.

—Eso espero —contestó Laura. —Si así es, podré coserlas en el sombrero nuevamente.

Las plumas estaban en el bolsillo y al tiempo que se las devolvía en la puerta de casa, le dijo —Vendré por ti el domingo. Estos caballos necesitan ejercicio.

Capítulo Veintinueve

TORMENTA DE VERANO

Aquella semana el calor fue intenso y el domingo por la mañana en la iglesia, Laura respiraba afanosamente en busca de aire. Las olas cálidas apretaban las ventanas y hasta los amagos de brisa eran ardientes.

Cuando terminó la iglesia, Almanzo estaba esperando fuera para llevar a Laura a casa. Mientras la ayudaba a subir al buggy le dijo —Tu madre me ha invitado a comer y después ejercitaremos a estos caballos de nuevo. Esta tarde hará calor —dijo ya en el buggy —pero pasear será mas agradable que estar sentados en casa, si es que no cae una tormenta.

—Las plumas ya están cosidas fuertemente —rió Laura. —Dejemos que sople el viento.

Poco después de la estupenda comida del domingo hecha por mamá, salieron y fueron hacia el Sur cruzando la interminable pradera. El sol brillaba con fuerza e incluso a la sombra de la capota del buggy en movimiento, el calor oprimía opresivamente. En lugar de ser suave y refrescante, la brisa llegaba en oleadas de fuego.

La potencia de las olas de calor, producía unos fantasmagóricos reflejos plateados que se alejaban de ellos a medida que avanzaban camino adelante; parecían olas en movimiento y los vientos invisibles jugaban con la hierba, retorciéndola en frenéticos remolinos, arriba y abajo, cerca y lejos.

Al cabo de un rato, unas nubes negras empezaron a apelotonarse hacia el Noroeste y el calor se volvió más intenso.

—Es una tarde muy rara. Creo que será mejor que regresemos a casa —sugirió Almanzo.

—Sí, hagámoslo aprisa —rogó Laura. —No me gusta nada como está cambiando el tiempo.

La negra masa de nubes se elevaba muy rápidamente. Almanzo hizo dar una vuelta a los caballos y los dirigió hacia casa. Los frenó y pasó las riendas a Laura. Conténlos mientras pongo la cortina del buggy. Va a llover, aseguró.

Rápidamente, en la parte trasera del carricoche, soltó las cintas que mantenían enrollada la cortina de atrás. La sujetó a los lados y al fondo, cerrando bien el buggy. Inmediatamente extrajo de debajo del asiento, las dos cortinas laterales y las colocó en su lugar asegurándolas con todo cuidado.

De regreso en el asiento, extendió la cubierta de goma antitormentas y la colocó encima del habitáculo, bien ajustada.

Laura quedó admirada de lo bien construida que estaba esta cubierta. Tenia una ranura para pasar el soporte del látigo. También contaba con una abertura para pasar las riendas y así poderlas sostener bajo la cubierta y se tapaban las aberturas para evitar que penetrara la lluvia. Esta cubierta era tan amplia que protegía ambos lados del buggy y se abrochaba en el armazón de la parte superior.

Todo esto se hizo rápidamente. En unos instantes Laura y Almanzo estaban bien acurrucados en un compartimento protegido por cortinas de goma. La lluvia no podía penetrar en la cubierta, ni a través de las cortinas ni en la capota del carricoche. Por encima del cobertor, que les llegaba hasta la barbilla, podían mirar.

Almanzo tomó las riendas de las manos de Laura, arreó a los caballos y dijo —¡Ahora ya puede llover!

—Sí —asintió Laura —aunque tal vez podamos ganar la carrera a la tempestad.

Almanzo azuzaba a los caballos. Pese a que iban muy aprisa, las negras nubes corrían más, rodando a la carrera por el cielo. Laura lo contemplaba todo en silencio. La Tierra entera se había quedado silenciosa e inmóvil, como sujeta por el terror. El sonido de los rápidos cascos de los caballos y los crujidos del buggy casi se perdían en el inmenso silencio.

La gran masa de nubes se retorcía como si estuviera llena de furia y rabia. Chispazos de luz roja la atravesaban continuamente. Pero, sin embargo, el aire continuaba inmóvil y en

silencio. El calor aumentó. El flequillo de Laura estaba húmedo con la transpiración y se pegaba a la frente, al tiempo que pequeñas gotas se deslizaban por sus mejillas y descendían hasta el cuello. Almanzo siguió animando a los caballos.

Ya casi encima de ellos, las nubes cambiaron de color negro a un tremendo púrpura-verdoso. Parecía que deseaban juntarse y formar un todo, pero de pronto un gran dedo surgió de ellas y se extendió hacia abajo, intentado alcanzar el suelo. Efectivamente llegó, se volvió hacia arriba y volvió a bajar.

—¿A qué distancia estará eso? —preguntó Laura.

—Diría que a unas diez millas —replicó Almanzo.

Se les estaba acercando desde el Noroeste a medida que ellos se dirigían hacia el Noreste. Ningún caballo, por rápido que pudiera correr podía competir con la velocidad de las nubes. Rodaban por el cielo enseñoreándose de la desprotegida pradera y se acercaron juguetonamente, como la zarpa de un gato jugando con un ratón.

Llegó otro torbellino detrás del primero y otro más. Los tres alcanzaron la tierra, se retiraron y volvieron de nuevo.

Algo después se dirigieron ligeramente hacia el Sur. Uno tras otro, los tres tocaron el suelo, bajo la masa de nubes y viajaron con ella rápidamente. Pasaron por detrás del buggy, hacia el Oeste y se fueron hacia el Sur. Un viento terrorífico se levantó de golpe, tan fuerte que el buggy osciló peligrosamente, pero la tormenta ya se alejaba. Laura dejó escapar un suspiro de alivio.

—Si hubiéramos estado en casa, papá nos hubiera mandado a la bodega —dijo Laura. —Y debo decir que hubiera estado contenta de hacerlo —añadió.

—Hubiéramos necesitado una buena bodega si esa tormenta se hubiese cruzado en nuestro camino. Nunca me he sentido metido en una bodega anticiclón, pero si alguna vez me encuentro con nubes como esas lo haré sin vacilar — admitió Almanzo.

Súbitamente, el viento cambió. Sopló del Sudoeste y trajo consigo ráfagas de frío.

—Granizo —comentó Almanzo.

—Sí —asintió Laura. En alguna parte, aquella nube está soltando granizo.

En casa todos estuvieron contentos de verles. Laura jamás había visto a mamá tan pálida ni tan agradecida. Papá dijo que habían demostrado muy buen juicio volviéndose cuando lo hicieron. —Esa tormenta está haciendo mucho daño — comentó.

—Es una buena idea tener en este territorio una bodega — dijo Almanzo. Preguntó a papá su opinión sobre salir al campo cuando la tormenta hubiera pasado del todo para ver si alguien precisaba ayuda. Laura se quedó en casa mientras papá y Almanzo se marcharon.

Aunque la tempestad ya había pasado y el cielo estaba limpio, todavía estaban nerviosos.

Transcurrió la tarde y Laura se cambió de ropa poniéndose la de todos los días y con la ayuda de Carrie hizo las tareas de casa, antes de que regresaran Almanzo y papá. Mamá dispuso una cena fría y mientras comían, contaron lo que habían visto al paso de la tormenta.

Un pionero de no muy lejos del sur de la ciudad había acabado de trillar el trigo de su campo de cien acres. Había sido una espléndida cosecha que le hubiera pagado todas sus deudas y, además, dejado algún dinero en el banco. Tanto él como los que le ayudaban habían trabajado todo el día para acabar la labor. De pronto vieron que se acercaba la tormenta.

Acababa de enviar a sus dos hijos a devolver una carreta que le había prestado un vecino para que le ayudara en la trilla. Se metió en su bodega justo a tiempo. La tormenta se llevó todo el grano y la maquinaria, las carretas, el establo y la casa; todo. Nada le había quedado sino su parcela totalmente desnuda.

Los dos chicos y las mulas habían desaparecido completamente. Pero antes de que papá y Almanzo llegaran al lugar, el chico mayor había aparecido, totalmente desnudo. Tenía nueve años. Relató que él y su hermano estaban conduciendo las mulas a casa a toda prisa cuando la tormenta les sorprendió. Los levantó a todos juntos y les hizo volar en círculo, en pleno aire, con las mulas todavía aparejadas a los arneses. Fueron zarandeados en una vorágine, cada vez más aprisa y más arriba hasta que él empezó a sentirse mareado. Advirtió a su hermano pequeño que se sujetara fuertemente a su mula.

Entonces el aire se llenó de paja y se oscureció tanto que le era imposible ver nada. Sintió como se partía el arnés y suponía que se había desmayado, puesto que de lo primero que se dio cuenta fue de que estaba sólo y en pleno aire.

Podía ver la tierra bajo él. Estaba siendo transportado en un círculo, hundiéndose un poco más cada vez hasta que se encontró no muy lejos del suelo. Intentó saltar colocando los pies de manera que fueran lo primero en tocar. A continuación pudo correr por el suelo un corto espacio y finalmente se cayó. Después de descansar unos instantes, se levantó y emprendió el regreso a casa.

Habia aterrizado a más de una milla de distancia de la concesión de su padre. No tenía ni un jirón de ropa encima, incluso las botas bien atadas habían desaparecido, pero afortunadamente no estaba herido. Era un misterio la manera en que las botas le habían desaparecido de los pies sin siquiera producirle un rasguño.

Los vecinos colaboraron en buscar por todas partes al otro chico y a las mulas pero no se pudo hallar el menor rastro de ellos. Apenas quedaban esperanzas de encontrarles vivos.

—No obstante, si aquella puerta salió... —dijo Almanzo.

—¿Qué puerta? —quiso saber Carrie.

Era la cosa más rara que papá y Almanzo habían visto aquel día. Sucedió en la parcela de otro colono, más al Sur. Cuando éste hombre y su familia salieron de su bodega, dos postes desnudos era todo lo que quedaba de su establo y casa. Bueyes, carreta, herramientas, pollos, absolutamente todo había desaparecido. Se habían quedado sin nada, excepto las ropas que llevaban puestas y una manta que la esposa había agarrado para envolver al bebé en la bodega.

Este hombre dijo a papá —Soy afortunado. No tengo ninguna cosecha que perder—. Había llegado a su terreno aquella primavera y sólo pudo plantar algunas patatas.

A la puesta del sol, mientras papá y Almanzo regresaban de la búsqueda del muchacho perdido, pasaron por aquel lugar y se detuvieron unos instantes. El colono y su familia habían estado recogiendo pedazos de madera que había dejado la tormenta y él se estaba preguntando cuanta necesitaría para poder construir algún tipo de cobijo.

Mientras consideraban esto, uno de los muchachos vio un pequeño objeto oscuro arriba en el claro cielo. No parecía un ave, pero iba creciendo en tamaño. Todos lo observaron. Durante un rato cayó lentamente hacia ellos y finalmente vieron que era una puerta. Se posó bastante suavemente cerca de ellos. Era la puerta delantera de la desaparecida cabaña del colono.

Estaba en perfectas condiciones, nada estropeada y ni siquiera arañada. Lo maravilloso era saber dónde había estado todos esas horas y cómo cayó lentamente desde el cielo claro, directamente al lugar donde había estado la cabaña.

—Nunca vi un hombre más sorprendido que ese —dijo papá.— Ahora no tendrá que comprar una puerta para su nuevo alojamiento. Regresó incluso con las bisagras puestas.

Todos estaban asombrados. En toda su vida ninguno de ellos había oído hablar de algo tan extraño como el retorno de aquella puerta. Era increíble pensar lo lejos y lo alto que debía haber ido en el aire durante tantas horas.

—Este es un territorio extraño —dijo papá. —Pasan cosas muy raras.

—Sí —confirmó mamá. —Doy gracias que hasta ahora no nos han sucedido a nosotros.

La semana siguiente papá oyó decir en la ciudad que los cuerpos del chico perdido y de las mulas habían sido hallados al otro día. Tenían todos los huesos rotos. Las ropas también habían sido arrancadas del cuerpo del muchachito así como los arneses de las mulas. Jamás se encontraron restos de ropa o de arreos.

Capítulo Treinta

PUESTA DE SOL EN LA COLINA

Aquel domingo, Laura no salió a pasear en el buggy porque era el último día de Mary en casa. Se marchaba a la universidad al día siguiente.

El tiempo era tan caluroso que durante el desayuno mamá dijo que seguramente no iría a la iglesia. Carrie y Grace se quedarían en casa con ella y Laura y Mary irían con papá en la carreta.

Papá las estaba esperando cuando salieron del dormitorio, listas para marchar.

Laura se había puesto su vestido de color rosa claro y el sombrero nuevo con las plumitas de avestruz, ahora firmemente cosidas.

El vestido de Mary era azul, con florecillas blancas salpicadas aquí y allá. Su sombrero era de tipo marinero, hecho de paja blanca y llevaba una cinta azul. Tras el ala trasera su pelo era una gran masa de oro en espirales y sobre la frente le caían flecos dorados por encima de los ojos, tan azules como las cintas del sombrero.

Papá las contempló unos instantes. Los ojos le brillaban y la voz sonó orgullosa cuando exclamó juguetonamente —¡Por Jerusalén, Caroline! ¡No soy lo bastante para escoltar a dos damas tan hermosas hasta la iglesia!

Él también estaba muy guapo, con su traje negro y el cuello de terciopelo en la chaqueta, su camisa blanca y la corbata azul oscuro.

La carreta estaba aguardando. Antes de vestirse, papá había cepillado los dos caballos y también extendió una manta limpia en el asiento. Los animales dormitaban y papá ayudó a

Mary con mucho cuidado para instalarla bien y después le dio la mano a Laura. Extendió en sus regazos el cobertor antipolvo y Laura remetió los extremos para que los vestidos no se mancharan. Lentamente, aguantando el fuerte sol y el cálido viento se dirigieron a la iglesia.

Aquella mañana estaba tan llena que no pudieron conseguir tres asientos juntos. Papá se instaló delante, cerca del rincón "*amén*" y Laura y Mary se sentaron hacia la mitad.

El reverendo Brown estaba hablando muy encarecidamente y Laura pensaba que con tanta sinceridad que demostraba, debería decir algo interesante; en aquel momento vio un pequeño gatito que andaba perdido por el pasillo. Contempló cómo jugaba hasta que llegó a la tarima y permaneció allí arqueando el lomo y frotándose contra el púlpito. Sus ojitos redondos miraban a la concurrencia y Laura creyó que casi podía oírle ronronear.

También por el pasillo, pasó un perrito trotando alegremente. Era pequeño, de color negro y marrón con patas delgadas y un rabo cortito y se le veía muy natural andando aprisa. No buscaba a nadie ni iba a ninguna parte, sino que solamente estaba curioseando por la iglesia, cuando de pronto vio al gato. En un momento el perrito se puso en tensión e inmediatamente, como la explosión de un petardo, ladrando fuertemente, saltó hacia adelante.

El lomo del gatito se arqueó aún más, la cola vibró y como una centella desapareció del campo de visión de Laura.

Lo extraño fue que pareció desvanecerse completamente. No hubo persecución y el reverendo Brown continuó su sermón. Laura no tuvo tiempo de preguntarse nada; de pronto notó un ligero estremecimiento en los bajos de sus faldas y al mirar al suelo vio la punta de la cola del gatito que desaparecía bajo su vestido.

El gatito se había refugiado en lugar seguro y a continuación empezó a encaramarse por el interior sujetándose a los alambres del miriñaque. A Laura le entraron ganas de reír pero se controló a tiempo y siguió sentada, sería como un juez. El perrito se acercó husmeando y mirando ansiosamente en busca del gatito y el imaginarse lo que podría pasar si le encontraba hizo que Laura se estremeciera de cabeza a pies con conatos de risa.

Se daba cuenta de que sus costillas se agitaban contra el corsé, que se le encendían las mejillas y que le costaba frenar los sonidos que le subían a la garganta. Mary no sabía que es lo que la divertía tanto pero notó que tenía muchas ganas de reír y, metiéndole el codo, le murmuró —¡Compórtate!

Laura prosiguió con sus estremecimientos y risas ahogadas y notó que se le ponía la cara de color púrpura. El gatito estaba ahora bajando y su bigotuda naricita y sus asombrados ojos aparecieron por debajo del refugio y no viendo rastro del perro, salió disparado hacia la puerta. Laura escuchó atentamente pero no oyendo ningún ladrido, supo que el pequeño había escapado.

Camino de casa Mary le dijo —Laura, me sorprendes. ¿Es que nunca aprenderás a comportarte debidamente en la iglesia?

Laura se rió hasta saltársele las lágrimas mientras Mary la miraba desaprobadoramente y papá quería enterarse de lo que había pasado.

—No Mary, nunca —pudo al fin responder secándose los ojos. —Puedes considerarme un caso perdido—. Entonces lo contó todo y, lógicamente, Mary tuvo que reírse.

La comida del domingo y la sobremesa pasaron tranquilamente en charla familiar y cuando el sol se estaba poniendo Mary y Laura dieron su último paseo juntas hasta la cima de la colina para contemplar la puesta de sol.

—Nunca veo las cosas tan bien como contigo —comentó Mary. —Y cuando regrese la próxima vez, tu ya no estarás aquí.

—No, pero tu vendrás a verme a donde yo esté —contestó Laura.— Tendrás dos hogares para visitar.

—Pero estas puestas de sol... — empezó Mary, pero Laura la interrumpió.

—El sol también se pone en la granja de Almanzo, al menos así lo espero —bromeó. —Allí no hay ninguna colina pero sí diez acres de árboles. Caminaremos entre ellos y los verás. Hay chopos, desde luego, pero también arces, sauces y boj. Si arraigan, formarán un hermoso bosque. No serán únicamente un paraviento alrededor de la casa, como en el caso de papá, sino un auténtico bosque.

—Será muy extraño ver estas praderas llenas de árboles —dijo Mary.

—Todo cambia —respondió Laura.

—Sí—. Permanecieron en silencio un rato, hasta que Mary dijo —Ojalá pudiera estar en tu boda. ¿No podrías aplazarla hasta el próximo Junio?

Lentamente Laura contestó —No, Mary. Tengo dieciocho años y he dado clases durante tres términos de escuela, lo que significa uno más de los que hizo mamá. No quiero enseñar más. Deseo estar asentada este invierno en nuestra propia casa.

—Será únicamente la ceremonia —añadió. Papá no puede permitirse una gran boda y yo no quiero que la familia se meta en gastos. Cuando regreses el próximo verano mi casa estará completamente preparada para recibirte y acogerte.

—Laura —dijo Mary. —Me sabe mal lo del órgano. Si lo hubiera sabido... pero quería ver la casa de Blanche que estaba cerca y le ahorraba a papá el importe de mi billete de tren y además, no creí que nada fuera a cambiar en casa. Yo sentía que estaba siempre aquí, para poder regresar.

—Y así es Mary —le contestó Laura. —Y no te sientas mal en lo referente al órgano. Recuerda solamente lo bien que lo pasaste en casa de Blanche. Estoy contenta de que fueras, de verdad y lo mismo vale para mamá. Así lo aseguró en su momento.

—¿Eso hizo?— La cara de Mary se iluminó. Laura le contó lo que habia opinado mamá y que estaba muy contenta de que ella lo pasase bien mientras fuese joven, para tener cosas que recordar. El sol ya estaba ahora desapareciendo y Laura le describió la gloria de los tonos carmesí y el oro de las llamas que iluminaban el cielo para irse lentamente transformando en rosa y gris.

—Volvamos a casa —dijo Mary. —Noto el cambio en el aire.

Se quedaron un momento más con las manos entrelazadas mirando hacia el Oeste y, lentamente, bajaron la loma y pasaron delante del establo.

—El tiempo pasa muy aprisa —comentó Mary. ¿Recuerdas cuando el invierno era tan largo que parecía que el verano no

llegaría nunca? Y después, en verano, el invierno quedaba tan lejano que casi olvidábamos cómo era.

—Sí; y lo bien que lo pasábamos cuando éramos pequeñas —contestó Laura. —Aunque tal vez los tiempos que van a venir ahora serán mejores. Nunca se sabe.

Capítulo Treinta y uno

PLANES DE BODA

Como de costumbre, la partida de Mary dejó un vacío en la casa. A la mañana siguiente mamá aconsejó brevemente —Vamos a ponernos a coser Laura. Las manos ocupadas son una gran ayuda para sentirse alegre.

Laura trajo la muselina, mamá cortó y la salita se llenó con el zumbido de la máquina de coser y la alegría que aportaba el coser juntas las dos.

—Tengo una idea para hacer las sábanas —dijo Laura. —No voy a hacer costuras a todo lo largo con pespuntes. Coseré a máquina por el centro. Creo que quedarán lo suficientemente suaves y que prestarán muy buen servicio.

—Puede estar bien —dijo mamá. —Nuestras abuelas se estremecerían en sus tumbas, pero después de todo, estos son tiempos modernos.

El cosido de la ropa blanca fue realizado rápidamente con la máquina. Laura trajo las docenas de yardas de puntilla que había hecho a mano y como por arte de magia, la rápida aguja de la máquina las unió a los extremos de las fundas de almohadas, a las mangas y cuellos de las camisas de dormir y también a las blusas y aún sobró para los cajones.

Mientras se afanaban con la ropa blanca, hablaron sobre los vestidos de Laura.

—El marrón está como nuevo —aseguró Laura. —Y el de color de rosa es nuevo. ¿Qué más necesito?

—Necesitas un vestido negro —contestó mamá con decisión. —Opino que toda mujer debería tener un bonito vestido negro. Iremos a la ciudad el sábado y compraremos la tela. De cachemir, que se lleva muy bien, siempre viste y sirve para toda

ocasión, excepto durante los días más calurosos del verano. Cuando ya lo dejes de lado, tendrás que comprarte algo bonito para tu boda.

—Hay mucho tiempo —aseguró Laura. En la vorágine del trabajo de verano Almanzo había tenido poca oportunidad de trabajar en la casa. Había llevado a mamá y a Laura un domingo para que vieran el armazón que se alzaba al lado de grandes pilas de madera preparada y que estaba situado cerca del camino que pasaba por detrás del bosquecillo de los pequeños árboles.

Habrían tres habitaciones, la sala grande, un dormitorio y una despensa. Pero después de que Laura hubo visto como iban los planes Almanzo no volvió a llevarla a la casa de nuevo.

—Déjamelo a mí —le dijo. —Tendré puesto el techo antes de que lleguen las nieves.

Siguieron dando sus largos paseos dominicales hasta los lagos gemelos o a Spirit Lake e incluso más allá.

El lunes por la mañana, mamá desdobló el cachemir negro y con sumo cuidado ajustó los patrones de papel de periódico a la tela para que no se desperdiciara ni un solo trozo; cortó con plena seguridad empleando sus grandes tijeras. Preparó las partes de la falda, las del tronco y las mangas. Después de la comida la máquina fue enhebrada con hilo negro y empezó a trabajar.

Su zumbido se alargó toda la tarde. Estaba Laura cosiendo forro cuando al alzar la mirada de su labor vio a Almanzo que llegaba a la casa. Algo habría sucedido, estaba segura, pues de lo contrario el no vendría en martes. Se apresuró a ir a la puerta y él le dijo —Ven a dar un corto paseo. Tengo que hablarte.

Poniéndose el sombrero Laura fue con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó al tiempo que Barnum y Skip salían trotando.

—Sólo esto —dijo Almanzo ansiosamente. —¿Deseas una gran boda?

Ella le miró asombrada de que él hubiera venido a preguntarle únicamente eso cuando podrían verse tranquilamente el próximo domingo. —¿Por qué me lo preguntas? —inquirió.

—Si no es así ¿querrías y podrías estar preparada para casarnos a fin de esta semana o a primeros de la otra? —preguntó él todavía más ansiosamente. —No respondas hasta que te diga por qué. Cuando estuve en Minnesota el invierno pasado, mi hermana Eliza empezó a planificar una gran boda para nosotros. Le dije que no lo deseábamos y que olvidara la idea. Esta mañana recibí una carta; no ha cambiado de idea. Viene para acá con mi madre para hacerse cargo de nuestra boda.

—¡Oh no! —exclamó Laura.

—Ya conoces a Eliza —dijo Almanzo. —Tiene la cabeza muy dura y siempre ha querido mandar, pero yo podría manejar el asunto si únicamente se tratara de ella. Mi madre es diferente, se parece más a la tuya, te agradará mucho. Pero Eliza le ha conquistado el corazón en el sentido de que hay que hacer una gran ceremonia en la iglesia y una gran celebración después y si llegan aquí antes de que nos hayamos casado no se cómo voy a decírselo a mi madre. No. No quiero ese tipo de boda y tampoco puedo permitirme gastar lo que me costaría. ¿Qué piensas de todo esto?

Se hizo el silencio mientras Laura pensaba. A continuación habló quedamente —Papá tampoco puede permitirse el ofrecerme ese tipo de boda. Me agradaría esperar un poco más para tener todas mis cosas listas. Si nos casamos tan pronto no tendré vestido de novia.

—Utiliza el que llevas puesto. Es muy bonito —la urgió Almanzo.

Laura no pudo evitar la risa. —Este es de batista. ¡No podría!— Más seriamente continuó —Mamá y yo estamos haciendo uno que podría servir.

—Entonces, querrías... digamos ¿a finales de esta semana?

Laura quedó callada de nuevo. Entonces reunió todo su valor y le preguntó —Almanzo, debo preguntarte algo. ¿Vas a desear que prometa obedecerte?

Seriamente, él contestó —Desde luego que no. Ya se que eso figura en la ceremonia de casamiento pero sólo es algo que las mujeres dicen. Nunca he sabido de ninguna que lo cumpliera, ni ningún hombre decente desearía que así fuese.

—Bueno, yo no voy a prometer el obedecerte —dijo Laura.

—¿Es que estás a favor de los derechos de la mujer, igual que Eliza preguntó Almanzo sorprendido.

—No —replicó Laura. No quiero votar. Pero no deseo hacer una promesa que no voy a cumplir y, Almanzo, incluso si lo intentara, no creo que pudiera obedecer a nadie contra mi voluntad y juicio.

—Nunca esperé que lo hicieras —le aseguró él. Y no habrá ninguna dificultad en la ceremonia porque el reverendo Brown no cree en el uso de la palabra "obedecer".

—¡No cree en ello! ¿Estás seguro?— Laura jamás había estado tan sorprendida y tan aliviada el mismo tiempo.

—Está muy convencido de ello —confirmó Almanzo. —Le he oído discutir horas y horas citando párrafos de la Biblia contra San Pablo a este respecto. Ya sabes que es primo de John Brown, de Kansas y que piensa muy igual que él. ¿Va bien así entonces? ¿A finales de esta semana o a principios de la otra?

—Si, de acuerdo, si esta es la única manera de escaparnos de una gran boda —asintió Laura. —Estaré lista a finales de la presente semana o a primeros de la otra, lo que tu digas.

—Si puedo tener la casa terminada, digamos a fines de esta —consideró Almanzo. —En caso contrario, tendrá que ser la próxima. Digamos que cuando la casa esté lista iremos a ver al reverendo Brown y nos casaremos tranquilamente, sin ningún jaleo. Ahora te llevaré de regreso a tu casa y todavía

voy a tener tiempo de trabajar un poco más en la nuestra esta noche.

Ya en su hogar Laura vaciló en contar el plan. Creía que mamá pensaría que tantas prisas estaban fuera de lugar. Podría incluso decirle —Casarse aprisa, arrepentirsepronto.— Aunque realmente no se iban a casar aprisa. Habían estado saliendo juntos durante tres años.

No fue hasta la hora de cenar que Laura halló el valor para comunicar que ella y Almanzo habían planeado casarse tan pronto.

—No podremos tener terminado el vestido de novia —objetó mamá.

—Podemos terminar el de cachemir negro y lo estrenaré —contestó Laura.

—No me gusta pensar que te cases de negro —dijo mamá. —Ya sabes lo que se dice: —Casada de negro es que quieres regresar.

—Será nuevo. Y llevaré mi sombrero con la cinta de seda azul y te pediré prestado tu aguja de oro cuadrada con la fresa y así estaré llevando algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul —explicó Laura alegremente.

—No creo que haya nada de cierto en estos viejos refranes —negó mamá.

—Papá dijo —Creo que vais a hacer algo sensato. Tu y Almanzo demostráis buen juicio.

Pero mamá todavía no estaba totalmente satisfecha. —Que venga aquí el reverendo Brown. Podéis casaros en casa, Laura. Podemos celebrar una bonita boda aquí.

—No mamá, no podríamos hacer una celebración sin esperar a la madre de Almanzo —objetó Laura.

—Laura tiene razón y tu también lo crees así Caroline — dijo papá.

—Por supuesto que sí —admitió mamá.

Capítulo Treinta y dós

APRISA A LA BODA

Con la mejor voluntad Carrie y Grace se ofrecieron para hacer las tareas de casa a fin de que mamá y Laura pudieran terminar el vestido de cachemir y todos los días de esa semana cosieron tan rápido como pudieron.

Hicieron la parte de arriba muy ajustada, terminada en punta de atrás y de delante, forrada con batista negra y con barbas de ballena en las costuras. Tenía también un cuello de cachemir. Las mangas estaban asimismo forradas. Eran largas y encajaban muy bien, con bastante amplitud por la parte de arriba y estrechas en la muñeca. El pecho quedó muy adornado. Los botones eran redondos, negros y se abrochaban por delante.

La falda llegaba prácticamente al suelo. Quedaba muy en consonancia por la parte de arriba. Estaba forrada con batista y llevaba crinolina muy bien colocada. La parte inferior y el forro quedaban remetidos por dentro y cosidos en forma que no se veían los pespuntes por fuera.

Aquel domingo no hubo paseo en coche. Almanzo pasó un momento vestido con su ropa de trabajo y comunicó que estaba rompiendo el *Sabbath* trabajando en la casa. Dijo que estaría terminada el miércoles; y por tanto podrían casarse el jueves. Vendría a buscar a Laura a las diez de la mañana, ya que el reverendo Brown tenía que salir de la ciudad en el tren de las once.

—Entonces es mejor que vengas con la carreta el miércoles, a fin de recoger las cosas de Laura —le dijo papá.— Almanzo prometió hacerlo y todo quedó de acuerdo. Con una sonrisa a Laura se marchó rápidamente.

El martes por la mañana papá fue a la ciudad y al mediodía regresó trayendo un regalo para Laura en forma de un nuevo baúl. —Será mejor que metas tus cosas aquí hoy —le dijo.

Con la ayuda de mamá, Laura llenó el baúl por la tarde. En el fondo puso una caja con su vieja muñeca de trapo "*Charlotte*" con todos sus vestidos. Después vinieron los vestidos de invierno, a continuación las sábanas, las fundas de almohada, las toallas, la ropa blanca, los vestidos de indiana y el marrón de popelín. El de color de rosa fue cuidadosamente colocado encima para que no se arrugara. En el departamento de sombreros Laura colocó el nuevo de plumas de avestruz y también guardó sus agujas de hacer punto y algún ovillo.

Carrie trajo la cajita de cristal de Laura diciendo —Se que quieres esto.

—Laura la sostuvo sumida en la duda. No quisiera arrebatar esta cajita a Mary. No deben separarse —murmuró.

—Mira, yo he arrimado más cerca mi caja a la de Mary. —Carrie se lo mostró. —Ya no se la ve sola—. Por tanto Laura puso la suya en el baúl con sumo cuidado, entre ropa suave para evitar que se rompiera.

El baúl estaba lleno y Laura cerró la tapa. Mamá extendió una sábana en la cama. —Supongo que quieres tu edredón —le dijo.

Laura lo trajo. Todavía era aquel que había decorado a parches mientras Mary hacía el suyo. Desde entonces se había conservado cuidadosamente. Mamá lo extendió, lo dobló sobre la sábana y encima puso dos grandes y blandas almohadas.

—Quiero que te lleves estas, Laura —le dijo. —Me ayudaste a salvar las plumas de los gansos que papá cazó en Silver Lake. Están como nuevas y las he estado guardando para ti. Este mantel a cuadros rojos y blancos es como los que

siempre hemos tenido. Creo que hará más hogareña tu nueva casa si lo ves puesto en tu mesa. —Y mamá lo colocó encima de las almohadas. Dobló los extremos de la vieja sábana por encima de todo y los ató fuertemente. —Bueno, esto evitará el polvo —dijo.

Almanzo llegó a la mañana siguiente con Barnum y Skip enganchados a la carreta. Él y papá cargaron el baúl y el atado de las almohadas. Entonces papá le comentó —Espera un momento, no te vayas tan aprisa, regresaré enseguida —y entró en casa. Durante unos instantes los otros se quedaron junto al carromato, hablando y esperando que papá apareciese por la puerta.

Pero salió por la esquina llevando la vaca favorita de Laura, que por cierto, tenía un carácter muy tranquilo. Sin decir nada, papá la ató detrás de la carreta y lanzó la cuerda sobrante en la misma mientras comentó —La cuerda va con ella.

—¡Oh papá! —exclamó Laura. ¿De veras quieres que me lleve a Fawn?

—¡Eso es exactamente lo que quiero! —contestó papá. —Sería una lástima que no pudieras tener una vaca después de las que has ayudado a crecer.

Laura no podía hablar, pero lanzó a papá una profunda mirada de agradecimiento.

—¿Crees que es seguro atarla detrás de estos caballos? —preguntó mamá. Almanzo le aseguró que todo iría bien y después le dio las gracias a papá por el regalo de una vaca.

Volviéndose hacia Laura dijo —Estaré aquí por la mañana a las diez.

—Estaré preparada —prometió Laura, pero tan pronto se quedó mirando la partida de Almanzo, no pudo asimilar por entero que mañana se marcharía de casa. Pese a que lo intentaba, no podía pensar que el irse de su hasta ahora hogar significaba que no volvería, tal como siempre había regresado después de sus paseos con Almanzo.

Por la tarde, el vestido de cachemir fue planchado con mucha atención y después mamá hizo un gran pastel. Laura la ayudó batiendo las claras de huevo con un tenedor en una bandeja, hasta que mamá le dijo que ya estaban bien.

—Se me ha dormido el brazo —comentó Laura riendo, mientras se lo frotaba.

—Este pastel debe quedar muy bien —insistió mamá. —Ya que no vas a tener una fiesta de boda, por lo menos tendrás una comida de casamiento en casa y un pastel de boda.

Aquella noche, después de cenar Laura acercó el violín a papá y le pidió —Por favor papá, toca un poco de música.

Papá sacó el violín del estuche. Estuvo un buen rato afinándolo y después puso resina en el arco con mucha destreza. Finalmente empuñó instrumento y arco y se aclaró la garganta. —¿Qué quieres que toque Laura?

—Primero interpreta algo para Mary —pidió Laura. —Y después toca todas las viejas canciones, una tras otra, tanto tiempo como quieras y puedas.

Se sentó en el umbral mientras papá y mamá lo hacían de cara hacia la gran pradera y papá tocó *Highland Mary*. Cuando el sol ya se estaba poniendo papá tocó las viejas canciones que Laura conocía desde que podía recordar.El sol desapareció de la vista dejando brillantes banderas de colores tras de sí. Los colores se fueron desvaneciendo, la tierra adquirió sombras y centellearon las primeras estrellas. Dulcemente, Carrie y Grace se reclinaron en mamá. El violín siguió sonando en el crepúsculo.

Cantó las canciones que Laura conoció en los Big Woods de Wisconsin y las baladas que papá había tocado junto a las hogueras de los campamentos a lo largo de las llanuras de Kansas. Repitió los cantos del ruiseñor a la luz de la luna en las riberas del Verdigris River, recordó los días de Plum Creek y los atardeceres de invierno en la nueva casa que papá había construido allí. Cantó la Navidad en Silver Lake y la primavera después del largo *Duro Invierno*.

Después empezó a sonar más dulcemente y la voz profunda de papá se unió a la del instrumento.

En aquellos amados días, ya pasados, más allá del recuerdo
Cuando en el mundo las neblinas empezaron a caer
De los sueños felices surgió
Y para nuestros corazones el amor cantó una antigua
y dulce canción.

Y en la penumbra donde se hundió el fuego de la luz
Suavemente se introdujo en nuestro sueño.

Una canción en el crepúsculo, cuando la luz disminuye
Y las sombras vacilantes suavemente vienen y van
Aunque el corazón esté triste y triste y largo sea el día
Para nosotros sigue llegando la vieja canción de amor
Viene la antigua y dulce canción de amor.

Todavía hoy escuchamos el canto de amor de antaño
Profundamente en nuestros corazones vive para siempre
A lo largo del camino otros pasos pueden pasar
Pero lo podemos escuchar al caer el día
Y así, al final, cuando las sombras de la vida caigan
El amor seguirá siendo la canción más dulce de todas.

Capítulo Treinta y trés

LA CASITA GRIS DEL OESTE

Laura estaba preparada cuando Almanzo llegó. Llevaba su nuevo vestido negro de cachemir y el sombrerito con la cinta azul sujeta bajo su oreja izquierda. Las suaves puntas negras de sus zapatos asomaban ligeramente por debajo de la falda cuando caminaba.

Mamá le había puesto su broche de oro con la fresa junto a la puntilla blanca en que terminaba el cuello del vestido.

—¡Vaya! —dijo mamá. —Aunque el vestido sea negro luces perfecta.

Papá comentó —Lo conseguirás pequeña.

Carrie trajo un fino pañuelo blanco bordado con puntilla que hacía juego con el cuello del vestido de Laura. —Lo he hecho para ti —dijo. —Se ve muy bonito en tu mano, en contraste con el vestido negro.

Grace lo admiraba todo. Vino Almanzo y se quedaron en la puerta mientras Laura y Almanzo se marchaban.

—Laura habló sólo una vez preguntando —¿Sabe el reverendo Brown que vamos para allá?

Almanzo explicó —Le vi de camino para acá. No empleará la palabra obedecer.

La señora Brown abrió la puerta de la sala. Nerviosamente dijo que iría a avisar al señor Brown y les pidió que se sentaran. Entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Laura y Almanzo se quedaron esperando. En el centro de la sala había una mesa de mármol sobre una alfombra tejida a mano. En la pared colgaba un cuadro en color en el que se veía a una mujer asida a una cruz blanca plantada sobre una roca. Los rayos iluminaban el cielo por encima de ella y enormes olas se alzaban poderosas a su alrededor.

La puerta del otro dormitorio se abrió e Ida salió y se sentó en una silla cercana a la puerta. Sonrió temerosamente a Laura y se puso a retorcer nerviosamente un pañuelo en su regazo.

La puerta de la cocina se abrió y apareció un joven alto y delgado que calladamente se sentó en otra silla. Laura supuso que sería Elmer pero no tuvo tiempo de observarle porque el reverendo Brown salió del dormitorio poniéndose la chaqueta. Se ajustó el alzacuellos y solicitó a Laura y Almanzo que se levantaran y se pusieran de pie ante él.

Y así se casaron.

El reverendo Brown, la señora y Elmer les estrecharon las manos y Almanzo deslizó un billete de banco doblado al reverendo Brown. Este lo desdobló y al principio no comprendió por qué Almanzo le daba nada menos que diez dólares. Ida apretó la mano de Laura y trató de hablar, pero se atragantó; rápidamente la besó, puso un paquetito en su mano y salió corriendo de la habitación.

Laura y Almanzo salieron al sol y al viento. Él la ayudó a subir al buggy y desató los caballos. Fueron hacia la ciudad. La comida estaba lista cuando llegaron. Mamá y las chicas habían trasladado la mesa a la sala, entre la puerta abierta y las ventanas. La habían cubierto con el mejor mantel blanco que tenían y habían puesto la mejor vajilla. Las cucharas de plata brillaban en el centro de la mesa y los cuchillos de acero y los tenedores estaban tan pulidos que quedaban igual de brillantes.

Mientras Laura vacilaba tímidamente en la puerta, Carrie le preguntó —¿Qué es eso que llevas en la mano?

Laura miró. Junto al pañuelito de Carrie, tenía en la mano el paquete que Ida le había entregado. —Vaya, pues no lo sé. Ida me lo dio.

Abrió el sedoso papel y desplegó la más bonita puntilla que jamás había visto. Era un triángulo de seda con un lindísimo dibujo de flores y hojas.

—Te durará toda la vida Laura —dijo mamá y Laura comprendió que siempre conservaría este hermoso regalo que Ida le había dado.

Almanzo regresó de dejar los caballos en el establo y todos se sentaron a comer.

Fue uno de aquellos deliciosos ágapes de mamá, pero toda la comida tuvo para Laura el mismo sabor. Incluso el pastel de boda le pareció seco y como de serrín y era porque finalmente se daba cuenta que se marchaba de su casa y que nunca más volvería para quedarse. Todos alargaron la sobremesa porque sabían que después de la comida venía la partida y al fin Almanzo dijo que era hora de marcharse.

Laura se puso su sombrero y se dirigió al buggy que Almanzo iba acercando a la puerta. Hubo besos de despedida y buenos deseos mientras él esperaba para ayudarla a subir. Pero papá la tomó de la mano.

—De ahora en adelante la ayudarás tu, joven —le dijo a Almanzo. —Pero esta vez lo haré yo. —Papá la ayudó a subir.

Mamá trajo un cesto tapado con un paño blanco. —Es algo que contribuirá a la cena —explicó con labios temblorosos. —Vuelve pronto Laura.

Cuando Almanzo iba a alzar las riendas Grace vino corriendo con el viejo sombrero de Laura. —¡Olvidabas esto! —chilló alargándoselo. Almanzo contuvo los caballos mientras Laura lo tomaba. Arrancaron y Grace gritó ansiosamente tras ellos —¡Acuérdate Laura! ¡Mamá dice que si no te pones el sombrero te quedarás tan morena como un indio!

Todos rieron cuando Laura y Almanzo se alejaron.

Fueron por el camino que tantas veces habían recorrido, atravesando Big Slough, por la esquina del granero de Pearson, subieron Main Street, cruzaron las vías del tren y siguieron en dirección a la nueva casa de Almanzo en el bosquecillo.

Fue un recorrido silencioso casi hasta el final. Por primera vez aquel día Laura se fijó en los caballos. —¡Caramba! ¡Llevas a Prince y a Lady!

—Prince y Lady empezaron esto —dijo Almanzo. —Por tanto pensé que les gustaría traernos a casa. Y aquí estamos.

Las rodadas de la carreta y del buggy habían trazado un perfecto semicírculo en dirección al bosquecillo de los arbolitos de delante de la casa. Allí estaba, recién acabada, pintada suavemente en color gris claro. La puerta delantera situada en el centro y las dos ventanas daban a la fachada un aspecto

sonriente. En el umbral yacía un gran perro pastor marrón que se levantó y, educadamente, movió la cola dando la bienvenida a Laura cuando el buggy paró.

—¡Hola Shep! —le saludó Almanzo. Ayudó a Laura a bajar y abrió la puerta. —Entra mientras guardo los caballos —le dijo.

Justo al pasar la puerta ella se paró y miró. Esa era la habitación grande. Las paredes estaban pintadas de blanco. Al fondo había una mesa plegable cubierta con el mantel de mamá de cuadros rojos y con una silla a cada lado de la misma. Más allá se veía una puerta cerrada.

En el centro de la larga pared de la izquierda una gran ventana dejaba entrar la luz del sol del Sur. Simétricamente a cada lado de ella, dos mecedoras se miraban. Al lado de la más cercana a Laura había una mesita redonda con una lámpara suspendida del techo. Alguien podría sentarse allí por la noche y leer un periódico y en la otra silla otra persona podría hacer media.

La ventana que daba junto a la puerta principal dejaba entrar todavía más luz en aquella agradable habitación.

En la otra pared había otras dos puertas cerradas. Laura abrió la más próxima y vio el dormitorio. Su edredón estaba desplegado sobre la ancha cama con las dos almohadas a la cabecera. A todo lo largo había una ancha estantería más alta que la cabeza de Laura y de su extremo colgaba una bonita y floreada cortina de batista que llegaba hasta el suelo, lo que hacía un perfecto armario para ropa. Contra la pared de debajo de la ventana central reposaba el baúl de Laura.

Todo esto lo había mirado rápidamente. Ahora se quitó el sombrero y lo puso en la estantería. Abrió el baúl y sacó el vestido de batista y el delantal. Quitándose el cachemir negro lo colgó cuidadosamente en el hueco encortinado, se puso el de batista y se ciñó el delantal rosa. Salió a la habitación principal al tiempo que Almanzo entraba por la puerta.

—¡Lista para trabajar, por lo que veo! —dijo él alegremente poniendo el cesto que les había dado mamá sobre una silla cercana. —Supongo que también me tengo que preparar para el trabajo—. Volvió la mirada hacia el dormitorio y explicó —Tu mamá me dijo que abriera el baúl y colocase las cosas.

Ella miró a la puerta cercana a la mesa. La cocina-estufa de soltero estaba allí y algunos potes y sartenes colgaban de las paredes. Había una ventana y una puerta trasera que daban al establo, situado más allá de algunos arbolitos.

Laura regresó a la puerta principal. Tomó el cesto de mamá y abrió la última puerta. Sabía que sería la despensa, pero se quedó sorprendida e inmediatamente muy contenta al ver cómo era. Una pared completa estaba cubierta de estanterías y cajones y otro estante muy ancho corría bajo una gran ventana en la parte del fondo.

Llevó el cesto de mamá a aquel estante y lo abrió. Contenía una gran hogaza del buen pan de mamá, una bola de mantequilla y lo que había quedado del pastel de boda. Lo dejó todo en la estantería mientras investigaba el contenido de la despensa.

Una de las largas paredes estaba llena de estanterías desde el techo hasta la mitad. Los estantes superiores estaban vacíos, pero abajo había una lámpara de cristal, los platos de soltero de Almanzo y dos jarras de leche, así como otras vacías. Al extremo había una serie de latas de especias.

Debajo se veían muchos cajones de diferentes tamaños. Directamente bajo las especias y por encima del estante de la ventana se encontraban otros dos cajones estrechos. Uno lleno de azúcar blanco y el otro de azúcar moreno. ¡Muy bien!

Cerca, otro cajón estaba lleno de harina y otros contenían flor de harina, maíz y otras cosas. Se podía estar ante la estantería de la ventana y mezclar cualquier cosa, sin siquiera dar un paso. Fuera se veía el gran cielo azul y los arbolitos llenos de hojas.

Otro gran cajón estaba lleno a rebosar con servilletas normales y de té. Otro tenía dos manteles y otras servilletas. También había otro con cuchillos, tenedores y cucharas.

Bajo todos estos cajones había un espacio que contenía una mantequera y sobraban sitios vacíos para otros objetos que pudieran ir llegando.

En otro cajón de la fila del fondo había solamente un poco de corteza de pan y medio pastel y aquí colocó Laura el pan de mamá y el pastel de boda, ya colocado en una bandeja. A continuación cerró bien el cajón.

Viendo la anilla de hierro en el suelo de la despensa supo que era una trampilla. La alzó y tiró hacia arriba. Se levantó la trampilla y descansó contra la pared opuesta a las estanterías. Allí estaban los escalones que descendían a la bodega.

Tapando delicadamente la bola de mantequilla, Laura la bajó a la fría y oscura bodega y la colocó en un estante colgante que se balanceaba del techo. Sonaron pasos arriba y cuando salió oyó que Almanzo la llamaba.

—¡Pensé que te habías perdido en esta gran casa! —bromeó.

—Estaba colocando la mantequilla en la bodega para que se mantenga fresca —respondió Laura.

—¿Te gusta tu despensa? —le preguntó y ella pensó cuántas y cuántas horas debía haber trabajado para poner todos aquellos estantes y ajustar tantos cajones.

—Sí —le aseguró.

—Entonces vamos a ver el potrillo de Lady. Quiero que veas los caballos en su establo y el sitio que he preparado para tu vaca. Ahora está fuera atada para que pueda pastar, lejos del alcance de los arbolitos—. Almanzo la guió.

Exploraron el gran establo y el patio de la parte de atrás. Almanzo le mostró los nuevos pajares del Norte que protegerían el patio y los establos cuando llegaran los vientos del invierno. Laura acarició los caballos y también el potrillo y a Shep que les seguía muy de cerca. Contemplaron los pequeños arces, los sauces y los chopos.

Rápidamente transcurrió la tarde. Era hora de hacer las tareas del hogar y cenar.

—No enciendas el fuego —le pidió Almanzo. —Saca el pan y mantequilla que tu madre nos dio; ordeñaré a Fawn y tomaremos pan y leche fresca para cenar.

—Y pastel —le recordó Laura.

Cuando hubieron terminado la cena y lavado los pocos platos, se sentaron en el humbral de la puerta principal viendo llegar el crepúsculo. Oyeron a Prince que dejó escapar un gran suspiro cuando se echó en su lecho de heno fresco en el establo. Vieron la silueta de Fawn en la hierba, donde se había echado rumiando y descansando. Shep yacía a sus pies; ya casi era el perro de Laura.

El corazón de Laura estaba lleno de felicidad. Sabía que ya no añoraría su antiguo hogar. Además, estaba tan cerca que podría ir cuando quisiera y mientras tanto, ella y Almanzo irían consolidando su hogar en la nueva casita.

Todo esto les pertenecía; tenían sus propios caballos, su vaca, su parcela. Las innumerables hojas de los arbolillos murmuraban dulcemente con la suave brisa.

El crepúsculo cayó, las estrellas fueron brotando y la Luna se elevó y flotó allá arriba. Su luz plateada llenó el firmamento y la pradera. Los vientos que habían murmurado todo el día estival entre la hierba se habían ido a dormir y la quietud se había asentado sobre la tierra.

—Es una noche maravillosa —dijo.

—Es un mundo muy bello —contestó Laura mientras que en su recuerdo oía el sonido del violín de papá y su voz con el eco de una canción,

Los años dorados van pasando
Estos felices años dorados.

AQUELLOS AÑOS DORADOS

Laura tiene que dejar su familia por primera vez, a sus dieciséis años, para dar clases en una escuela de una zona pobre y abandonada; el dinero hace falta para ayudar a que Mary pueda estudiar en un centro de enseñanza superior para ciegos. Durante las vacaciones, Laura se alegra al ver lo bien que Mary se desenvuelve, canta, pasea en trineo y ayuda a Almanzo a domar los potros. El año siguiente, verá recompensados sus esfuerzos y obtendrá un puesto de maestra en una nueva escuela. Otros tiempos se acercan, ella y Almanzo están prometidos, se casarán en la primavera siguiente y estrenarán su hogar.

LAURA INGALLS WILDER

Nació en 1867 en una cabaña de troncos, junto a los bosques de Wisconsin (USA). Viajó con su familia a través de Kansas, Minnesota y el territorio de Dakota. Se casó con Almanzo Wilder y se trasladaron a Missouri, donde vivió hasta 1894. Laura Ingalls Wilder comenzó a escribir sus recuerdos de infancia y adolescencia alrededor de 1930 y esta serie de relatos se convirtió desde su publicación en la más querida y entrañable historia de los pioneros de los Estados Unidos de América.

1001649062

A partir de
10 AÑOS

años 9 10 11 12 13

CUATRO VIENTOS